Gloria

ANDRÉS FELIPE SOLANO

narrativasextopiso

Gloria

Andrés Felipe Solano

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © ANDRÉS FELIPE SOLANO, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada
GARRY WINOGRAND, *Sin título* (detalle), ca. 1970
© HEREDEROS DE GARRY WINOGRAND,
cortesía de Fraenkel Gallery, San Francisco
El encuadre de la fotografía ha sido autorizado por los herederos

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021
América, 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-38-0

Nunca ha fumado y quizás nunca vaya a prender un cigarrillo, pero en esta tarde, que decido imaginar populosa y brillante, debería hacerlo, debería aprovechar la demora de su novio para aspirar despacio el humo, consciente de la marca de colorete en el filtro, ya un poco ovalado por la
presión nerviosa de sus labios. Envuelta en esa pequeña nube azul plata la espera es menos agónica, más llevadera, como dicen de ciertas dolencias, porque es eso, una inquietud que descubrió en la mañana al despertarse antes de lo usual, cuando la luz se arrastraba débil por la ventana de su habitación y aún no se oían animales tumbando botellas en esa esquina de Queens. Al abrir los ojos incluso entró en el mundo esperanzada, sin espanto. Por lo general le toma un rato entender qué es eso de estar viva, un par de minutos en los que rompe las aguas del sueño temerosa, pero hoy es diferente, porque hoy es un hoy que debería durar para siempre, si es que al Tigre se le da la gana de aparecer. La inquietud, lejos de menguar, se convirtió en una punzada en el pecho a medida que han ido pasando las horas, bajo el chorro de la ducha, con la única tostada del desayuno crujiendo entre sus dientes, tras la llamada para convenir la cita, al punto de crecer incontenible cual mar de leva, expandiéndose a sus anchas, furiosa por todo su cuerpo. Así que lo mejor es que fume. Ahora bien, supongamos, porque también se trata de eso, de suponer. Supongamos entonces que a él le desagrada el olor a nicotina en los pliegues de su blusa de pepas, en su pelo castaño claro, en sus pestañas enroscadas con la ayuda de un aparato comprado la semana anterior al salir de su turno en los laboratorios fotográficos, y para conjurar la molestia ella le ha propuesto un trato. Exacto, un trato a sabiendas de que jamás logrará cumplirlo. Está bien, no voy a fumar más si apareces a tiempo, le ha dicho. Una carcajada por respuesta, una carcajada como una lata de galletas vacía que rueda por unas largas escaleras. Eso y llegar tarde y un genio volátil y camisas de cuello ancho son los rasgos distintivos del Tigre, apodo que se ganó en una pelea legendaria, le contó mientras caminaban por Manhattan en uno de sus primeros encuentros. De hecho, así se le presentó meses atrás. Mucho gusto, el Tigre, le dijo sonriente y confiado en un parqueadero, casi que

imitando a esos jóvenes pilotos de guerra que veía de niña en un cine de paredes húmedas en la pequeña ciudad donde nació. Y al hacerlo, al mencionar el apodo que ha pasado a ocupar el lugar de su nombre para siempre, el Tigre estiró su mano gruesa, blanca, de dedos velludos hacia su mano delgada, blanca, de dedos largos. Un minuto después estaban en la camioneta que los llevaría a las cataratas del Niágara. Pero eso fue a finales del otoño pasado y ahora estamos en una cafetería a mediados de la primavera de 1970, a las 4:25 p. m. y él nada que aparece. De un momento a otro se siente hastiada del humo, del olor, así como a veces, agotada de una playa o una montaña, le da la espalda sin remordimiento. Le sugiero que deje el cigarrillo a medias. Lo hace. Lo apaga despacio, con firmeza, sentada en una mesa al lado de un ventanal por el que ve la gente pasar, la mesa donde lleva esperándolo una hora, quizás menos. La Ma-llor-qui-na, lee espaciando las sílabas en el borde del cenicero hexagonal antes de decirse, qué raro, jamás se ha demorado tanto. Ya casi una hora, quizás más. La semilla de ansiedad, descubierta en el centro de su pecho al salir de la cama, se ha transformado finalmente en una enredadera de palmas encendidas y taquicardia. Y no la ayuda en absoluto que ese viejo la haya estado mirando con descaro desde la esquina opuesta del local. ¿Dominicano?, ¿puertorriqueño?, ¿cubano? Será por la minifalda roja, pero cómo no ponérsela, es la que mejor le queda y ha aguardado semanas, meses, por ese día, por hoy.

Levanta el brazo derecho, aburrida lo había dejado balanceando debajo de la mesa, y mira de nuevo el reloj. Se lo regaló su madre una semana antes de tomar el avión a Estados Unidos. Es de las pocas cosas que trajo. En él ha depositado una fe extraña, una certeza común para otros, aunque no para ella. La fe de que sí la quiere, no importa que haga todo para demostrarle lo contrario. El primer y el peor de esos actos fue haberla mandado a un internado en la capital lleno de monjas varicosas a los siete años. El último, no haber ido al Aeropuerto El Dorado a despedirla. A ver: las 4:32 p. m. Si pudiera insultarlo lo haría, el problema es que los insultos con el Tigre no le salen, es como si los hubiera dejado guardados en un cajón y al abrirlo para usarlos ya no estuvieran allí. Se le aparece un cajón vacío, oloroso a polvo y aserrín, con un insecto

muerto dentro, una mariquita que ha perdido el color, un cajón igual a los del cuarto para planchar en su enorme casa en Bogotá. Está lista para recordarla, para bajar las escaleras y sentir en su vientre el fantasma, es una casa con fantasma, para verse de reojo en el espejo de cristal de roca de la sala, pasar por el comedor de ocho puestos, entrar a la cocina, atravesarla y salir al patio a saludar al tucán que un amigo de su madre trajo del Amazonas, pero antes de hacerlo se le atraviesa entera, se le impone esa preocupación tan particular que de tanto en tanto le surge desde que está en Nueva York. Porque hasta ahora solo le ha pasado en Nueva York, nunca en Misuri, donde vivió unos meses que creyó inolvidables y ya no lo son, no ante el rugido rotundo de la ciudad. De la única ciudad. El asunto es que le ha dado por creer que, de repente, sin previo aviso, se va a olvidar de algo simple, fundamental, leer las manecillas del reloj en momentos como este, en la cafetería La Mallorquina, mientras espera al Tigre, que nada que llega, carajo. O fritar un huevo. Su nombre. Esas cosas. Incluso la semana pasada sintió que se iba a despertar un día y se le habrá olvidado jugar ping-pong. Lo ha estado pensando y está segura de que en otro tiempo, en otro lugar, esa preocupación la aniquilaría. Le impediría moverse, subirse las medias veladas en las mañanas. Allí, en esas calles eléctricas donde la emociona hasta el temblor el desfile de taxis y los aullidos de la gente, jamás. Si el sacrificio para recorrerlas es olvidarlo todo y aprenderlo de nuevo, estoy dispuesta a aceptarlo. Se sorprende del aplomo con que lo dice. No sabía que se podía sentir aquello por una ciudad, desearla con tanta
fuerza como ha empezado a hacerlo, aunque a lo mejor también se deba a que su madre no esté cerca y no solo al traqueteo musical de las plataformas del metro elevado, a las revistas escritas en ese nuevo idioma en el que ya es capaz de pensar una o dos veces al día, a las vitrinas de las tiendas que cambian cada semana como debería cambiar la vida, a los hombres y su belleza recién descubierta, a su cheque puntual de los viernes y a su nueva adicción, la pizza. Qué comida más rara, tan simple y a la vez tan perfecta. En Bogotá nunca vio algo parecido, hamburguesas sí había comido en el Crem Helado de la Treinta y dos con sus hermanas; pizza, nunca. La probó por sugerencia de su casera y

ahora solo cena pizza. De queso, con un toquecito de orégano, nada más. Ya la reconocen en John's, Grand Avenue con Haspel Street. La ven entrar y antes de sentarse en la barra le ponen su pedazo sobre una hoja de papel encerado. Ser joven en aquella ciudad, tener pactos con extraños, sonreírles, que le sonrían, odiarlos, que la odien. Veamos: las 4:39 p. m. ¡Las 4:40! Las manecillas parecen haber empezado a moverse a mayor velocidad. Calcula. Repasa las estaciones de metro hasta el Madison Square Garden. Ya se aprendió de memoria todas las de la línea F hasta el Midtown. En taxi ni soñarlo, a esa hora nunca llegarían a tiempo y les puede salir muy caro. El Tigre tiene que aparecer sí o sí en los próximos veinte minutos o no alcanzarán a entrar. Ni uno más. Y si no entran encontrará los insultos perdidos. O se inventará algunos si es necesario. Nuevos insultos inventados solo para el Tigre.

–Oiga, ¿y usted no tendría que estar haciendo fila?

La atropella una voz que oye casi a diario. En general, esa voz la calma, le da seguridad, es faro en un mar picado, pero no estaba preparada para oírla en la cafetería y mucho menos tan cerca. Amparo tiene la mala costumbre de hablarle a la gente pegándose a su cara. Por fortuna no tiene mal aliento. ¿Y a qué horas entró? De no haber pedido el día libre, las dos habrían caminado desde los laboratorios hasta el salón de belleza donde su compañera tiene turno de cinco a nueve. Dos trabajos, a veces tres si se cuenta la gente que recibe los domingos en su casa. La madre de Amparo está en cama y por eso no puede ir esta noche al concierto. Viven las dos solas, espejos enfrentados que se replican hasta el infinito, en un apartamento por los lados del Aeropuerto La Guardia, lleno de carpetas bordadas sobre las mesas, oloroso a polvos baratos y babas secas, en el que estuvo hace dos semanas tomando chocolate, como si vivieran en un pueblo montañoso de Colombia y acabaran de salir de misa. La Sola, así la llama Carlota. Ehhh, ¿otra vez estás con la Sola? Empezó llamándola la Solitaria hasta que le pidió, en mitad de la avenida Roosevelt, que por favor no le dijera más así. Al oír el apodo no tardaba en imaginarse una tenia blanca, una solitaria, igual a la que le salió del recto a una de sus compañeras del internado en plena noche. La hija del Señor Presidente de la República, repetía fastidiosa la madre superiora cada vez que se refería a esa niña frágil y malencarada, toda

huesos, una niña-garza de canción llanera. Recuerda que la acompañó al baño entre sollozos para que terminara de expulsar el bicho sin que las monjas se dieran cuenta y evitar la deshonra. Finalmente la cosa aquella escapó del inodoro y quedó tirada sobre las baldosas frías, retorciéndose bajo la luz de la luna. Ese es el tipo de recuerdos que tiene del internado al que la envió su madre. Parásitos intestinales y un miedo inexplicable a la bandera de Colombia. Si pasa al lado de una muy grande siente que la va a envolver y se la va a tragar entera.

–Estoy esperando al Tigre.

–Ah, el Tigre. Usted y su Tigrecito… –dice Amparo aún de pie.

En la mención a su novio hay un tono despectivo, incluso pendenciero. Cuando Amparo usa diminutivos, y los usa a menudo, siempre hay un rastro cálido, aunque ahora no está por completo segura. Ha estado bastante arisca desde que le dijo en los casilleros que iría a verlo cantar, a Él. Mucha tonta, pensó en ese momento, mucha tonta se repite ahora, mientras le señala la silla que tiene al lado para que se siente. Si no lo hace, Amparo se quedará de pie hasta encanecer, es de aquellas que creen que ciertas formalidades ayudan a contener el derrumbe de una existencia. No la conoce a fondo, a lo mejor eso significa ser amigas del trabajo, no poder anticipar sus reacciones. Creyó que iba a sorprenderse de la misma forma en que lo hicieron sus hermanas cuando les contó desde una de las cabinas telefónicas de la estación de Jackson Heights. Su algarabía oyéndose al otro lado de la bocina no tardó en contagiarla y solo entonces comprendió la dimensión real de lo que iba a sucederle ese sábado, es decir hoy, 11 de abril de 1970. Ah, qué bueno, fue todo lo que le respondió Amparo en los casilleros.

Arrastra la silla que le ha señalado y se sienta con ganas de conversar al tiempo que se echa para atrás su melena pelirroja, que se achila con cada verano. Bajo la luz de las lámparas de los laboratorios no se ve tan golpeada, alguien podría calcularle mucho menos de los cuarenta años que tiene. Eso tampoco lo entiende Carlota, que se haya hecho amiga de una mujer que le dobla la edad. La cosa es que Amparo es leal como el eco.

–Mañana, ¿no? A las cuatro. Trate de pensar en algo que le gustara mucho y si puede tráigalo. Puede ser una comida, un

traguito –dice Amparo.

–Sí, sí. Confirmado. Mañana.

El concierto había ocupado su cabeza los últimos días y no recordaba que mañana domingo quedó en ir de nuevo a su casa para una sesión formal. No le había dicho a nadie lo que pretendía hacer, mucho menos a su madre cuando la llamó hace un par de días y eso que le soltó un hoy hace diecisiete años a su papá lo… Siempre se cortaba en ese punto, era incapaz de pronunciar el verbo más terrible de todos. Su amiga es vidente y le prometió hablar con su padre. La mamá de Amparo era bruja en Colombia, pero otra bruja más poderosa le hizo la guerra en los campos y ciudades y se tuvo que ir a vivir con su hija a Estados Unidos. La debilitó hasta dejarla postrada, aunque no pudo acabarla. Amparo heredó parte de sus poderes, entre ellos el de hablar con los muertos. Por eso fue a tomar chocolate caliente. Lejos de los oídos de sus compañeras, quería que le explicara en detalle cómo y cuándo se iba a comunicar con él, con su papá. ¿Es posible extrañarlo si lo enterraron cuando ella apenas tenía tres años? Sí, es posible. A veces un futuro que nunca tomó forma pesa más que cualquier pasado.

Amparo se queda viendo las colillas en el cenicero sin juzgarla y empieza a tararear una canción a modo de rama de olivo, de todo ha quedado olvidado, seamos amigas del trabajo otra vez. Arranca bajito y solo la reconoce cuando se impone a las conversaciones de las otras mesas. Es vieja, pero le gusta. Se une al tarareo y luego a la letra. Muy pronto las dos se encuentran cantando el tango oído al pasar de la mano de su madre viuda y tintineante de joyas frente a alguno de los cafetines de su infancia, donde hombres encorbatados se abrazaban borrachos a plena luz del día y de vez en cuando alguna botella de aguardiente se deslizaba de la mesa y se estrellaba contra el piso. Ahora es ella quien lidera, imitando la voz grave de Sarita Montiel… *Fumando espero al hombre a quien yo quiero, tras los cristales de alegres ventanales…* Un mesero alto y delgado aparece y las hace avergonzarse de su repentino ímpetu musical. Se callan y las hilachas de la canción se desperdigan con rapidez en su cabeza, briznas de papel quemado… *Mientras fumo mi vida no consumo porque flotando el humo me suele adormecer.* Amparo le pide al

hombre un café con leche y luego estira la mano para tocar con suavidad el borde de su minifalda roja. Por la mueca que hace el viejo de la esquina, ¿haitiano?, ¿venezolano?, ¿colombiano como ellas?, parece envidiarla. Asiente en señal de que aprueba el terminado. Le cuenta de Alexander's, una tienda por departamentos que descubrió la semana pasada en Manhattan. Tenemos que pasar por allá juntas, le dice temiendo ir muy lejos. Su amiga sonríe sin una pizca de amargura y le dice sí, un día de estos, cuando tenga con qué. Aquí soy pobre, pero yo no nací pobre, que quede claro, suele repetirle en los casilleros. De rectora de un colegio para señoritas a operaria. Con casa propia en Colombia para sus hermanos menores y pagando arriendo en un edificio medio caído por La Guardia, donde cada cinco minutos se oye un avión aterrizar y tiemblan los cristales. Ella también es operaria, trabajan codo a codo, y a pesar de eso la palabra pobreza no se le pasa por la mente. Será porque todo es una aventura y Nueva York aún no se la lleva por delante. Todavía no. Por ahora solo hay demasiados papeles en las aceras. Están lejos el apagón, los nidos de ratas, los edificios quemados y la epidemia sexual. Y en todo caso, que su madre viva en una casona con cuatro empleadas y un montón de porcelanas de Meissen y que ella trabaje de operaria en los laboratorios fotográficos de AGFA ¿en qué la convierte exactamente? No lo sabe.

El café con leche llega humeante, sin que la nata se haya formado. Amparo le sonríe al mesero y para tenerlo unos segundos más a su lado le pide una mallorca. Siempre está atenta a la pesca y tiene bonitos dientes y el pecho alto, sin embargo el exceso de maquillaje en los párpados, dos franjas de mapache, ahuyenta a casi todos los prospectos. No se atreve a decírselo, sabe que la soltería hace tiempo la hizo vulnerable a esa clase de comentarios.

–Mallorca sencilla –responde el mesero sin devolverle la sonrisa. Sale en ayuda de su amiga y le tiende una red de seguridad en forma de pregunta, algo que sin pensarlo termina por desencadenar un recuerdo horrendo que la acompañará el resto de la espera hasta que por fin aparezca el Tigre.

–¿Y el señor Murray? ¿Bien?

El señor Murray es su jefe. Su hijo tuvo un accidente y ayer no fue a trabajar, si es que se le puede llamar accidente a beberse un

frasco de Baygon.

–Sí, bien. Le hicieron un lavado de estómago y no pasó a mayores –dice Amparo dándole tres sorbitos a su café. Luego lo deja sobre la mesa y no vuelve a tocar la taza.

–Pero eso no importa. Casi se me olvida. Adivine qué. Vinieron por las fotos. Me contó la secretaria del señor Murray –añade con los ojos muy abiertos y dándole un golpe a la mesa con la palma de la mano. Las cucharas y el cenicero saltan, el café está a punto de regarse y ella piensa que la sombra de la venganza sobrevuela de nuevo, o entonces por qué Amparo le quiere arruinar la tarde mencionándole aquello. Llevaba un buen tiempo sin pensar en lo que pasó y ahora no se lo podrá sacar tan fácilmente de la cabeza.

De repente agarra su muñeca con violencia y mira el reloj.

–¡Diez para las cinco! Me tengo que ir. Mañana en la casa le cuento bien. Cómase la mallorca, aquí las hacen bien ricas. Y gócese el concierto.

Amparo se pone de pie, se estira la falda, le da un beso apresurado en la mejilla y se va agitando la mano por todo el restaurante hasta que encuentra la salida. La ve cruzar el ventanal sonriente, no entiende muy bien la razón, es imposible que cuatro horas lavando cabezas de extraños la hagan feliz. Extiende la duda más de lo necesario solo para no enfrentarse a la frase de Amparo y le pide al mesero que retire la taza de café con leche. Duda si morder o no la mallorca cubierta de azúcar en polvo. Tiene hambre, no mucha. Si lo hace tendrá que comérsela entera y si no la prueba existe la posibilidad de que se la sirvan a alguien más. Lo peor sería que la tiraran a la caneca sin que nadie la hubiese tocado. Es inevitable. Desemboca en esa frase: Adivine qué. Vinieron por las fotos. Vinieron. Fue exactamente lo que dijo. Vinieron, en lugar de vino. ¿El que las tomó y una de las mujeres? ¿Dos hombres? ¿O fue un vinieron de esos vagos, un vinieron que es un vino? Uno solo. Es culpa del Tigre, si ya hubiera aparecido estarían hablando de dónde se van a encontrar con Carlota o por lo menos peleando a causa de su demora. Solo por eso, solo para no contemplar la absoluta tragedia, la miseria, el sinsentido en que se convertiría su vida si llegan y han cerrado las puertas, decide repasar lo que le sucedió en los laboratorios de AGFA. Esta vez lo hace con las piernas cruzadas, acomodada de medio lado en su

silla, un poco lejos de la mesa que eligió al lado de uno de los ventanales de La Mallorquina para ver al Tigre cuando llegara. Se encuentra dispuesta a examinar el incidente con renovada atención, con cabeza fría, ahora que tiene el tiempo suficiente, en lugar de ser atacada a mansalva por aquellas imágenes al caminar sola por un parque o por uno de los pasillos del supermercado. No le ha dicho nada al Tigre, por supuesto. La vileza de toda esa historia no ha pasado por encima rozándola para luego abandonarla y perderse entre las cañerías de Nueva York. Todo lo contrario. Se ha querido instalar muy dentro suyo dejándole el alma enmalezada y le aterroriza que alguien pueda descubrirlo. O por lo menos eso creo yo.

El lunes de la semana pasada llegó a las nueve en punto, marcó tarjeta, dejó su bolso en un casillero y saludó a Amparo. Después del corto abrazo y del beso en la mejilla, visto con suspicacia por las empleadas gringas, lo había notado, caminó con su bata, guantes y gafas protectoras hacia la sala de montaje. Era un galpón semejante a un coliseo deportivo atravesado por vigas de hierro, luces blancas colgando del techo y cientos de máquinas ordenadas en filas. La suya quedaba en un rincón, pegada a una pared, no muy lejos del baño. Antes de encenderla siempre pasaba un dedo por su nombre bordado en rojo sobre la tela gruesa de la bata, Gloria. Un voto de confianza, una superstición adquirida sobre la marcha para que la máquina funcionara sin problemas. Era mejor que rezarle a la Virgen de Guadalupe, a la Virgen de la Caridad del Cobre o a Nuestra Señora de Luján, como hacían las otras operarias latinoamericanas. Las demás no lo necesitaban. A Carol, a Loretta o a Sue no les descontaban del sueldo si un pedal de la máquina se dañaba y no podían cumplir con el turno de ocho horas. Encendió la suya y empezó a recortar diapositivas como tantas otras mañanas desde que había conseguido aquel puesto. Al hacerlo, una emoción parecida a la del viaje la embargaba los primeros minutos. En el momento menos esperado, entre las previsibles fotos familiares de asados en patios traseros, parejas en bailes de graduación o tortas de cumpleaños, sabía que se encontraría con un marinero en un puerto asiático o con una

cantante emplumada en un club del Caribe. Por eso le gustaba su trabajo, además del sueldo le permitía imaginar otras vidas, decenas de vidas, no conformarse con la suya. Es cierto que a veces tenía que recortar algunas fotos un poco misteriosas, una serie de mujeres jorobadas, o abiertamente aterradoras, o como aquella colección de objetos de brujería, muñecos con la cara sucia, santos desconocidos y dientes desparramados sobre una colcha púrpura, pero nada la había preparado para ver lo que vio de regreso a la sala de montaje después de comerse un sánduche de atún en la cantina. El jefe de sección, el señor Murray en persona, le había ordenado que pasara por Recursos Humanos al final de la tarde. Le extenderían su contrato. Había estado a la espera de esa noticia toda la semana, de no ser así tendría que cuidar niños otra vez. Dejó de hacerlo porque un bebé de una pareja alemana se quedaba mirándola fijamente y eso la aterraba. O ir a la fábrica de pijamas donde le ofrecieron coser cauchos de pantalones a cincuenta centavos la hora. No sabía qué era peor. Antes de enrolarse en AGFA incluso había preguntado en una carnicería de la calle Elmhurst si necesitaban a alguien. El dueño la mandó al salón de belleza de su esposa a lavar cabezas tras explicarle que entre hombres con cuchillos y cotas de malla no duraría ni un solo día. No se presentó. No era como Amparo. Prefería el aguasangre al pelo ajeno. Caminando una mañana entró a los laboratorios fotográficos y preguntó a la secretaria si había alguna vacante con la misma convicción con que se pregunta en una ferretería si venden pan. La entrevistaron ese mismo día en una mesa ovalada donde cabían unas veinte personas. Explicó quién era, de dónde venía y qué quería. En esos años no era un problema ser colombiana. Ni mexicana, ni argentina. Bienvenida, señorita Mendoza, empieza el lunes. Y ahí estaba desde hacía seis meses, sin retrasos en el pago de la espaciosa habitación que alquilaba en Queens. A diferencia de las otras operarias, a diferencia de Amparo sin ir más lejos, ella no tenía que mandar plata a su país para construir la segunda planta de una casa. Tampoco tenía mellizos que sostener, ni padres con una larga lista de medicamentos que comprar. Aparte de la mensualidad que le cobraba Josefina Lacouture por vivir en su apartamento, el resto del sueldo le quedaba entero. Unos trescientos dólares. Podía conseguir tiquetes

en primera fila para un concierto en el Madison Square Garden o comprar vestidos de baño en el Macy's de la calle Treinta y cuatro. Incluso le alcanzaba para una de las minifaldas de Oscar de la Renta que Josefina le vendía a un tercio del precio original. Su casera trabajaba en Manhattan en el taller del diseñador, al que no le importaba descartar prendas por desperfectos mínimos, una manga medio centímetro más corta que la otra o una doble costura interior.

Animada por la renovación de su contrato en los laboratorios se puso los guantes y empezó a cortar un nuevo rollo de diapositivas. Encajó la tira, se asomó por el visor de la máquina y dio paso a la primera foto. Al principio no entendió. Un bosque, una mancha rosada, unos ojos rojos mirando a la cámara, el lomo terso de un animal. Seguía sin entender la composición, pero cortó y pasó rápido a la siguiente. En el visor apareció un establo, dos mujeres en cuclillas y un caballo pardo. Esta vez se tomó un par de segundos. Haciendo caso omiso de las otras figuras, se concentró en el hocico del animal. Tenía las fosas dilatadas y la piel del cuello lustrosa, quizás había galopado bastante y el sudor la hacía relucir. Concentró la mirada en el otro lado y vio la mano de una de las mujeres. Agarraba con fuerza una vara oscura que salía de entre las patas traseras del caballo. Sí, una vara, un madero. Eso quiso creer, esa fue su ingenua manera de defenderse. La saliva se le espesó como el petróleo y entonces tuvo que detener la máquina. Oyó su propia respiración, pesada, vacilante. Miró a las otras operarias. Amparo, en la esquina, reponía los marcos de cartón donde encajaban las diapositivas recortadas. Loretta cantaba bajito la misma canción de siempre, algo sobre un río reluciente bajo la luz de la luna. Aquellas dos y todas las demás, unas cien operarias, continuaban ajenas a ese mundo que para Gloria, a sus veinte años recién cumplidos, de repente había adquirido el peso del plomo y el olor pútrido de una curtiembre. Una más, tengo que entender, confirmar. Se asomó de nuevo al visor y pasó a la siguiente foto, recuerda ahora en la cafetería La Mallorquina con un cigarrillo recién encendido y temblorosa. Esta vez no le costó componer la escena, sus ojos de alguna manera ya estaban preparados, la esperaba. Una mujer sonriente, desnuda. Un pastor alemán con bozal. Una tina. Y luego siguieron más fotos,

aunque para ese momento ya había retirado la cara del visor. Al no pisar el pedal para detenerla, la máquina empezó a escupir diapositivas cortadas por la mitad. Cayeron al piso y sus compañeras voltearon a ver aterrorizadas. Cortar mal una foto significaba un grito de la gerencia; toda una tira, la posibilidad de ser echada a la calle sin contemplaciones. Alguien, no sabe quién, se acercó y apagó la máquina de un golpe. Tenía la sonrisa desencajada de la mujer pegada en las manos, en la nuca, en la espalda. Entre brumas caminó rumbo al baño. No vomitó el sánduche de atún, tan solo una baba espesa. Estuvo arrodillada frente a la taza hasta que Amparo golpeó la puerta. Gloria, Glorita. Tomó aire y le contó lo que pudo mientras se echaba agua en la cara. Al regresar a la sala de montaje, el señor Murray estaba de pie mirando las fotos que no habían quedado cortadas por la mitad. Las amontonó junto a los retazos de celuloide y las metió en esa cajita larga y transparente, parecida a una jabonera, que se le entregaba a cada cliente. Antes de irse la miró y con un delicado susurro le dijo: Lo siento mucho. Le creyó, el señor Murray era un buen tipo. Ese día le dio la tarde libre. Recorrió la avenida Roosevelt más despacio que de costumbre, medio en trance, medio borracha sin haber probado un trago. No fue a las clases de inglés que tomaba todas las tardes y ni siquiera se asomó a la vitrina de la panadería judía, donde a diario compraba un strudel de manzana. Es más, no quiso comer al llegar a su casa. A Josefina tan solo le comentó que se sentía un poquito enferma. Nada serio, gripa a lo mejor. Un Mejoral, bueno, sí, gracias. Guardó la pastilla en un cajón, se encerró en su cuarto a mirar al techo y cuando la casera le avisó que el Tigre estaba al teléfono, le pidió que la excusara. En la cama, casi momificada, sintió que le habían sacado toda la energía con una jeringa enorme. Llegó la noche y temió tener pesadillas con las mujeres, especialmente con aquella sonrisa. No soñó con nada perturbador y en la mañana se despertó ligera y hambrienta. Fue al verse al espejo mientras se peinaba, lista ya para ir a los laboratorios, cuando se acordó de todo lo que había pasado y el carrusel con las imágenes empezó a girar de nuevo infatigable, magnético, atronador. ¿Quién las tomó? ¿Quién? Ese día en el trabajo, sus compañeras le contaron a la hora del almuerzo que el año anterior a otra operaria le tocó un

rollo de un hombre que se había volado la cabeza. Sus sesos quedaron regados sobre el comedor familiar, justo enfrente de una silla de bebé vacía. Se imaginó al bebé que solía cuidar mirándola fijo desde su cuna.

Durante varias jornadas, cada vez que encajaba una nueva serie en la máquina estuvo ahí el leve mareo, la sangre galopante por sus venas, el paladar arenoso, hasta que las horas terminaron por hacer lo suyo, como siempre. El tiempo, ese gran cepillo de acero, primero fue limando los bordes y luego empezó a raspar aquel día de su memoria, le devolvió la vida. Hasta que oyó la frase: Adivine qué. Vinieron por las fotos.

–Caminá, vamos, Gloria Lucía, estamos tarde.

Gloria Lucía. Así la llama si quiere hacerse el serio o el ofendido. Comprueba la hora antes de mirarlo a la cara. 4:58 p. m. No, no, no, Tigre, no hay tiempo para pelear. Deja dinero sobre la mesa, agarra el paquete de cigarrillos y su cartera, donde lleva la cámara y una pañoleta estampada de seda para anudarse en el cuello por si refresca a la salida del concierto. Al mismo tiempo ve cómo una niña se acerca al viejo mohoso y lo ayuda a pararse, su compañía de toda la tarde. El Tigre por su parte agarra la mallorca, le da un gran mordisco y la vuelve a dejar en el plato sin rastro de culpa. De inmediato se ponen en marcha, una pareja de bomberos en acción.

Se mueven rápido en dirección a la estación de Jackson Heights. En un momento, quizás frente al único restaurante colombiano de la zona, donde una vez tomaron copitas de aguardiente y bailaron boleros no tan pegados porque apenas estaban empezando a salir, el Tigre la arrastra y ella tiene que soltarse, detenerse un segundo para no caer de bruces. No es fácil caminar de afán con los zapatos de plataforma que se puso. Él también frena. Ha entendido y espera. No se miran, evitan detonar la pelea. Gloria respira hondo, no más strudel de manzana, se dice, y emprende de nuevo el camino, pero no lo vuelve a tomar de la mano. Debieron pedir prestada la camioneta. Seguro que en alguna estación latina están pasando sus canciones antes del concierto. La habrían sintonizado y ella estaría cantando feliz en lugar de tener

el pecho agitado. Esa mañana, mientras escogía los aretes, unas enormes candongas rojas, encendió el radio que le regaló Josefina y por pura casualidad oyó una entrevista hecha en directo desde su cuarto en el Americana Hotel, sobre la Séptima Avenida, entre la Cincuenta y dos y la Cincuenta y tres. Ha pasado por allí. El hotel más alto del mundo, dicen. Dos mil cuartos y en uno de ellos se hospeda. En uno durmió y se duchó. Él. Unas semanas atrás la disquera le otorgó tres discos de oro y uno de platino por sus ventas, recordó el entrevistador antes de pasar a las preguntas. Cuatro millones doscientos cincuenta mil discos, entre los que se cuentan los suyos, comprados en el centro de Bogotá y guardados bajo llave en su habitación. Escuchó atenta, acostumbrándose al peso de las candongas, aunque más o menos sabía qué respondería. Había oído tantas entrevistas que podía anticipar las respuestas. ¿Qué siente al pensar que esta noche va a tocar en el Madison Square Garden, casi a la misma hora en que será lanzado al espacio el Apolo 13? Esa fue la última pregunta. Silencio largo y después un carraspeo, el sonido de un encendedor. Con su hermosa voz de fumador impenitente respondió: Aquí es donde mueren las palabras. Le tocó sentarse en la cama para entender la magnitud de semejante frase. Aquí-es-don-de-mue-ren-las-pa-la-bras. Se le aguaron los ojos al repetirla en un murmullo.

La camioneta. No entiende por qué Carlos Arturo no se la presta casi nunca, piensa y sigue avanzando a grandes zancadas por la acera. El Tigre le ha propuesto varias veces a su primo que se quede en la oficina y se encargue del papeleo de la agencia, pero él prefiere hiperventilar a dejarlo que maneje. Tras el regreso de Vietnam, donde sirvió un año largo, Carlos Arturo duró varios meses vagabundeando por Queens. Se la pasaba midiendo calles el pobre, fue la expresión que usó el Tigre mientras caminaban por el parque de Flushing. Fue él, recién llegado de Colombia, el que se inventó todo el negocio. Pasó varias semanas trabajando en el proyecto hasta darle forma y finalmente convencerlo. Lo tenía tan claro que a Carlos Arturo no le quedó de otra que aceptar. Con parte de su pensión de veterano consiguieron la camioneta blanca, un escritorio en un local por los lados de Corona, que comparten con un abogado puertorriqueño manco, y mandaron a imprimir volantes. Muy pronto tejieron una vasta red de posibles clientes,

primero entre colombianos y después entre todo el que hablara español y necesitara un tour especializado. Las cosas empezaron a funcionar con la precisión de una tostadora nueva y apenas si tenían días libres. Primero fueron los paseos a la Estatua de la Libertad, a la Isla del Gobernador, a las playas de Elizabeth en Nueva Jersey, luego a destinos más lejanos, como las cataratas del Niágara. Al frente de la agencia, Carlos Arturo empezó a vivir sin sobresaltos, aunque a veces hacía comentarios tenebrosos. Soltó uno en medio de una fiesta de cumpleaños a la que habían ido no hacía mucho, lo tiene muy presente por la impresión que le causó la macabra frase: cambiaría uno solo de los muertos que vi allá por todos estos pendejos, dijo mientras señalaba con la boca a las parejas que bailaban y sorbían una piña colada preparada con un ron Tres Esquinas que alguien había traído de Colombia. Sabía por el Tigre que en Vietnam había hecho parte de las ratas de túnel, así llamaban a los soldados encargados de penetrar los túneles del Vietcong y volarlos, soldados por lo general de muy baja estatura. Carlos Arturo apenas pasaba del metro sesenta. Por eso le tenía una fobia a la naturaleza, a todo lo que pudiera estar relacionado con ella, no solo terror a las serpientes, a las arañas y a los escorpiones, bichos que se había encontrado más de una vez en aquellos túneles. Era uno de los pocos en la ciudad que no se emocionaba cuando los árboles cambiaban con la llegada de la primavera, ni con la vista del sol reflejado en el río Hudson. Lo mío es el cemento, los edificios, las bodegas. ¡La basura en las calles!, decía con una sonrisa de medio lado que le cruzaba la cara como un navajazo. A Colombia, de la que se había ido con sus padres a los doce años, no había regresado. Ese país es puro monte, hasta las ciudades parecen monte. Allá no hay ciudades de verdad, no así, todas parecen estar a punto de desarmarse, repetía cuando le nombraban el lugar donde había nacido. Todo sonaba a broma, a payasada, pero por momentos el Tigre se asustaba. Hace dos meses su primo le dijo que iba dormir en la camioneta para estar siempre en la calle. Se opuso con ese entrecejo apretado que se le forma cuando se pone imposible. Aparece raras veces en su cara, un trueno. Ella es una de las pocas que no le teme a esa hendidura.

A pocos pasos resplandece por fin la entrada a la estación del

metro. Suben las escaleras e introducen en los torniquetes una de esas extrañas monedas que yo encontraría muchos años después en un cajón, luego de pasar horas esculcando para librarme del aburrimiento de las tardes de vacaciones, una moneda no muy grande y más liviana que todas las otras que había tenido hasta entonces en mis manos. Tenía grabadas las letras NYC. En realidad, la Y era una ranura. Una noche, al regresar de la oficina y entrar a nuestra casa envuelta en esa mezcla tan suya de esmog y Opium de Yves Saint Laurent, el perfume que usó durante años, le mostré la moneda y pregunté: ¿Qué se puede comprar con esto? Existía la posibilidad de que me regañara por estar reblujando sus cosas. No recibí ninguna reprimenda. Al verla le chispearon los ojos, tomó el pedacito de metal y lo dejó sobre su palma como si fuera la cría de un pájaro. Es un token. Sirve para viajar en el subway, la oí decir para sí misma, y fue quizás en ese momento cuando empecé a escribir todo esto que ahora escribo. Ante mi cara de desconcierto me explicó: El metro de Nueva York…, un tren que recorre la ciudad por debajo del suelo. Me imaginé una serpiente de metal devorando montañas de tierra y roca. Me asusté. ¿Y ella? Ella desapareció por unos segundos, dejó de estar ahí conmigo, en esa casa bogotana lidiando con los deslices de su marido, que de un día para otro se matriculó en Club de Natación Los Tiburones y empezó a ir dos o tres noches a la semana a la piscina. Nadar, la coartada perfecta para ausentarse unas horas y llegar recién duchado. Por unos segundos dejó de ser secretaria del director de Aduanas y asustarse por todo lo raro que estaba pasando en su oficina, maletines repletos de dinero que circulaban por debajo de los cubículos de los inodoros, y en un par de pestañeos estuvo otra vez parada frente a una estación de metro, la misma estación donde ahora por fin repara en lo que se puso el Tigre. Mira admirada el pantalón ajustado, la camisa verde botella, las botas, el cinturón que le regaló para su cumpleaños. También se ha vestido como para ir a una fiesta. No hay discusión, es oficialmente guapo y a ella le encanta lo que se pone, todo lo contrario al profesor cubano de la academia de idiomas con el que salió unos días. El imbécil además intentó besarla a la fuerza en un cine y ahí se acabó todo. Una foto, sí, eso. Abre su cartera, saca la cámara y lo llama, ¡Tigre!, sube la voz, ¡¡Tigreee!! Voltea asustado,

pero al verla enfocando hacia él sonríe pleno. No es de los que hay que mendigarle una sonrisa. Ya la extrañaba, todos esos dientes. Click. Listo. Divino. Por un segundo piensa en quién revelará la foto. Va a mandar el rollo a AGFA. ¿Qué tal que le toque a ella recortarla? Sería el conjuro perfecto para apartar esas otras fotos. O por lo menos que le toque a Amparo. A lo lejos se oye el ronroneo del metro. ¡Vamos, ya viene!, le oye decir. Guarda la cámara en la cartera, en ese punto perder el metro es perderse el concierto, sube los escalones que le faltan de dos en dos, esquivando a los que bajan, oficinistas, señoras con niños, un músico, dos rabinos, y le tiende la mano para que ahora sí la arrastre un poco, el tramo final. Entran al tercer vagón justo antes de que las puertas se cierren. Se ríen al tiempo y se abrazan largo, como si todavía no pudieran creer que será una gran noche.

Tras un par de estaciones encuentran asientos libres. Durante unos minutos no se dicen nada, ella tan solo recuesta su cabeza sobre su hombro. Siente su aliento, su colonia con olor a bosque de pinos nevado. Cierra los ojos con la ilusión de dormir, aunque, frustrada, muy pronto abandona la idea al igual que se abandona una pluma estilográfica sin tinta. Se despega de su hombro y voltea la cara cuarenta cinco grados hacia él.

–Si pudieras hablar con tu mamá, ¿qué le preguntarías?

La madre del Tigre murió en un derrumbe cuando él tenía siete años. Una roca aplastó el carro donde viajaba. Era de noche y nunca encontraron el cuerpo. La orfandad mutua, trágica, confesada en Caesar's, el restaurante de Times Square donde según él venden las mejores papas fritas de la ciudad, el lugar al que la llevó en su primera cita, los impulsó de un solo golpe tres o cuatro casillas en el tablero de la conquista.

–¿Que qué?

–¿Qué le preguntarías a tu mamá si pudieras hablar con ella?

–No entiendo, ¿cómo así? ¿Hablar si no se hubiera muerto? ¿Si estuviera viva? –El Tigre se acomoda un mechón que le ha caído sobre la frente.

–No, no. Si ella pudiera responderte desde el más allá. ¿Qué le dirías?

–El más allá…, el más allá. Los muertos no tienen boca, Gloria Lucía.

–Yo sé, Tigre…, pero si pudieran hablar ¿qué le preguntarías?

–Ah, es un juego, ya veo. Ok. –El Tigre se pone de buen humor. Le gustan los juegos. O mejor, las apuestas–. Pues a ver, le preguntaría si ha estado sola todo este tiempo.

–Umm, buena pregunta. Yo siempre me los imagino juntos, digo, a los que se conocían en vida, como en un cine inmenso que se va llenando poco a poco. Pero también puede ser verdad que estén solos. Cada uno solo. El mundo entero para cada uno y ellos vagando por ahí. Pero eso sería el infierno, ¿no? Un mundo igual a este, idéntico, pero solos. Las calles desocupadas, este metro.

–Supongo. ¿Y tú? ¿Qué le preguntarías a tu papá?

Gloria se queda pensando. La pregunta no era un juego para ella. Mañana, si es que Amparo le cumple, hablará con su padre. Se le ocurre que puede llevarle arroz y hacerle una buena taza. Su padre amaba el arroz recién hecho, le había contado su madre. A veces solo comía eso, un tazón fragante, desprendiendo vapor.

–¿Dónde venden el mejor arroz en Queens? Crudo, digo.

El Tigre voltea a mirarla sobreactuado. Gloria sonríe con sus ojos verdes queriendo borrar la pregunta. Las puertas del tren se abren y se distraen por un segundo. Es la última estación antes de cruzar el río y casi siempre se llena. Gloria mira hacia la muchedumbre que se apretuja por si alguien le interesa, nadie la atrae lo suficiente, no le queda otro remedio que encarar al Tigre, afrontar la incomodidad que surge siempre que ella corta las conversaciones o las desvía inesperadamente, así como cuando alguien da un volantazo en plena carretera por culpa de un animal o una aparición. Pero entonces reconoce a Raúl cerca de una ventanilla. Está solo, sin Mary, corbata azul, camisa blanca, zapatos brillantes. Debe de ir hacia la tienda a cerrar caja. Alza el cuello un poco para verlo mejor entre la gente. Sería inútil hacerle una seña con la mano, está muy lejos. El Tigre se percata de su gesto de jirafa y mira hacia el mismo lado. También lo identifica. No dice nada. Un silencio parteaguas es el arma que el Tigre suele blandir cuando desaprueba algo. Es un creído, es lo único que ha podido articular para justificar su animadversión hacia el hijo mayor de su casera. Defraudada por el saludo no consumado,

Gloria da un nuevo volantazo para corregir la dirección de la conversación. La reanuda con lo más fácil, una mentira:

–Quiero hacer unos fríjoles e invitarlos a todos, pero el arroz que compra Josefina no me parece tan rico.

Ah, veo, tiene sentido, no te estás enloqueciendo, parece decirle el Tigre, que responde informado:

–Ya. Pues me han dicho que donde los indios venden un arroz muy sabroso. –Después de una corta pausa agrega–: Aunque yo lo dudo mucho. –El Tigre es un poco racista a su manera. Se vale del descrédito.

–¿En la tienda de los indios? Ve, no tenía ni idea. Voy a pasar por allá.

–Entonces. ¿Qué le preguntarías?

–¿A quién?

Desesperado al no poder armar una conversación pilar por pilar, el Tigre sube la voz:

–¡A tu papá!

Alguien voltea a mirar desde una esquina. El resto de la gente hace mucho se acostumbró a los gritos súbitos en el metro.

–Eh, sin subir la voz. A ver. Pues yo le preguntaría, veamos…

Gloria se concentra como cuando hacía planas en el internado. Creía que se escribirían sin que moviera la mano, solo con el poder de su mente. Piensa, se dice, piensa, piensa, pero unos segundos después reconoce no tener la menor idea de qué podría preguntarle. Cuando cuadró la cita con Amparo creyó que serían mil las preguntas, una entrevista de trabajo para contratarlo otra vez, para dejarlo entrar en su vida tras diecisiete años de ausencia. El Tigre no presiona, sin embargo tampoco deja el tema inacabado.

–Nunca me contaste cómo lo mataron. Solo sé que fue de un disparo.

–Un disparo al corazón –precisa Gloria marcando el acento, y su mano se desliza por un segundo con la suavidad de un avión de papel y aterriza sobre su pecho.

Es cierto, no ha querido contarle. No ha querido decirle que su padre, treinta y seis años, estaba con un amigo en una de sus fincas pagando el jornal a los trabajadores y que, al caer la tarde, en lugar de pasar por el despacho y organizar algunos papeles de una demanda, se fue a tomar un aguardiente doble al café Ambos

Mundos. No ha querido decirle que el hermano del dueño, un hombre nacido en Colón poco después de la separación de Panamá, liberal hasta los juanetes, entró achispado, pidió también un aguardiente y desde otra mesa se puso a escuchar la conversación entre su padre y su amigo. Siempre hablaban de política, no en vano era el hijo único del jefe conservador de esa zona, y cuando se sentaba en una banca con el director del partido todo el mundo tenía que desocupar la plaza del pueblo. Algo debió de molestar al panameño para que se acercara a la mesa y le susurrara al oído. Nunca se supo qué le dijo, pero bastó una frase para que su padre se parara y lo retara a un duelo. Salieron a la esquina con sus armas porque, claro, los dos iban armados, eran los años cincuenta y el fuego desatado un 9 de abril por el asesinato del que habría sido el presidente ardía más fuerte que nunca en la provincia, conservadores contra liberales, azules contra rojos. Lo increíble es que el último caso que llevaba su padre antes de que el panameño le disparara en el pecho bajo la sombra de un samán estaba relacionado con el sindicato de ferrocarriles de Armenia, encabezado por un liberal. Había decidido defenderlo *pro bono* en una disputa con la empresa estatal. Era ese tipo de abogado, contradictorio, generoso, azul y rojo. Tampoco había querido contarle al Tigre que varios amigos lo alzaron del suelo, la camisa empapada de sangre, y lo llevaron a la casa, donde su esposa lo esperaba para cenar con sus hijas. Ella, la menor de las tres. ¡Mataron a Mendoza! ¡Mataron a Mendoza!, se oyó por las calles hasta medianoche. Se decía que iba a ser el próximo gobernador. Muchísimo menos le contó que entre algunos miembros de la familia circulaba otra versión: al parecer, semanas antes, su padre había disparado contra uno de los hermanos del panameño. ¿Y si le preguntaba eso? ¿Si de verdad había muerto en una venganza?

–¿Y?

–Pues eso. De un tiro en el corazón.

–No entiendo por qué carajos yo siempre te cuento las historias completas y tú me las sueltas a pedazos. Qué verraca manía.

Alguna otra frase deja escapar el Tigre, pero Gloria no lo oye. En cambio, ve dirigirse a Raúl a las puertas del vagón junto a una docena de pasajeros. Han llegado a la estación de la calle

Cincuenta y tres, eso quiere decir que ya están cerca. De repente su novio se queda mudo. Ha desistido de su reclamo, algo inusual en él. Decide seguir su línea visual y descubre a un hombre muy bien vestido metiendo la mano en la cartera de una mujer. El Tigre se altera y está a punto de gritar algo desde su silla para impedir el robo. Ella le aprieta la mano con toda su fuerza. Si hay una pelea no llegarán a tiempo al concierto. El Tigre quita la mano furioso y voltea la cara hacia otro lado. Gloria sigue viendo al tipo dirigirse a las puertas con la billetera de la mujer en su pantalón. Antes de salir, el ladrón voltea y la mira burlón por unos segundos. Se cierran las puertas y el tren arranca hacia Times Square. En lugar de escandalizarse, queda impresionada con la elegancia, con la meticulosidad del carterista.

–¿Y si hubiera robado al pendejo de Raúl qué? ¿Tampoco habríamos dicho nada? –le oye decir al Tigre.

La cámara. Quiere comprobar si todavía la tiene, si no le han metido la mano en la cartera. La abre asustada, pero ahí está, aún tiene la Kodak Instamatic X-15, ligerísima y prácticamente irrompible, con la que se ha dedicado a tomar fotos de la ciudad desde que llegó. Revisa el contador sin sacarla del bolso. Perfecto, en el rollo hay quince. Digamos que gastará unas diez en el concierto y le quedarán cinco para después. Precisamente fue Raúl quien la acompañó a comprarla. Se encontraron en su tienda de pipas y tabaco cerquita de Central Park, tapete mullido rojo, vitrinas de madera, olor a picadura. Por eso lo desprecia el Tigre, porque es todo lo que no es él.

Se supone que en la entrada del Felt Forum del Madison Square Garden los están esperando Carlota y el Torero. El apodo funciona por oposición, no como el del Tigre: el uruguayo le teme a la sangre. Ambos se cubren las espaldas sin haber intimado lo suficiente, lo importante es que tienen claro que se necesitan para no naufragar. El par de noches que salieron los cuatro a comer, las mujeres comandaron la conversación y los hombres, tan concentrados en sus tragos, apenas rieron o pudieron sumar una que otra frase insustancial. Hay algo en ellas cuando se juntan que drena a los demás. Son extractores energéticos, magnetos

humanos, una fuerza brutal alimentada de secretos compartidos en las noches bajo el techo de Josefina, su casera y madre de Carlota.

Al asomarse a la esquina de la Treinta y tres con la Octava Avenida ve la fila, una hilera de hormigas que le da la vuelta a la manzana. Gloria y el Tigre la recorren buscando a sus amigos, temerosos de que hayan entrado, hasta que los ven adelante, a pocos metros de las puertas. Cuenta tres carros de bomberos y tres ambulancias afuera del teatro. Una mancha de policías con bastones le acelera el pulso. El apretón de manos del Tigre y el Torero es apenas una transacción comparado con el abrazo, el beso y la mano de Carlota sobre el hombro de Gloria confirmando su existencia, un llegaste hasta aquí, felicitaciones. No les preguntan por qué la demora y ellos no mencionan su retraso. Todos han hecho un pacto silencioso que los obliga a que nada salga mal de aquí en adelante. La fila se empieza a mover. Hay murmullos, uno que otro grito que crispa. Carlota, la más cuidadosa de los cuatro, saca las entradas de su cartera y se las entrega a cada uno ceremoniosamente, cual hostia consagrada. Algunos hombres no pueden evitar mirarla, alta y bronceada, con el pelo negro desparramándose por la espalda pesado, una planta exótica, un órgano más. Hace tres semanas que el Torero está enamorado, o por lo menos no puede dejar de pensar en ella mientras trabaja en la empresa familiar de mudanzas o ensaya con su banda. Por eso Carlota sale con él, porque tiene una banda. Qué cosa más extraña pensar en alguien, que su imagen ocupe primero unos segundos al día, luego unos minutos y finalmente varias horas, incluso las horas del sueño, que se expanda como una gota de tinta en agua, primero por el estómago, luego por los pulmones y el cuello, hasta llegar a las fosas nasales y detrás de los ojos, hasta abarcar el cráneo entero. Eso es lo que siente el Torero, una posesión. Una intoxicación.

Avanzan despacio con las boletas en la mano, pasan los torniquetes, cruzan el lobby y se abren paso entre los cuerpos recalentados por la espera. Algunos llegaron a mediodía, con el sol en lo más alto, y un puñado durmió frente a la puerta del auditorio. Los cuerpos de sus novios les sirven de tanques de asalto. No tienen más remedio que escurrirse, con falsas sonrisas, tanteando hombros, pidiendo disculpas aquí y allá. Tras asegurar

un buen puesto, Gloria se relaja y mira lentamente a su alrededor, quiere reconocer el terreno, es uno de esos astronautas que dentro de poco aterrizarán en la Luna. Hay miles de quinceañeras con sus madres, cientos de parejas de la misma edad que ellos y otras que los doblan y hasta triplican en años. Muy cerca alguien tiene un radio pequeño sintonizado en la misma emisora que oyó en la mañana. Reconoce la voz del periodista, da parte de sus movimientos, les informa que durante los ensayos el cantante fumó tres cajetillas de Kent. Dos cigarrillos por canción. Los comentarios de la radio se mezclan con cadencias de todos los rincones de Latinoamérica. Ningún país se ha quedado sin sumar sus huestes para ver al Rey. Su Rey, no el Rey de ellos, de los gringos, tan hecho a su medida. Gloria jamás ha ido a un concierto y menos a uno como el que está a punto de iniciar. Apenas ha asistido a bailes con orquestas grandes, la Noche de San Silvestre de 1966 o el día en que presentaron a sus hermanas gemelas en sociedad en el Club América de su ciudad, que en realidad es un pueblo grande enriquecido hace ya décadas con la bonanza cafetera, de la que su familia por parte y parte supo beneficiarse para más tarde perder la mitad de todo lo ganado. De resto, ha ido a fiestas en Palermo, su barrio, en la Residencia de Estudiantes del Viejo Caldas o bailado en el salón principal de su casa. Eso sí, después de recoger las porcelanas y enrollar los tapetes, no los vayan a llenar de cenizas, oía sentenciar a su madre desde su trono. Esto es muy distinto, en parte porque precisamente está fuera del alcance de su tutela y por la multitud que, en lugar de abrumarla, la acoge. Se siente en compañía y con la certeza de que no ha exagerado. Todos alrededor deben tener una historia similar. La suya incluye cientos de galletas de avena que horneó diligente todas las tardes de los sábados del año en que descubrió en plena adolescencia su voz, esa voz, mientras sus hermanas charlaban con sus pretendientes. En lugar de llevarlas a la salita de visitas para compartirlas con todos, Gloria se las comía despacio en su habitación, una por una, mirando las portadas de sus discos embelesada, oyéndolos. Lado A, lado B. Lado B, lado A. Y ahora, ahora lo vería en vivo.

–¡Lo vamos a ver! ¡En vivo! –le susurra al oído Carlota leyendo su mente y, para dejar que paladeen la dicha a solas, para aguantar el momento, pienso en mi propia noche no muy lejos de donde

ahora están.

También es sábado, también es primavera, 1998, fuertes oleadas de electricidad estática sacuden las calles y estoy ahí, en Nueva York, por culpa de ella y su token dorado para viajar en el metro, la serpiente de metal que más que devorar tierra y rocas ha devorado grandes bloques de tiempo uniendo nuestra forma de haber sido jóvenes. Ese día una de las meseras del café donde trabajé seis meses lavando platos me invitó a The Bank. Los sábados hacen las «Noches de Albión» y hay que vestirse acorde, me explicó Nikolett Balogh, Nikki, la húngara, estudiante de Diseño de Moda. Nos encontramos a la salida del metro. Yo no iba especialmente ataviado, apenas de negro, en cambio ella había alquilado un traje de novia y llevaba un maquillaje que la hacía parecer aún más pálida de lo que era. Al verme bajo la luz de un farol sacó de una pequeña cartera un delineador, me tomó de la barbilla y me pintó los ojos con cuidado, muy concentrada. Sentí su aliento frutal en mi cara. Antes de cruzar hacia la esquina de East Houston y Essex, donde quedaba el club, se puso a mi lado un joven vestido de terciopelo negro de pies a cabeza, lazo al cuello, pelo largo ondulado y monóculo. Tardé en reconocer lo que llevaba sobre el hombro: un cuervo disecado. Estuvimos parados en el cruce un minuto largo, pero yo no dejaba de ver conmocionado al animal por el rabillo. Entre condesas Báthory y parejas victorianas hicimos la fila de entrada al club que funcionaba en un antiguo banco. Ya dentro, la húngara me condujo de la mano a la enorme barra del segundo piso y pedimos el primer vodka con jugo de arándano de los varios que tomaríamos esa noche. Brindamos, una vez, dos veces, tres veces, hablamos de nuestro jefe, saludó a varios conocidos, que pronto la amurallaron, y yo la abandoné en algún punto para recorrer el bar. Di una vuelta y al final me recosté en una baranda. Desde mi lugar vi una jaula que colgaba del techo donde bailaba una mujer semidesnuda, más allá un tipo sentado en un taburete dibujando entre la muchedumbre a hombres y mujeres maquillados idénticos a los afiches que tenía en mi cuarto de adolescente entre las montañas de una ciudad devastada, y al fondo el joven vestido de terciopelo. Bajé las escaleras, crucé la pista de baile y me paré a un metro de distancia con mi trago en la mano y lo vi murmurarle

cosas al cuervo y hacer una pausa teatral para oír su respuesta, que yo también esperaba ansioso. Albión. Nikki me encontró al rato y me arrastró ya un poco borracha a la pista. Sonaba una canción que la había puesto eufórica y ahí estuvimos, bailando y saltando abrazados a finales del siglo XX en un bar legendario, en esa noche que no es otra cosa que la prolongación de la noche que Gloria está a punto de tener. Los dos, exactamente con la misma edad en Nueva York: veinte años.

¡Carlotaaaa! Gritan cada vez más fuerte desde algún lado. ¡Carlotaaaa! Finalmente ubican la fuente, sale de un palco al lado del escenario. Es Tito, un dominicano que también trabaja en el taller de Oscar de la Renta. Carlota voltea y le cuenta a mil por hora que el diseñador quería conocer al cantante y consiguió que el mánager aceptara que lo visitara en el camerino antes de salir y Tito se enteró y le preguntó si podía acompañarlo ¡Y le dijo que sí!, termina Carlota y mira hacia el palco de nuevo. Es un náufrago, agita las dos manos hacia Tito y su sonrisa, que no concuerda en nada con lo que le contó su amiga mientras veían las noticias con una bandeja de TV dinner sobre las piernas. Hace unos meses, Tito estaba en el Greenwich Village con un amigo en un sitio donde los hombres se pueden vestir de mujeres y las mujeres de hombres, le explicó Carlota. Aquel día el amigo de Tito iba con un vestido largo, maquillado y con peluca. A medianoche hicieron una redada, apagaron la música, pusieron en fila a los asistentes y los requisaron. Separaron a los que iban vestidos de mujeres y los llevaron aparte. Los sacaron a todos a la calle a rastras, les arrancaron las pelucas. La gente de los alrededores se fue congregando poco a poco. Llegaron unos camiones para llevárselos y un policía empezó a empujar al amigo de Tito. El dominicano se interpuso. Otro policía le dio un garrotazo en la parte trasera de los muslos y luego en la frente. Un chorro de sangre, tumulto, cayeron piedras y monedas de todos lados y Tito no supo quién lo sacó de ahí con la camisa empapada. A su acompañante se lo llevaron a una estación, donde duró toda la noche detenido. Lo escupieron varias veces. A Tito le quedó una cicatriz en la ceja derecha y un temblor cada vez que ve a un policía por la calle. Desde ese día no iba a los bares y a veces lloraba de la rabia a escondidas en el taller. Josefina lo había visto

y tuvo que consolarlo. Tiritaba, el pobre, dice Carlota que dijo su madre, pero hoy sonríe porque también lo va a oír cantar.

Carlota se separa de ella para ir hasta donde está Tito, que la sigue llamando con insistencia. Quizás también la dejen entrar al camerino. Si pasa, la noche estará completa. A Gloria no le da envidia, nunca ha dejado que eche raíces ese sentimiento, para ella el más vil de todos. Miren, ya va a salir, grita alguien y señala con insistencia una esquina. Qué despistada, se acuerda de que tiene la cámara en la cartera y no se ha preparado para la aparición. La saca con cuidado, instala el flash que parece un cubito de hielo y enfoca hacia el escenario. Está lista a disparar apenas salga, tres veces, cinco veces y luego a disfrutar, tampoco es que se vaya a pasar el concierto con el aparato en la mano, pero antes de que las luces se apaguen alguien le da un fuerte empujón y la cámara se le va de las manos. Siente cómo su muslo derecho amortigua la caída, luego el roce en su pantorrilla y finalmente la pérdida, el vacío profundo. Se sumerge. En la oscuridad entrevé un bosque de piernas, juncos que se agitan. Gracias a la luz de un reflector que pasa por encima de sus cabezas y se cuela hasta el piso la descubre no muy lejos, al lado de unos zapatos blancos que se le hacen horrendos. Le tomará dos segundos ir hasta allá y otro agacharse. Su plan, si es que la angustia y el desespero caben en un plan, se desbarata antes de ponerlo en marcha. Alguien patea la cámara y sale disparada hacia atrás mientras los murmullos, avispones zumbando, crecen y se multiplican y pronto son reemplazados por chillidos histéricos. Le empieza a faltar el aire. Saca la cabeza, encuentra al Tigre, trata de contarle lo que ha pasado, le grita, mueve las manos, quizás él pueda abrirse paso, encontrarla. Se lo debe, así le perdonará la espera. Muy rápido se da cuenta de su estupidez, sería igual a pedirle que se enfrente a una avalancha de nieve. Nada, no pasa nada, tranquilo, y el Tigre asiente, nada, nada, pero ha perdido la cámara, su cámara, la primera cosa que compró en Nueva York, y una tristeza, de esas que caerán del cielo como yunques cuando el mundo se acabe, la envuelve de los pies a la cabeza.

Un presentador con un corbatín vinotinto le habla a la multitud enardecida y por más que se esfuerza no logra entender lo que dice. Ni una palabra. Le dan ganas de llorar. Por un segundo ya no

quiere estar ahí y eso quiere decir no seguir viva. Ya no quiere esperar al Tigre en ninguna cafetería, ya no quiere pensar en su padre asesinado, ya no quiere sentirse culpable por tener más dinero en la billetera que Amparo, ya no quiere tener dentro de su cabeza al perro en la tina, sacando esa lengua rosada, con la mano de la mujer desnuda acariciándolo. Le dan ganas de arrancar un pedazo de carne de alguna cara, de patear el bosque de piernas que vio hace unos segundos, de preguntarle a su madre a los gritos por qué no la quiere. Carlota regresa justo a tiempo a su lado y le pasa el brazo por encima. Carlota la entiende. Carlota es su amiga en esa ciudad donde muchos, miles, no tienen un solo amigo. Quiere darle un beso en la mejilla, aunque aterriza en la boca por culpa de un empujón y se ríen. Le suplica al oído que le repita las primeras frases que dijo el presentador. Creyó entender dieciséis países, doscientos cincuenta millones, algo así. *El primer concierto vía satélite desde el Madison Square Garden. El único latinoamericano que hasta ahora se ha presentado en este grandioso escenario,* le responde muy seria, agarrándole la cara con las dos manos, mirándola fijamente con las pupilas dilatadas, pozos sin fondo, olivas negras. El único, repite Gloria. El presentador se desliza, un pesado cortinón se alza y aparece la orquesta. A lo mejor son los mismos músicos que vio en *El show de las estrellas* un año atrás, junto a sus hermanas frente al televisor. ¿Será? Por estar pensando en eso no lo ve asomarse desde la esquina izquierda. Las uñas largas y esmaltadas de Carlota hundiéndose en su antebrazo se lo hacen saber. Lo enfoca ya en la mitad del escenario. Viste un saco violeta, camisa naranja, pantalón negro, botas negras y seguramente medias rojas. Ha oído que las usa para espantar la envidia. Le parece que tiene la cabeza un poquito grande, pero sin duda es él. Él. Él. Él. Esa es su melena alborotada, sus patillas crecidas, su pecho donde descansa el pesado medallón de oro. Y su sonrisa. Y sus ojos, con los que parece mirar uno a uno, cara a cara, a los miles que han venido a adorarlo. Desde aquí, desde mi lugar en las sombras, obligo a ese Rey a que se detenga unos segundos más en Gloria, hago que sienta su fuerza en las rodillas, que le tiemblan sin control. Y tras aquel largo cruce de miradas solo entre ellos, el gran Sandro, Sandro de América, Sandro el Gitano, le da un par de vueltas al cable del micrófono sobre su

mano y lo convierte en un látigo. Luego la frente va hacia el cielo y en instantes quedan atrás semanas agónicas esperando por ese vozarrón que sale de su boca, un chorro de luz dorada que todo lo baña.

El concierto se extiende por casi dos horas. Es una mezcla confusa de éxtasis religioso, pestañina corrida, muslos restregados, sudor picante y aullidos sexuales. En un momento el desenfreno es tal que tiene que salir la policía a poner orden en las primeras filas. Varias mujeres tratan de subir al escenario y algunas se desmayan. El propio cantante bromea después del intermedio de cinco minutos en el que aprovecha para cambiarse de ropa. Usa el micrófono sobre la palma de su mano igual que el martillo de un juez para pedir: ¡Orden! ¡Orden en la sala! Gloria nunca se ha emborrachado, ha estado achispada, claro, pero borracha-borracha, no. Supone que es algo similar a lo que acaba de experimentar. No sabe cómo ha llegado viva al final, cómo sigue de pie, pero lo está y Sandro, ahora con smoking blanco, camisa rosada y botas blancas, se prepara para su gran número, la despedida que nadie quiere. Ordena completo silencio. Guiado por un redoble de batería apenas perceptible y por los movimientos del divo, el público domado siente la electricidad subir desde la punta de sus botas, pasar por su entrepierna y continuar por su estómago. El flujo se corta con los inevitables cuchicheos. Regaña a los espectadores, con rabia verdadera, de dictador que amenaza con no volver a salir nunca más al balcón, con no dejarse ver hasta que lo embalsamen. Ha pedido completo silencio y se irá al camerino de no cumplirse su mandato. Empieza de nuevo el ritual y ahora sí la corriente eléctrica puede subir libre de obstáculos hasta el pecho y el cuello. Cuando la vibración alcanza la punta de su lengua estalla el tan anhelado Rosa, Rosa. El nombre resuena largo por todo el Madison Square Garden hasta que sus letras se abren de par en par. De repente siente la urgencia de ver al Tigre. Se voltea y no lo encuentra a su lado. Alguien ocupa su puesto, su calidez es diferente, grasosa. Lo ha perdido, no sabe cuándo, ni cómo. Mira las caras alrededor y a las puertas del pánico lo encuentra un poco más adelante, pegado al escenario, entre mujeres con las blusas medio abiertas. Ya no le interesa tanto Sandro y su despedida, no sabe por qué. Se concentra más bien en

su novio, que se contorsiona poseído hasta que un segundo antes de terminar la canción lo ve gritar y llorar de euforia. *Rosa, Rosa, tan maravillosa como blanca diosa.* El mismo Tigre que la obliga a mirar sin descanso el reloj, el a ratos elusivo y displicente, el de silencios repentinos que la barren, ese Tigre ahora llora desatado, por fin abierto a un mundo donde caben todos los mundos, incluido el de ella, y Gloria siente algo que nunca antes ha sentido, siente picándole en la punta de la lengua el sabor de la intoxicación. Aquellas lágrimas corriendo por su cara la hacen pensar en el futuro.

No muy lejos de la salida del Felt Forum todavía se perciben rastros de la hipnosis compartida en los ojos brillantes de algunos asistentes, en su nerviosismo infantil, en sus comentarios, ¿viste cuando se tiró al piso y se revolcó?, ¿y qué tal cuando se puso la flor en la boca?, ¿y la que se le tiró encima?, menos mal la policía la atajó. Por su parte, ella cree haber dejado atrás la experiencia, el evento, contrario a lo que juró que le iba a suceder, esas horas de excitación posterior incontrolable previstas ayer mirando al techo, con las manos entrelazadas sobre el estómago mientras Carlota dormía en su cama, de medio lado. El concierto hace parte del pasado, se dice convencida y solo por ese motivo siente una especie de superioridad frente a los que poco a poco se dispersan, entre ellos Tito y un amigo. Carlota lo saluda feliz pero vaciada. Gloria, en mejor estado, aunque solo un poco, se pregunta si es el amigo que se viste de mujer. Tiene una cejas bonitas, depiladas con esmero, por lo que puede ver.

–Estuvo amoroso con nosotros. El jefe le regaló una camisa y él se la midió enfrente de todos. No se imaginan.

–¿Se desnudó ahí? ¿Lo vieron desnudo? –pregunta Carlota.

–¡Sí!

Sus maneras incomodan al Tigre y al Torero, sus apodos son lápidas al cuello.

–Del pecho para arriba –especifica el amigo de Tito, cortante.

La incomodidad se suma al cansancio expansivo que deja la adrenalina cuando se retira en una especie de bajamar. Tito, leyendo a su amigo, que claramente no quiere gastar un solo

segundo con aquellos dos hombres, se adelanta a cualquier intención de ir a celebrar el concierto juntos.

–Perdón, tenemos un compromiso –dice Tito.

–Estamos preparando una marcha –apunta su acompañante.

Tito lo codea y corta cualquier posibilidad de explicación.

–Adiós, chicas. Saludos a tu mamá. Mucho gusto, señores –dice sin decirles al Torero y al Tigre. Se van silenciosos, flotando, y los dejan a ellos sembrados en el pavimento.

El Tigre es el primero en reaccionar. Les propone caminar por la Séptima Avenida hacia Times Square y allá tomar el metro de regreso a Queens. La noche es suave, así que nadie discute por más de que les duelan los talones o las rodillas de tanto estar de pie.

Muy pronto Gloria y el Tigre se adelantan. Solos, ella le menciona con la voz más cautelosa de la que es capaz el final del concierto, el ardor de sus lágrimas. Esperaba que lo negara, pero no lo enfático. Lo violento. No he llorado, dejá la pendejada. Igual no le importa lo que diga ni cómo. Está segura de lo que presenció y eso es suficiente para creer en lo que vendrá. Aunque llevan saliendo un par de meses, solo hasta hace cincuenta minutos lo siente en sus huesos. O eso se dice, quizás porque piensa que jamás verá a un hombre llorar así, desconsolado, bello en su fragilidad. Se equivoca. Verá a otro hombre llorar veintitrés años después en un hotel de Miami, pero no será el inicio del amor, todo lo contrario, será el principio del fin.

Es enero de 1983, y además de estar casada, se han sumado a su vida dos hijos, mi hermano y yo. Llevamos unos diez minutos andando por una calle amplia. El viento trae el olor a sal del mar, apenas a unas cuadras de distancia. Ayer, antes del helado de ron con pasas, fuimos a la playa. Casi no había gente, el cielo estaba nublado e incluso cayeron algunos goterones de esos que parecen embarazados, agua dentro de agua. Era lo que necesitábamos, tirarnos sobre la arena, nada más. Hemos arrastrado los pies por parques de atracciones los últimos diez días. Yo, de seis años, estrené una cámara de juguete que a la vez se convierte en pistola; mi hermano, de tres, jugó con un puñado de conchitas y una orca de peluche. No pudieron meterse al mar, ninguno de los dos, estaba muy picado.

Él se ha quedado en la habitación del hotel. Le ha caído pésimo el helado. Ha tenido que ir al baño varias veces y está débil. Ella, en cambio, se ha podido arreglar como le gusta. Collar de coral rojo, sombras fuertes en los párpados, un overol de algodón con hombreras y un poco de escote, gafas de sol. En Sea World o en Circus World, sitios que no le dicen mucho, pero que él se ha empeñado en registrar con la filmadora que ha comprado especialmente para el viaje, se ha sentido por completo horrenda. Y también mareada. Ha llegado a vomitar uno de esos almuerzos rápidos y pesados, llenos de salsas, despachados a toda prisa en una banca porque ya casi cerraban La Casa del Terror y había que tener imágenes para el archivo familiar. Me lleva de la mano y con la otra empuja el cochecito. La siento inalcanzable, mucho más allá de su metro setenta y dos, que con tacones alcanza el metro ochenta. La gente se abre paso ante nosotros, ante el triunvirato que formamos apenas dejamos el hotel. En un momento su atención se desvía hacia una tienda de discos algunos metros adelante. De unos parlantes sale aquella música a todo volumen, es una melodía que ha sonado en cafeterías, en casas de cambio, en taquillas durante esas semanas de viaje. El inicio frenético de la canción la llena de energía y nos arrastra hacia la tienda. Además, está la coincidencia, ese nombre, su nombre. Se concentra para tratar de entender la letra y el esfuerzo tiene resultados… *Are the voices in your head calling Gloriaaa.* En la puerta de la tienda,

respondiendo al llamado, oyendo que alguien grita, por encima de todas las cosas, Gloriaaaa…, ya lista para entrar y preguntar por el disco, la jalo con fuerza hacia el otro lado y a pesar del desconcierto no se resiste. ¿Cuántas veces lo habré hecho, egoísta y bárbaro?, ¿cuántas veces se habrá desviado de su camino para atender al mío? La llevo hacia un carro estacionado en una bahía, para mí idéntico a la compacta nave espacial que vimos en Epcot Center. Sabe que quiero tocarlo. Me suelta, me deja ir. Ya sé leer. Po-rs-rs-che, susurro enredado entre las sílabas al pasar el dedo índice sobre la marca reluciente. Su mano sale por detrás de mi cabeza y me imita, siente el bajo relieve del escudo en su dedo índice y se carga de estática. Lo retira asustada cuando el dueño del carro aparece y se planta al otro lado. Busca las llaves en sus bolsillos y entretanto la observa con curiosidad, solo a ella, nosotros hemos quedado fuera de su campo visual. Es mayor, apuesto, piensa mientras el hombre sonríe ligeramente. Le devuelve la sonrisa añadiéndole un punto de descaro ayudada por sus ojos, libres ya de las gafas de sol, porque la luz se ha empezado a ir, se extingue sin remedio, nos va dejando solos en el desamparo de la noche próxima. Vence los nervios y habla. *Nice,* se lo dice así, en inglés con acento, y el hombre responde en español, desafiante e invitador, al tiempo que mete la llave y libera las puertas del seguro. *Nice?* ¿El carro o yo? Gloriaaa… En un arrebato se le pasa por la cabeza decirle que no somos sus hijos. Es creíble, apenas si pasa de los treinta. Son de mi hermana, se los estoy cuidando, ella no se demora, pero entonces se oye una vocecita, mama, mama, esa palabra dos veces repetida y sin acentuar lo ahuyenta, hace huir a ese hombre, al que quizás también se le pasó por la cabeza decirle que se subiera, en todo caso su carro deportivo tiene solo dos puertas, que nos dejara tirados allí, en plena calle, si es que eso es posible. Debería serlo, debería ser posible huir de ese matrimonio que poco a poco se ha ido convirtiendo en un segundo internado. El hombre entra al Porsche, lo enciende y se va sin soltar palabra. En un segundo desaparece detrás de una patrulla de policía que pasa a toda velocidad. Quizás es una de las que atendieron la llamada al principio de nuestro viaje o la que aparecerá una hora más tarde por el Hotel Montecarlo.

Todo pasó muy rápido. Ella tenía a mi hermano en brazos y un

ojo en las maletas mientras él rellenaba despacio el registro hotelero. Lucía, ¿cuál es…?, preguntaba en voz baja por direcciones, teléfonos, fechas de nacimiento, el tipo de cosas de las que nunca se acuerda. Siempre ha usado su segundo nombre, lo prefiere a Gloria. Nadie más lo hace. Es su manera de cercarla. El desayuno continental está incluido, le respondió el conserje cuando por fin completa el formulario. Desde donde se encontraba parada no podía verme, pero seguramente sentía mi presencia, agarrado a la pierna izquierda de él. Siempre quieto, siempre en silencio, a lo mejor por eso se confió.

Muy pequeño me habían llevado un par de veces a la oficina, donde me alzaban y me dejaban de pie cual trofeo sobre un escritorio grande de madera, entre registros de importación aduaneros y carpetas marrón con el logo del Ministerio de Hacienda. Sus compañeros se acercaban y reían nerviosos ante mi actitud de piedra. Les habían mentido a todos los de la oficina para estar ahí, en Miami. Nos ganamos el viaje en una rifa, les dijeron. También al director cuando se lo cruzaron en el parqueadero de la oficina. Con él necesitaron explicarse un poco más. Sí, compramos la boleta después de hacer mercado un domingo, Disney con los niños, imagínese la dicha.

La plata para el viaje, y para tantas otras cosas, en efecto, bajó del cielo y la explicación era tan sencilla y a la vez tan misteriosa que los mantuvo en perpetuo asombro hasta que la última moneda desapareció de sus cuentas, porque nunca fueron de aquellos que saben invertir, hacer negocios, solo eran capaces de ir a una oficina y trabajar. Por eso nunca renunciaron a sus puestos. También una fuente de vergüenza, especialmente para ella que lo asociaba con dinero mal habido sin serlo. Ninguno de sus compañeros sabía, en todo caso era muy difícil que les creyeran. Se habrían enemistado, o peor, habría corrido el rumor infame de que una de esas maletas repletas de billetes que pagaban los grandes importadores por cambiar un número aquí o una fecha allá en un registro aduanero había salido premiada con su nombre. Lo cierto es que un domingo él se fue al Hipódromo de los Andes con un amigo de la infancia y sin tener ni idea de caballos ganó en una sola tarde lo que le habría costado juntar la vida entera. La triple corona. Su amigo era apostador profesional y de no haber

terminado en la cárcel condenado por estafa al siguiente mes, es muy probable que la vida del hipódromo se lo hubiera tragado a él y que Miami y el Hotel Montecarlo nunca hubieran aparecido en nuestro horizonte.

Estoy seguro de que ella alcanzó a verme de reojo cuando solté su pierna izquierda y me aparté, caminé apenas unos metros y apreté el botón con toda mi fuerza. Estábamos en el centro de la ciudad, en la avenida Collins. Si el fuego se extendía por el hotel, las oficinas centrales de bancos y las cadenas de joyerías caerían bajo las llamas, así que sonó una sirena más apropiada para anunciar un ataque aéreo que un incendio. Aunque no fue lo peor, lo verdaderamente inquietante, eso es lo que me ha dicho un par de veces, fue la parsimonia con que a mis seis años me retiré de la pared, metí las manos en los bolsillos de mi pantalón verde de pana y volteé a verla desafiante. Me confesó que los primeros días en la clínica, cuando se inclinaba para cargarme, había sentido miedo de mi mirada fija desde la cuna. Fue la primera vez que nuestros miedos se encontraron, supongo. La sirena retumbó por todos lados y a los pocos minutos media docena de carros de bomberos y de policía rodearon el hotel. Los huéspedes empezaron a aparecer en el lobby, envueltos en batas, despelucados, algunos temblorosos a pesar de que no había humo por ningún lado. La alarma dejó de sonar. Las miradas de desprecio duraron casi una hora, igual que las declaraciones. Se sumaron a la incomodidad de ella ante el conserje del hotel y a la furia concéntrica de él. Esos estallidos desproporcionados se fueron convirtiendo en su única rutina posible con el tiempo y ninguno, ni siquiera él mismo, sabía de qué magma provenían. ¿Apreté el botón porque quería detener los estallidos o alimentarlos? No lo sé. ¿Me arrastró del brazo? ¿Me abofeteó? No creo, nunca llegó hasta allá. Nuestro primer y único viaje juntos fuera del país, un viaje que en el colegio nos puso a mi hermano y a mí dentro del círculo de los que han visitado el extranjero, el viaje que debía consolidar la buena fortuna de la familia oficialmente, se inauguró con una alarma que siguió retumbando por mucho tiempo en nuestras cabezas.

De nuevo la vocecita: Mama, mama. Se queda viéndolo, a mi hermano. Casi no ha llorado, ha estado muy bien durante las vacaciones y esa es una gran noticia para ella. Nació bajo de peso

y le costará mucho concentrarse para estudiar durante el bachillerato, amará el punk, probará las drogas antes que yo, tendrá amigas antes que yo, será la oveja negra. No para siempre. De mayor tendrá un cuerpo nervudo de artista marcial que envidiaré y conseguirá un doctorado en agricultura tropical en otro idioma. Sin embargo, sus ojos estarán maltrechos para toda la vida y ella nunca dejará de culparse en secreto. No debí haber comido carne de cerdo en ese asado. No debí haber jugado tanto con Anís, el gato de Pastora, la vieja empleada de su madre. Ha repasado una y otra vez los meses de embarazo y solo esas dos causas explican la enfermedad. Odió al doctor Reinoso hasta derramar unas lágrimas incandescentes, de lava, cuando le describió los alcances del virus en su consultorio homeopático, pero lo siguió llevando porque el oftalmólogo educado en Berlín era el único que veía una esperanza, los demás le habían sugerido que, llegado el momento, lo matriculara en un colegio especial. En lugar de aquello, Reinoso le recomendó que le diera una bebida con harina de sagú, un tubérculo con poderosos poderes curativos del que ella nunca había oído hablar. Y así lo ha hecho, día tras día. Justo antes de salir del hotel se lo ha dado en forma de tetero. Si una vida cabe en un puñado de palabras, en su lista estarán para siempre internado, laboratorios AGFA y toxoplasmosis, quizás también los judíos para los que trabajó como ama de llaves, aunque ellos aparecerían mucho después.

Un año antes de viajar a Miami, la carga viral rebasó el límite dictaminado por el doctor Reinoso y tuvieron que optar por recursos extremos. Los dos, porque él ha estado ahí, con ella, hay que decirlo, primero usando un cepillo de cerdas muy finas que debían pasarle por la espalda desnuda en las mañanas, luego en las noches poniéndole arcilla en el pecho y dos laminillas de oro sobre sus ojos. También empezaron a acudir a la iglesia de Bojacá todos los domingos. Un matrimonio de ciudad que va hasta un pueblo lejano a rezar entre una romería de campesinos con ruanas olorosas a ovejas y a lluvia. En la casa cural compró un bloque pequeño de cera amarilla con los ojos de Santa Lucía en relieve, lo hizo bendecir y lo metió en un cajón, junto a un álbum para conmemorar nuestros nacimientos. Mujeres de todo el mundo que guardan los dientes de leche de sus hijos y sus mechones de pelo,

como si los fueran a necesitar luego para un conjuro.

Retomamos nuestra placentera deriva, ignorando que hace dos minutos el dueño de un Porsche estuvo a punto de separarnos. ¿Desde cuándo ha empezado a pensar en eso? ¿En irse? Entramos de nuevo en la corriente callejera y nos dejamos arrastrar perezosos por unas cuadras hasta que encallamos delante de un supermercado enorme. Pasamos frente a la góndola donde está la comida congelada, las bandejas de TV dinner que conoció en Queens, con las que se podría alimentar un día sí, un día no, porque cocinar le aburre. Busca una pera verde y unas gomitas para nosotros, sabe que pronto empezaremos con los pedidos. Salimos con el escueto botín y afuera ya no hay dudas, la noche se ha instalado del todo. El momento ha llegado, la súbita y a la vez esperada ausencia de luz natural, que ha sido reemplazada por las lámparas de la calle, la hace pensar inevitablemente en el fin del viaje. Desde que dejó Queens no había vuelto a Estados Unidos. Hay algo en ese lugar que la atrae poderosamente, no sabe muy bien qué. Podría ser la manera en que experimenta su soledad allí. Sí, quizás es eso, un país construido sobre millones de soledades donde la suya sería una más, libre de estridencias, sin aspavientos. Sabe que conseguiría trabajo en una semana, está segura. Una de sus hermanas vivió un tiempo en Miami. Su marido fue locutor de radio, comentaba carreras automovilísticas, las 500 millas de Indianápolis, esas cosas. Todavía debe conocer gente que la puede ayudar. Se ve en un apartamento de una habitación, pequeño, bien amoblado. Aunque si no regresa no podría entregarle el regalo a Olga, su mejor amiga del trabajo. Le compró un tinte especial, color vino, para el pelo. De repente le dan ganas de salir a bailar con ella, cuando eran solteras iban al Mamut Rosa o a La Píldora. A pesar de que su amiga le lleva casi veinticinco años se entienden a la perfección. ¿Por qué se llevará siempre tan bien con mujeres mayores que ella? Se pregunta qué canción estarán ensayando en el coro de la oficina. Las dos son contralto. Él es barítono. Fue ella, Olga, Olguita, casada con un suizo de apellido Abderhalden, la que se lo presentó. Lo había visto en los corredores, al esquivar el enjambre de tramitadores que la perseguían para pedirle favores y más favores. Bastaron dos años para que Gloria se hiciera pieza fundamental en aquel engranaje burocrático, todo bajo el título de

secretaria general del director de la Aduana Interior, un excoronel del Ejército estricto y desapacible, un cactus muerto. Hasta se parece a Sandro, pensó, y sonrió para sus adentros cuando su amiga lo señaló. Hablaron un par de veces y un martes cualquiera, después del almuerzo, él le dejó un postre en su escritorio. Empezaron a salir. Ambos de provincia, con la diferencia de que él había sido criado por una madre soltera, mientras que ella creció rodeada de terratenientes mustios. Ahora viste incluso mejor que ella. Le compra su ropa a unos pilotos de Avianca que la traen de Madrid bajo cuerda y tienen un almacén en Residencias Tequendama al que va una vez a la semana. Todas dicen que es encantador, todavía. El mal genio, la testarudez y la acritud los conocería mucho después. Y todavía le sonríen embobadas en la oficina, piensa ella ahora que nos alejamos del supermercado y tras horas de placentero vagabundeo la vida nos obliga a elegir un destino. Doblamos la esquina rumbo al hotel, donde nos espera él. A lo lejos se ve el letrero luminoso del Montecarlo coronando el último piso. Va haciendo la maleta mentalmente mientras nos aproximamos, no sabe dónde va a meter tantas compras. Tendrá que esperar dos años largos para estrenar el vestido de baño que compró en una boutique. Boutique, chiffonier, briqué, papel toilette, términos que le quedaron de estudiar con monjas francesas y de los que nunca se sacudirá. Es color durazno y de cuerpo entero. Se lo pondrá para nadar en la piscina de la finca comprada con el dinero del hipódromo a la que iremos todos los fines de semana hasta hartarnos del sol, el cloro y de nosotros mismos. Durante casi una década descenderemos y ascenderemos por montañas, cruzaremos cañones, nos deslizaremos paralelos al caudaloso río Sumapaz hasta por fin sumergirnos en un espeso calor, todo en cuestión de dos horas. El arquitecto que la diseñó les entregará la casa poco antes del nacimiento de mi hermana. Seremos cinco. El día de la entrega de las llaves lo invitarán a almorzar al restaurante Pozzetto y se tomarán de las manos, nerviosos y felices, debajo de la mesa, la misma donde se sentará un asesino una semana más tarde. Desde ahí empezará a disparar luego de beber su tercer vodka con jugo de naranja. Los periódicos dirán que era veterano de la guerra de Vietnam y ella se acordará del primo del Tigre. Y del Tigre, pero no le dirá nada a él. La casa

de campo, una especie de chalet en medio del trópico, con paredes exteriores de piedra y techos de madera, grande y cómoda más que lujosa y sobre todo llena de luz. Detesta la oscuridad. Entre lagartos, cigarras, hombros despellejados y pedazos de res que él asará a la orilla de la piscina, veremos helicópteros artillados en el cielo, yendo y viniendo de una base militar antiguerrilla en la cima de una montaña cercana. Él comprará una escopeta alemana de diábolos con la diosa Diana grabada en el cañón e intentará emular, sin resultado alguno, las cacerías de patos con su tío y padrino en lagos a las afueras de la pequeña ciudad de provincia donde ha nacido, a cientos de kilómetros de distancia de la pequeña ciudad de provincia de donde es ella. Los chimbilás, esos murciélagos pequeñitos, volarán por encima de la copa de los árboles al anochecer y la asustarán, le harán creer que buscan hacer nido en su pelo, que en el calor se le enreda. Permanecerán callados o pelearán los sábados en la noche, cada vez más, después de dejarnos en el cine de ese pueblo de tierra caliente, esperando a que se acabe la función. Mi hermano y yo saldremos ansiosos después de ver *Robocop* o *The Lost Boys* y subiremos al carro, que atravesará en silencio la noche rumbo a la finca entre siluetas de mangos, tamarindos y almendros, seguros en esa rutina modosa que nos protegerá de las bombas que empezarán a estallar en la ciudad. Una de ellas destruirá parte de la oficina en que trabajan, unas dependencias oficiales ubicadas en la zona industrial, tachonadas de ventanillas por donde se asoman caras o se ven manos con papeles rosados, los manifiestos aduaneros. Corredores laberínticos y fríos serán destruidos por un carro bomba de 135 kilos de dinamita que un narcotraficante hará detonar en la sede del periódico que funciona al lado. La bomba estallará un sábado y, al llegar el lunes, después de un plácido fin de semana en la piscina, ella verá sobre su máquina de escribir eléctrica un reguero de vidrios. De haber estado sentada tecleando se le habrían incrustado en la cara. Durante un mes tendrá que trabajar en medio de los escombros y mirar por la ventana el techo destruido del periódico y los dos pilares que quedaron de una estación de gasolina borrada por la explosión.

Aún falta para eso y en este ahora, enero de 1983, solo estamos los tres, ella, mi hermano y yo, caminando con la noche templada

sobre nuestras cabezas. Me deja empujar el coche los últimos metros y entramos al hotel. El conserje la saluda con un ligero movimiento de cabeza y tomamos el ascensor hasta el piso dieciocho. Las puertas se abren y el mar encrespado se ve por un gran ventanal al final de un corredor. Ha empezado a ventear con mucha más fuerza, un silbido agudo se cuela por algún lado. El vuelo es al otro día por la tarde, así que tiene toda la mañana para empacar. Llegamos hasta la puerta de la habitación y golpea. Estamos cansados tras el paseo, irritables, falta poco para que mi hermano llore, lo sabe. Nadie responde. El helado de ron con pasas, debe de estar en el baño. Espera un momento y luego golpea más duro usando su argolla de matrimonio. Debió haber sacado las llaves de la habitación. ¿Saldría? Lo duda mucho. Un tercer golpe, esta vez con la mano abierta, le devuelve una mudez intimidante. Algo pasa. De repente le llega un sentimiento de abandono, de soledad profunda, una barca flotando sin ocupantes. Pregunto qué pasa. En lugar de responder, bajamos hasta la recepción. El conserje llama por teléfono a la habitación. Nada. Regresamos con un botones, un joven de espalda cónica y cinturón muy apretado para que no se le escurran los pantalones. Golpea una cuarta vez, con ira y nervios. Es capaz de estar durmiendo, de haber desconectado el teléfono. Mira al botones, asiente. El hombrecito saca una llave maestra y abre la puerta. Las luces están apagadas. Se oye una especie de quejido en algún lado. Se echa para atrás asustada y el botones entra en la habitación. La luz principal no sirve, en su lugar enciende la del baño. Se alcanza a ver un bulto al lado de la cama. No son las maletas ni las bolsas de las compras. El bulto se mueve. Ahora ella se adelanta al botones y prende la lámpara que está en una mesita, al lado de la entrada. Lo ve amordazado, con las manos y los pies amarrados, los ojos brillantes, las pupilas dilatadas de un animal recién muerto. Se apresura a desatarlo. Al quitarle la mordaza reconoce en ella una de las fundas de las almohadas. Oye cómo respira pesadamente y solo hasta ese momento repara en el completo desorden de la habitación. Le oye decir frases entrecortadas. Tres, dos tipos y una mujer, con una pistola, se llevaron la filmadora y todos los equipos. También una de las porcelanas importadas de Japón que compraron en el World Showcase, un samurái con una máscara de

demonio que nunca llegó a nuestra sala. La otra, una geisha vestida con un kimono azul y dorado que sobrevivió al robo, estará por muchísimos años en una esquina de nuestra casa tipo californiano, así lo anunciaba el catálogo de la empresa urbanizadora que se la vendió, ubicada en un barrio del occidente de la ciudad, ni en el norte rico, ni en el sur pobre, lejos de todo referente. Queda camino al aeropuerto, diré en el colegio años más tarde cuando me pregunten, y las caras de mis compañeros seguirán en blanco porque sencillamente no podrán ubicarme en el mapa de sus prejuicios. La japonesa, como la conoceremos de puertas para adentro, será un tótem durante algunos años. Les hará creer, a ella en particular, que este no es el principio del fin de su matrimonio, que sus ganas de huir se apaciguarán, que el magma terminará por enfriarse, que jamás los obligarán a firmar a los dos, al tiempo, un acta de renuncia colectiva y que el dinero empezará a escasear. Que las apuestas duran para siempre. Sí, la japonesa los hará pensar, nos hará pensar, que lo hemos conseguido, que hemos alcanzado la otra orilla, porque se trata de eso también, de mentir.

El botones se comunica con la recepción, cuenta lo sucedido. En breve llegará la policía. Se va y nos deja solos. A nuestras lágrimas infantiles se suman las de él, que como un mantra repite la filmadora, la filmadora, con las manos en la cabeza. Ella se acerca. Lo abraza, le seca las lágrimas con las manos, le acaricia las mejillas sin afeitar, es otro hijo y no su esposo. Lo convence de que vuelvan a comprar los equipos al otro día, bien temprano. Harán un sobregiro, un avance de la tarjeta de crédito. Luego camina lentamente hacia la cortina, la corre y recupera la porcelana de la geisha. Se salvó porque la caja en que está empacada quedó detrás de la cortina al cerrarla antes de salir a dar el paseo. La pone sobre la cama ante la sorpresa de él y luego se asoma a la ventana con los brazos cruzados. En el pasillo ya se oyen los radioteléfonos, las pisadas de los policías que llegan para tomar la declaración. Algunas gotas se estrellan con violencia contra el vidrio. Le viene a la mente lo que le oyó decir en el ascensor a una argentina: se aproxima un huracán. Se queda viendo las palmeras agitarse, son serpentinas en la densa oscuridad. En lugar de conmoverse por los últimos sollozos de él, piensa en cómo será aquel Porsche por dentro, a qué olerá.

Nunca ha caminado tan tarde por el Midtown. Cuando lo recorre a solas, siempre regresa a Queens antes de que se ponga el sol. Y con el Tigre todo es a las carreras. Apenas acaban de comerse algo, ya está camino al metro, decidido a tomarlo de vuelta temeroso de violar un toque de queda inexistente. Su justificación es la de siempre: Las cosas están cambiando muy rápido, he visto tres robos, uno con revólver, repite cuidándose de no deshonrar su apodo de peleador callejero. Pero con la primavera la ciudad convoca a sus fieles, brazos abiertos de par en par, y ella, a sus veinte años, tres meses y siete días de vida, está ahí para acudir al llamado sin importar lo que pase, piensa al recibir una ráfaga de viento cálido en la cara apenas doblan hacia el norte a la altura de la calle Treinta y cuatro, una de esas corrientes que se cuelan entre los edificios al igual que serpientes por los matorrales. El próximo fin de semana repetirá la caminata nocturna. No se diga más. Se le ha pegado esa expresión taxativa de tanto oírsela a su novio. Quiere comprobar si el vendedor callejero de orquídeas siempre está con su mesita en esa misma esquina por la que acaban de pasar y si allí, más adelante, donde la gente hace fila, los helados de limón son mejores que los de King of Corona. Podría incluso subir a la Quinta Avenida en lugar de ir por la Séptima como ahora y caminar hasta la tienda de pipas de Raúl y saludarlo. Los fines de semana abre hasta tarde. Un niño mira un zapato tirado, la suela hacia arriba. Lo mueve con la punta del pie mientras su madre estudia con resignación una de las vidrieras de la calle Treinta y cinco. ¿Adónde irá a parar en una semana? Tiene que venir y comprobar si sigue ahí. Caminar lo es todo, el mejor antídoto contra esos ataques nerviosos que a veces la visitan. Le gusta cómo resuenan sus pasos en la acera. Toma conciencia de cada uno y al hacerlo resuenan todavía más. Toc-tac-toc-tac-toc-tac-toc-tac-toc-ta. Desde atrás le llega la voz de Carlota:

–Tengo que parar un momento en el taller. Le dejaron un sobre en el lobby a mi mamá.

–Pero no te demorés. Qué hambre. No creo que sea capaz de aguantar hasta Queens. ¿Ustedes? –dice el Tigre girando la cabeza hacia atrás tan solo un poco, al igual que un conductor de camión no puede dejar de ver la carretera. En realidad es una señal para

que se acerquen. El Torero y Carlota responden al llamado. Ahora los cuatro caminan a la par. Se reacomodan, ellos, ellas. Un auto aplasta una botella de plástico y Carlota se asusta. Alguien, un hombre, se detiene y, pudoroso, agacha la cabeza para escupir en una alcantarilla. La baba no se desprende del todo, le queda colgando de la barbilla y tiene que limpiarse con el dorso de la camisa. Maldice en voz baja creyendo que nadie lo ve, pero está ella para ser testigo de la pequeña desgracia que quizás termine en su muerte. La saliva estaba mezclada con sangre.

–Jurado Tigre, no me demoro.

–Uy, sí. Podríamos comer unos perros calientes en un carrito de la Cuarenta y dos –propone el Torero dando a entender que él también se muere de hambre.

–No, no. Si vamos a comer yo quiero sentarme un rato. Estoy rendida –dice Carlota esperando que alguien la secunde.

Además de darse cuenta de que las luces de los letreros la encandilan, que los pitos se oyen más estruendosos que nunca y que los edificios parecen agacharse sobre ella porque no ha comido nada desde la tostada de la mañana, Gloria descubre la oportunidad perfecta para reforzar la alianza con Carlota en caso de necesitar un frente común y al mismo tiempo restaurar el equilibrio con el Tigre.

–¿Y qué tal papas fritas en Caesar's?

–¡Con cerveza! Esa vaina, Gloria, muy bien. Cómo no se me ocurrió. Ya está. Vamos. No se diga más.

El Tigre redobla el paso para que nadie opine. Otra vez se reacomodan. Él-ella, ella-él. Cruzan las esquinas de la Treinta y seis, la Treinta y siete, la Treinta y ocho, como se cruzan ríos dependiendo del cauce, a veces con cautela, a veces envalentonados. Gloria se reconoce en Carlos Arturo, los dos pertenecen a ese mismo tipo de personas que solo les encuentran sentido a sus vidas en la ciudad, lejos de los valles y las cordilleras, de pie esperando en un cruce, fantaseando con qué pasaría si se le tiran a un carro.

Dentro de poco aparecerá ante sus ojos Times Square, se siente en el aire, de la misma manera que se puede percibir la cercanía del mar sin importar que esté a un kilómetro de distancia. La única diferencia es que no huele a salitre. Más bien a esmog, a perfumes

de todos los confines del mundo y a la ocasional estela de orín de borracho. Durante el día, caminando por allí, le ha parecido que las partículas vibran distinto en esa zona, como si fueran sometidas a un gigantesco acelerador atómico. No se imagina cómo podrá ser de noche, un sábado con 21 grados de temperatura.

En la calle Treinta y nueve un hombre-hojarasca, con retazos de materiales indistinguibles cubriéndole todo el cuerpo, se tambalea ante las parejas y las obliga a abrirse hacia los costados para esquivarlo. Se reagrupan cual escuadrón de cazas y caminan contentos de saberse juntos de nuevo por unos metros, hasta que de repente Carlota se despega del lado de Gloria y se adelanta medio corriendo hasta un edificio enorme. Da un paso, siente el impulso de irse detrás de ella.

–¡No te demorés! –le recuerda el Torero a su novia, y el grito la salva de hacer el ridículo ante los dos hombres. Aprovecha y mira alrededor. Así que se trata de esto: de gente comprando revistas en los kioscos sin importar que ya sean las diez de la noche, de corrillos de mujeres jóvenes fumando y riendo, de parejas vestidas para trasnochar entrando hambrientas a los restaurantes cercanos. Vivir… ¿no es acaso un misterio, el mayor de todos?, ¿el único?, piensa, sensible luego de tantas canciones y tanta calle. No quisiera estar muerta como su padre, de eso está segura. Un sollozo se anuncia, le sube por el estómago y el pecho. Lo contiene cerrando los puños con fuerza hasta que se le ponen blancos los nudillos. Mejor comprobar si Carlota ya ha salido del número 550 de la Séptima Avenida. Respira, abre las manos, se relaja y el embate pasa. Voltea hacia la entrada, hacia aquel edificio construido en 1925, y su majestuosidad la sorprende, pero mucho más el hecho de pensar que ha estado ahí dentro, en un piso superior, no en el lobby, como en estos momentos lo está su amiga, que le explica algo al conserje. En el número 12 para ser exactos. Ahí funciona el taller de Oscar de la Renta. Carlota la había llevado de visita. La duquesa de Windsor está en los vestidores, les dijo Tito dándose importancia al pasar rápidamente con un metro colgándole del cuello. Claro, ese día lo había visto, caminando seguro en esa pequeña fortaleza donde se resguarda, recuerda por fin. Su amiga no se demoró en irse detrás suyo para tratar de ver a la duquesa. Nadie en el taller se sentía incómodo al tener a la hija de Josefina

revoloteando por ahí. A veces su madre la llamaba y le pedía un favor, llévame esta tarde un paquete a esta dirección, todos los mensajeros están ocupados y es urgentísimo. Ella no se quejaba. Le gustaba hacer esos favores, usualmente los paquetes eran para gente rica que vivía en edificios del Upper East Side. En la entrada, cuando anunciaba que venía de parte del señor Óscar de la Renta la hacían seguir sin más preguntas. Subía en ascensores tapiados en cedro, caminaba por pasillos con cielos rasos *art decó* y, al recibirla en la puerta y verla abanicándose perezosa con la mano, algunos le ofrecían un vaso de agua, sobre todo si era un hombre el que abría. Uno de ellos fue el que le habló del club, ese club. Un fabricante de telas, fue lo que le dijo. Pero lo que importa es que sin que nadie reparara en ella, Gloria pudo merodear a sus anchas por el taller. No conoció al jefe de jefes, le parece haber visto su sombra pasar deslizándose, de todas formas, su presencia transmitía un control absoluto. Conocía esa opresión demasiado bien. La sentía en su casa en Bogotá, así su madre estuviera a kilómetros de distancia. Era como si dentro la gravedad se alterara y las cosas pesaran más: los teléfonos, los cubiertos, las sillas, hasta las cobijas ganaban algunos gramos. Aun así, Gloria se sintió a gusto caminando entre las máquinas de coser, viendo a una mujer inmensa atravesar un paño con unas tijeras, tocando los dedales, las tizas para marcar. Se acordó de la costurera a tiempo completo de su casa. Les hacía las pijamas, la ropa de cama. Solo le faltaba coserles la ropa interior. Le pareció un oficio noble, pensó sintiéndose adulta al usar esa palabra, luego de tocar un hilo morado sobre una gran mesa y enrollarlo con dos dedos hasta hacerlo una bolita. Josefina debería ayudarme, conseguirme trabajo de recepcionista allí, sabía que estaban buscando, se dijo tras descartar la bolita de hilo en una caneca. Carlota había sido una candidata al puesto. Se negó, no quería estar todo el día bajo la mirada de Josefina y la entendía. ¿Pero ella? Ella lo haría bien y nunca se sabe, podría incluso terminar de secretaria personal del diseñador. Ya había probado la ciudad, miel en la punta de los dedos y tenía que quedarse a cualquier precio, lo decidió ahí, en el taller.

–¿Ven? No se demoró nada. Ahí viene –les informa el Torero, orgulloso de su novia y del valor de su palabra, ignorante por

completo de lo que pasará el próximo fin de semana. El viernes Carlota empezará trabajar en las noches de mesera en un club en la calle Cincuenta y nueve con la Quinta Avenida y quizás en menos de un mes ya no se verán más.

Es para señores muy bien, fue la expresión que usó su amiga cuando le contó el secreto bajo pena de muerte. Cuidadito abres la boca. Tú también deberías presentarte. Yo te ayudo. Pagan muchísimo mejor que en los laboratorios, le dijo. Y, la verdad, lo alcanzó a pensar mientras daba vueltas por la habitación, mirando el índice del manual que le dieron en el club a su amiga. Lee lo de meterse con los socios, a ver si te miento, pero ni siquiera la dejó buscar. Impaciente, se acercó, le quitó el manual de las manos, encontró la parte a la que se refería y se lo devolvió apuntando con un dedo a un párrafo. Anda, en voz alta. Carlota era de esas, de las que daban órdenes sin creer que las estaban dando. «Fraternizar con los clientes o sus invitados le está prohibido a cualquiera de las conejitas y podrá ser causa de despido inmediato. En todo caso, las conejitas podrán conversar brevemente con los clientes. La charla estará limitada a un intercambio amable de cumplidos y a información sobre las actividades del Club Playboy. Una conejita no deberá, en ninguna circunstancia, divulgar datos personales sobre ella o sus compañeras, tales como qué hace fuera del trabajo, apellidos, números de teléfono, direcciones, etcétera. Aun así, todas las conejitas podrán posar con sus clientes para fotos sin mediar ningún contacto físico. También podrán bailar en las fiestas temáticas estilos de baile que no involucren contacto físico (twist, watusi, boogaloo, etcétera, son ejemplos aceptables)». Carlota repitió divertida twist-watusi-boogaloo moviendo las caderas. Unas hojas más adelante, Gloria se quedó viendo el dibujo de una muchacha en una especie de traje de baño negro, hombros descubiertos, tacones y pestañas imposibles, corbatín, cola y orejas de conejo. Jamás sería capaz de servirles tragos a hombres desconocidos vestida de esa forma. Más que vulgar, el atuendo le parecía estúpido e infantil. Imaginó a su amiga con su uniforme y evitó juzgarla, sabía que a diferencia de su hermano Raúl, siempre mesurado, incluso algo tímido, reacio a cualquier actividad diferente al mundo de las pipas, Carlota amaba la atención. La requería. Era alimento para ella y sin recibirla se debilitaba

rápidamente, al igual que esas plantas de interior que necesitan agua todos los días. Si la dejan de recibir amanecen desmayadas. Es verdad, basta un chorro para revivirlas, pero siempre están en peligro de marchitarse. No le dijo a Carlota que podía encontrar atención en otro lado diferente a ese club, quizás porque tampoco sabía muy bien dónde.

A lo lejos, la ven despedirse del portero con esa risa geométrica única que encanta y asusta a la vez.

–A mi mamá se le olvidó su cheque. Despistada que es –dice apenas los alcanza con un sobre en la mano y baja la cabeza. Medio segundo. Siempre que miente baja la cabeza, eso ya lo sabe Gloria. Debe de ser la carta de recomendación que le piden en el club, piensa cuando la ve meter el sobre en la cartera. Carlota le debió de decir al fabricante de telas que se la dejara allí.

Arrancan de nuevo acompasados, algo lentos eso sí y no tardan en estrellarse con el ritmo, ahora mucho más frenético, que les propone la ciudad. Empiezan a aparecer caras y más caras, cuerpos y más cuerpos, igual a una pista de baile que se llena a toda velocidad después de que los asistentes han estado por largo tiempo esperando la canción de moda.

Por el rabillo de su ojo derecho se entrometen unas letras rojas y la asustan. TE AMO. Así, en español. Lee de nuevo. TE AMO CIGARS. Sonríe. No tiene más remedio que tomar el aviso luminoso como una señal. Se empina un poco y le da un beso corto en la mejilla izquierda al Tigre, que se voltea, entrecierra los ojos y devuelve el gesto acariciando su mejilla derecha con el dorso de la mano. Luego le susurra algo que no logra entender. No pueden detenerse para un beso en toda regla porque la marea de caras y cuerpos los empujaría fuera de la acera. Además, no quiere perderse de nada. Odia perderse de algo. Cada veinte, diez, cinco metros, dependiendo del barrio, la ciudad baraja y le muestra una nueva carta: la nariz mastodóntica de un repartidor que se aleja en bicicleta, las orejas afiladas de un bombero, los ojos inconsolables de una anciana que solloza en una cabina telefónica. O una forma de sonreír muy peculiar, como la de la mujer que viene allá, de la mano de un hombre, que se acerca, que aca- ba de pasar a su lado. Por culpa de tres jóvenes que discuten a los gritos, una hamburguesa yace a sus pies, la pareja se ha tenido que desviar un

poco de su trayectoria y al esquivarlos el tipo ha rozado a Gloria con el hombro, pero es un roce inofensivo, el contacto no es suficiente para tener que disculparse. En todo caso, ella no se ha fijado en sus rasgos por estar pendiente de la sonrisa de la mujer. La ha visto antes, en alguna parte, hace poco. Está segura. ¿En la frutería de Queens donde compra las ciruelas? ¿Esperando el metro en la estación de Jackson Heights? Voltea con la esperanza de que quizás la mujer también la haya reconocido y las dos miradas se encuentren en uno de esos momentos de extraña intimidad que a veces le ofrenda la ciudad. No espera hablar con ella, solo comprobar que se conocen de algún lado, quizás ver la sonrisa una vez más. Se encuentra con dos espaldas, de tamaños no muy diferentes, un traje azul noche, un vestido verde trébol. Van tomados de la mano, tan fuerte que forman una sola extremidad, una cadena irrompible. El inesperado giro obliga a Carlota, que se ha retrasado unos diez metros, a fijarse en la pareja, que ahora la sobrepasa a ella y se apresura a cruzar al ver cómo el semáforo de la calle Cuarenta y uno está a punto de cambiar. Eso es lo último que ve, un trotecito doble, en perfecta sincronía, antes de que su amiga le pregunte intrigada, subiendo la voz por encima de los pitos de los carros y las voces de la multitud:

–¿Quiénes son?

–No sé… Ella se me hizo conocida. Ni idea de dónde… –dice también duro, y vuelve la cabeza para no tropezar con el trío de jóvenes que amenazan con pasar de los gritos a los puños y de paso alistarse a recibir la nueva sarta de caras que la ciudad se apresta a botarle, pero al hacerlo se da cuenta de que le ha mentido a Carlota. Sí sabe. Sabe exactamente quién es la mujer y dónde la ha visto. La sangre se agolpa en su cabeza a punto de marearla y los pulmones se encogen como un globo que pierde aire a toda prisa después de ser pinchado. El problema no es la mujer ni su sonrisa, ni siquiera otra vez el recuerdo del pastor alemán en la tina, siente náuseas, las controla lo mejor que puede. El problema real es que no vio la cara del acompañante, apenas un rostro borroneado, media ceja. Y si algo necesita en su vida ahora mismo es saber cómo es, qué hay en sus ojos, porque sin duda debió ser él quien tomó las fotos. Voltea una vez más y solo alcanza a distinguir la punta del vestido de la mujer antes de que

entre en una tienda por departamentos. Se detiene, se vuelve del todo y deja que Carlota se acerque hasta ella. Está decidida a preguntarle a quemarropa cómo era, sabe lo buena que es su amiga para las descripciones. A menos de un metro cambia de opinión al acordarse de lo que Amparo le dijo: vinieron por las fotos. Decide esperar a que ella misma le cuente mañana domingo, resignada por segunda vez en este día. Además, la pregunta la obligaría a explicarse. Y no quiere dar explicaciones al lado del Tigre.

–Ya casi llegamos a Caesar's. Me entraron las ganas de comer.

Carlota, un poco desconcertada ante la información superflua, hace una mueca y responde con desgana:

–Ah, sí, es verdad, ya casi.

La invade un asco cenagoso al pensar que su hombro se rozó con el del tipo, con el del fotógrafo, y por extensión con alguna parte de la mujer y quizás con el lomo erizado del perro. Un caudal azul, rojo, verde, amarillo, viene a salvarla, le dice que se olvide de eso porque han llegado a la esquina de la Séptima Avenida con la calle Cuarenta y dos. La bolera 24 horas de Times Square los saluda. Bienvenidos. En trance, todos, no solo ella, doblan a la izquierda y se entregan a la lava candente que baja hasta la Octava Avenida, de la que yo mismo me despediría casi treinta años más tarde, cuando la atravesé rumbo al Holiday Inn, un bar en St. Marks Place al que por supuesto me llevó Nikki, la húngara. El dueño del lugar era un exfutbolista ucraniano que lo había comprado en 1965. Esa noche, mi última noche en la ciudad, le pedí un trago y me senté en una mesa, en vista de que todas las sillas de la barra estaban ocupadas. Seguí pidiendo tragos y pensando en lo que me esperaba a mi regreso a Colombia, de donde me fui sin terminar la carrera, hasta que un hombre y dos mujeres me invitaron a su lado. Estaba harto de hablar conmigo mismo y era mi despedida, así que acepté. Eran estudiantes de teatro. Un director y dos actrices. Hablamos del dueño del Holiday, me contaron que había peleado en la batalla de Stalingrado (Salía hielo de mi boca… Dormimos sobre la nieve dos semanas… Nos tuvimos que comer los caballos, repetía a veces) y le había servido copas a W. H. Auden. El poeta vivía muy cerca y siempre se sentaba en la misma esquina del bar en forma de herradura que

Stefan Lukak solo abandonaba para dejarse abrazar sonriente por estudiantes veinteañeras sin sostén iguales a las que yo tenía enfrente. Me preguntaron qué hacía, dónde vivía, si estaba de viaje y después de unos segundos a mí no se me ocurrió otra cosa que contestar, medio borracho, flaco y maldormido pero sin asomo de duda, que había llegado a Nueva York seis meses atrás en busca de mi madre y al final la había encontrado. A lo mejor fue en este momento, en esa mesa, cuando empecé a escribir todo esto que ahora escribo.

Quince minutos después, con los dientes perfectos de la mujer y la media ceja del hombre bajo llave en los sótanos de su mente, Gloria y los demás están sentados en el Caesar's. Es un lugar muy diferente al que había visitado antes. La zona donde funciona no está bien iluminada en las noches, de los bares contiguos entran mujeres solas, salen hombres abrazados y los carros pasan lento cual si fueran carrozas con monarcas inspeccionando su reino. Hay playas hechas de colillas y pedazos de botellas. Las sirenas ululan siniestras. Tal parece que el restaurante se convierte en uno de los cuarteles generales donde grupos ruidosos de hombres planean cómo tomar por asalto la noche o donde viejos están al acecho de algún ave perdida. No ve las usuales familias de tres o cuatro niños, ni las señoras hablando solas con una malteada y una Biblia. Nadie reparó en ellos cuando escogieron mesa, otros cuatro que hablan en español, eso es todo.

El Tigre es el único que se mantiene fiel a la idea de las papas fritas. Ataca una porción doble con las puntas tostadas. Los demás han pedido hamburguesas sencillas. Hay cuatro jarras de cerveza sobre la mesa. Como no tiene que vérselas con grandes mordiscos y salsas chorreando, monopoliza la conversación tejiendo una red de frases que a oídos de ella no son otra cosa que un intento más para dejarle en claro que no ha visto lo que ha visto. Que sus ojos la han engañado, que tan solo ha proyectado un deseo en él.

–Claro, sí, es el Rey, eso no lo vamos a discutir. Sería un pendejo grandísimo si pensara lo contrario, pero la cuestión, por lo menos para mí, es que a los músicos les faltó verraquera. Por momentos, digo. No todo el tiempo.

–¿Verraquera? –pregunta desconcertado el Torero mirando por encima de su hamburguesa, que ya casi termina mientras Carlota y Gloria apenas les han dado un par de mordiscos a las suyas. El Torero, el único no colombiano del grupo, a veces tiene dificultades para seguir ciertas conversaciones salpicadas de términos como amañarse o gallinacear.

–Sí, verraquera. Brío. Ganas. Músculo. –Cuando el Tigre se exalta, tiene la manía de soltar ráfagas de lo que considera términos sinónimos–. Mejor dicho, para que me entienda, a la orquesta a veces le faltaron huevos. Por momentos.

–Tan ordinario, Tigre –reclama Carlota.

–Umm, no sé, de pronto –concede el Torero, y se limpia las comisuras con una servilleta. La arruga y la deja encima de otras dos usadas.

–No sé de qué hablan. A mí me gustó todo, sonó parejo de principio a fin –dice Carlota.

–Hombre, que sí, estuvo muy bien, pero lo que quiero decir es que por momentos Sandro iba muy arriba y la orquesta se quedaba atrás, sin aire. Y entonces uno perdía emoción.

–¿Qué? ¡Estás loco! –suelta Carlota ofendida.

–Igual el concierto fue una belleza –dice el Torero.

–Yo te vi adelante, mueve que mueve. –Carlota sacude los hombros al decirlo y todos ríen, menos el Tigre.

–La gente me arrastró. Y sí, quedé adelante, envidiosa. Y bueno, no soy de madera. Las letras son pura poesía, pero me sostengo, a la orquesta le faltó. Se quedó cortica –se defiende.

–¿Y desde cuándo eres crítico musical? –dice Gloria, y al acabar la frase se da cuenta de que ha sonado excesivamente agresiva. Se hace un silencio y, antes de que se fosilice, añade rápido para disolverlo–: Podría haber sido culpa del sonido o algo así.

–Sí, eso es verdad –dice el Torero, y da por terminada su hamburguesa arrugando una nueva servilleta y dándole un sorbo largo a la jarra de cerveza hasta casi acabársela.

El Tigre está lejos de dejar pasar la afrenta de Gloria.

–¿Y a vos qué carajos te pasa? ¿Todo el tiempo callada y ahora salís con eso?

–Solo decía que existe la posibilidad, perdón, pues.

–Ya. Veo –dice el Tigre metiéndose una papa a la boca y

mascando con la boca abierta a propósito.

–¿Otra jarra? –pregunta el Torero.

–De una –responde el Tigre mirándolo a los ojos, retándolo a emborracharse.

–Para mí también –se cuela Gloria, pensando en que brindar con una segunda jarra ayudará a que el Tigre se calme. ¿No era acaso una noche para quererse? ¿No lo proclamó Sandro desde la tarima? TE AMO… CIGARS. Debe ir más despacio porque la primera cerveza ya se le subió.

–Yo estoy bien –dice Carlota, y deja su hamburguesa por la mitad en el plato.

Le piden las cervezas a una mesera delgada y fiera, una mantis. Lleva un delantal muy sucio y las puntas del pelo muertas se le escapan debajo de la cofia que le obligan a ponerse. A los cinco minutos vuelve y deja las jarras sobre la mesa con brusquedad. Se va sin decir nada.

–¿Y a esta qué le dio? –dice Carlota abriendo los ojos.

–Pobre, mirá el sitio, está repleto y solo hay dos meseras –dice el Torero y alza su cerveza para brindar.

–Pues debería tratar mejor a la gente o pronto será solo una la que atiende.

–Salucita, queridos. Por un gran concierto. –El Torero propone dejar el tema de la orquesta de ese tamaño.

–¡Salud! –responde el Tigre, que suelta una papa que recién había agarrado y alza su jarra.

–Salud –responde Carlota con desgano. Se siente traicionada, nadie la apoyó en su queja contra la mesera.

–Salud –cierra Gloria.

Es la última en brindar, pero choca la jarra primero con el Tigre y luego con los demás. A pesar de que se siente achispada le da un gran sorbo. Su novio la mira complacido. Han tomado un par de veces y a su juicio maneja muy bien el alcohol. Eso es importante para él. Ya es hora de que todo vuelva a la normalidad. Y si tiene que decirle que sí, que se ha inventado lo de las lágrimas para que esté tranquilo, se lo dirá. Qué importa. La segunda cerveza pronto le hace efecto y pasa de apenas hablar a comandar la conversación.

–¿Vieron esos cines? Deberíamos venir una de estas noches, ¿no? Los carteles de las películas se veían interesantes. Parece que

presentan un montón de cosas de Europa.

–Bueno, bueno, no son películas para todos los gustos –dice el Tigre, que no piensa ceder tan rápido.

–¿Cómo así? –le pregunta Carlota.

–Pues eso, algunas son películas digamos que especiales.

–Con muchas escenas de cama. Eso me han dicho –explica el Torero, y alza los brazos para dejar claro que la información le llegó de tercera mano.

–¿Será? –dice Gloria sonrojándose un poco tras su sugerencia.

–Igual podemos venir –añade Carlota, y sonríe mientras los mira uno por uno. Es la jefe de una banda de ladrones y les propone asaltar una droguería.

–Sí, qué va. No creo que sean de esas tampoco –dice Gloria cruzando miradas con su amiga para sellar el pacto.

–¿De esas? –El Tigre, burlón, ve un hueco donde deslizar su venganza ante el comentario de la crítica musical que lo dejó tan mal parado y lo usa sin titubear.

Gloria completa la frase para no quedar como una mojigata:

–Pues pornográficas, por si alguien no entendió –dice subiendo la voz para probarle a su novio que no le tiene miedo a la palabra, ni mucho menos, y al terminar la frase la mujer en la bañera cruza por su cabeza, un avechucho en un cielo despejado, pero lo espanta de un manotón, valiente gracias al alcohol. Alguien, una señora, voltea a mirarla desde la mesa contigua.

–¿Y vos qué sabes, ah? –carga su novio, y ahora es ella la sorprendida ante la agresividad. NO TE AMO… CIGARS.

–¿Tú sí o qué? Alguien diría que conoces mucho estas calles de por aquí… –dice Gloria con la seria intención de añadir información sobre un secreto que solo ellos comparten. El Tigre entiende de inmediato hacia dónde apunta su frase. Es un terreno muy peligroso y no tiene cómo defenderse. Se tiene que comer su rabia.

–Qué delicia de papas. ¿No te las vas a terminar? –le pregunta el Tigre a Carlota.

Cambiar de tema sin el menor disimulo es la única forma de huir.

–No, adelante. –Le acerca un poco el plato.

Gloria presiente que su amiga ha empezado a hacer dieta para

su próximo trabajo. En ese momento entran al restaurante un par de policías y sacan a un borracho del fondo. Les sorprende que no se resista, está feliz de que lo carguen. En el camino trata de darle un beso a uno de ellos. El aludido lo agarra con más fuerza del brazo hasta que se lo tuerce por completo y le clava un bastón en la clavícula. Se oye un chillido doloroso.

–Deberíamos regresar a Queens, ya es muy tarde –dice Carlota.

–¿Qué tal si vamos a mi casa y seguimos tomando? Tengo una botella de ron y mis tíos no están, se fueron a pasar el fin de semana a Newark. Podemos oír de nuevo a Sandro.

–¡Sí, vamos! Quiero oír Rosa, Rosa otra vez –dice Carlota.

La mención de la canción con que terminó el concierto ilumina los ojos del Tigre. Gloria se pregunta si acaso conoce alguna mujer con ese nombre y esa es la razón para negar sus lágrimas ante ella, pero de repente se muestra cariñoso abiertamente. Termina su segunda jarra de cerveza e imita el ritmo de la canción:

–Gloria, Gloria…

El amor entonces es eso, un interminable juego que consiste en saber balancearse para no caer por el precipicio. Aún no sabe si le gusta, debe ser agotador estar tanto tiempo concentrada. Promete responderse más tarde y acto seguido le prueba al Tigre que también puede cambiar de tema si le da la gana. Mira al Torero:

–¿Qué le preguntarías a tus papás si pudieras?

–Y dele otra vez con eso…–dice el Tigre muy bajito. La peligrosa grieta que se abrió hace unos minutos le impide arponearla con una frase más contundente.

El Torero, huérfano de padre y madre, alza las cejas y luego pone los codos sobre la mesa listo para responder.

–¿En español?

–¿Qué? –dice el Tigre ya sin papas fritas para acompañar sus preguntas.

–Mis viejos hablaban italiano y español.

–¿En serio? –Gloria lanza el cuerpo hacia delante y, un segundo antes de que aterrice sobre la mesa, el Tigre mueve su jarra de cerveza para que no la tire, a pesar de que está bastante lejos de su campo de acción. No puede arrinconarla con frases, pero sí ensombrecerla con ese tipo de gestos.

–Nacieron en un pueblito del sur. Furore.

–¿Entonces tú hablas italiano?

–Sí. Bueno, un poco. Lo suficiente, digamos.

El Tigre muestra interés, no para seguirle el juego de la pregunta a los muertos a Gloria, sino porque se le ocurre que podrían unir fuerzas y hacer tours en español e italiano. El Torero no es malo hablando y ha visto cómo lo miran las mujeres. Y lo mejor es que ya se quejó del trabajo de las mudanzas. Tendría que convencer a su primo Carlos Arturo, antes le había sugerido que se especializaran en excursiones solo para mujeres. No le hizo mucho caso. Hay un negocio ahí, insiste el Tigre para sus adentros. Nueva York cada vez está más lleno de mujeres que viajan o hacen cosas solas. O entre amigas, en todo caso sin hombres.

–Di algo en italiano –le pide Gloria.

El Torero se pone nervioso y busca ayuda en la cerveza, pero en la jarra solo quedan restos de espuma.

–Sí, algo. ¿Qué tal esa frase que me dijiste hace poco? –dice Carlota.

–¿Cuál?

–Ah, ya te olvidaste, qué pesar. Cuando me descubriste viéndome al espejo en ese almacén de ropa. Te pregunté cómo me quedaba el vestido rojo que me estaba probando.

–Ah, ya. Sí, esa frase –asiente el Torero, y en su cara se nota lo mucho que le había gustado Carlota con aquel vestido. Hace una pausa, toma un poco de aire. Todos lo esperan atentos. Con una mano en el pecho, dice ceremonial:

–*Qui è dove le parole muoiono.*

–¿Y qué significa esa vaina? –pregunta el Tigre antes que Gloria.

–Algo así como «Aquí es donde mueren las palabras». Es de un poema que recitaba mi papá.

–Bahhhh –dice el Tigre, y luego suelta una carcajada tan dura que esta vez no es la mujer la que los voltea a ver, sino el hombre que la acompaña. Carlota lo odia de inmediato y Gloria… Gloria se pone pálida. Tiembla, la frente se le llena de gotitas de sudor. El Tigre lo nota. Es bueno para captar los cambios de humor en ella y trata de ayudarla cuando los cree justificados o dignos de atención–: ¿Estás bien? ¿Querés agua? Si querés nos vamos –pregunta genuinamente preocupado.

–Sí, sí…, estoy bien, no pasa nada. Voy al baño. Vayan pidiendo la cuenta –dice, y se pone de pie.

–¿Segura? –pregunta el Tigre alzando la cabeza hacia ella.

–Sí, ha sido un día muy largo, eso es todo. Seguro la cerveza… El aire me va a hacer bien. Primero voy al baño.

Pasa por entre las mesas despacio, desciende al lago donde habita la muerte y se queda recostada contra una pared, cerca de la puerta trasera. Un cocinero la ve intrigado. Esa frase… ¿Será su padre queriéndole hablar a través de Sandro? ¿O del Torero?

Existe una tercera hipótesis sobre aquel asesinato. Se la oyó solo una vez a una tía, a nadie más. Al parecer su padre podría haber pertenecido al Club de los Suicidas de Armenia, un grupo que estaba conformado por jóvenes de familias adineradas. Para entrar había que recibir la aprobación de sus fundadores y firmar un juramento. Los miembros se reunían una vez al mes a beber y a oír tangos en bares de la zona roja de Armenia. En medio de los tragos escribían su nombre en un papel y luego lo metían en una bolsa de tela. En la madrugada, antes de ir a casa, el presidente metía la mano en la bolsa y sacaba un nombre. El elegido se comprometía a suicidarse. Y si no cumplía su palabra, se arriesgaba a que alguien lo matara. Ese era el trato. En el diario que dejó su padre hay varias anotaciones sobre el suicidio, no sería extraño que hubiese pertenecido a ese club. Quizás se arrepintió en el último momento y el panameño que le disparó, también miembro del club, hizo cumplir la sentencia y así lo perdió a los tres años de edad. Ambos estamos de acuerdo en que su padre fue el primer hombre que la traicionó, porque haberse dejado matar se sintió como eso, como la peor de las traiciones.

Respira hondo un par de veces y el cocinero está a punto de acercársele, pero se recompone a tiempo y se arregla la pañoleta que se puso al cuello cuando empezaron a bajar por la Cuarenta y dos. Recorre el camino de vuelta a la vida y en poco tiempo está junto a los demás, rumbo a la estación de metro en la Octava Avenida. Jamás podría tomarlo sola a esa hora y le parece una injusticia.

Avanzan y no puede dejar de mirar los carteles multicolores de los cines que las revistas anuncian así: «Bryant: teatro grande y viejo que antes presentaba películas softcore y ahora ofrece acción

hardcore de calidad aceptable a precios reducidos. Entrada, 1,95 $. Love: usualmente presenta novedades o reposiciones de películas recientes de calidad variada. Limpio y confortable. Desde hace poco ha empezado a ofrecer shows de sexo en vivo entre funciones. Entrada, 5 $». Ninguno habla. Aunque están un poco cansados nadie se atreve a cuestionar la decisión de oír las canciones de Sandro en la casa del Torero. A medida que se acercan al Port Authority nota que las caras de hombres y mujeres se hacen más recias, los vestidos más extravagantes y cortos, el maquillaje más fuerte. Al otro lado de la calle se ven edificios con las ventanas quebradas y lejos un gran aviso, Terminal Bar. A esa hora el metro es una trampa abierta, pero están los cuatro, más jóvenes que nunca. Suben a un vagón, Queens los espera. Se sienta y muy pronto cierra los ojos y se zambulle en una negrura espesa, húmeda. Ha entrado en una cueva. En un punto, seguramente al cruzar bajo el río, un zumbido sordo inunda sus oídos. No es el de siempre, es diferente y aun así le resulta familiar. Todavía no lo ha oído, pero lo oirá junto al tercer hombre. En el 2005, también en Estados Unidos, y yo no podré hacer nada para impedirlo, solo acompañarla una vez cese aquel ruido.

De camino al embarcadero, la brisa que baja de las montañas rocosas barre los corredores de su mente, rompe los nudos de su cuello. Habían llegado a los lagos después de tres horas en la Indian Centennial Chief. Ni una parada, ni una queja. Cuando salieron del apartamento todavía era de noche, apenas un café con leche y una galleta de avena en el estómago, y en la autopista que conecta a Nueva Jersey con Virginia se demoró un buen rato en clarear. Casi siempre se pone tensa durante los primeros minutos con el escape tronando a sus pies, teme caerse y la orfandad que conllevaría un accidente, latas deformadas, tiras de piel, pero ya no tarda en entregarse al placer de ese mundo sin pasado que le proponen las líneas de la carretera. En el último viaje a Buffalo aprendió a identificar el momento en que podía soltar las manos de su barriga y dejarlas colgando un par de segundos, al lado de las piernas para sentir el viento entre sus dedos, entre avergonzada y eufórica. Jeans viejos y una chaqueta militar revestida es el atuendo de Gloria cada vez que salen de paseo en la moto. Le agradece (gracias, gracias, susurra a menudo dentro del casco) por haberle mostrado esa forma de la libertad que jamás se le pasó por la cabeza conocer, tan de anuncio televisivo, aunque no por eso mismo menos definitiva. Un verdadero milagro venirla a descubrir a sus ya casi sesenta años, tres hijos y un divorcio firmado en notaría meses atrás.

En el muelle número 5, frente al ferry en el que atravesarán el lago más grande de los que componen la zona, identifica a los que serán sus compañeros de recorrido: una pareja de asiáticos de más o menos su misma edad y estilos capilares opuestos a los de ellos; tres muchachas jóvenes con shorts cortísimos a las que un lanchero de cara apergaminada por el sol y el viento permanece imantado, y una familia de gringos numerosa, gritona, con la que se promete ser tolerante. Esperan unos minutos sin decir nada, viendo el agua ser agua, las nubes ser nubes, las rocas ser rocas, hasta que el guía aparece. Se disculpa por la tardanza, una pelea, un pequeño accidente en otro muelle, nada grave, dice tirando un puño al aire. Detecta su acento boricua, algo triste, pero boricua al fin y al cabo. Se felicita, es buena en ello, así como hay gente capaz de predecir tormentas con solo oler el aire, y luego se repite la conclusión a la

que llegó hace un tiempo: le caen mejor los puertorriqueños que los dominicanos. En realidad, el problema son las dominicanas. Las había tratado en Noon & Midnight cuando todavía era una vendedora. Fue el único trabajo que encontró tras renunciar a vivir en esa mansión de veinte habitaciones y piscina techada en medio de los bosques de Nueva Jersey criando niños judíos. Claro que extrañaba las idas a la sinagoga, donde a menudo la confundían con alguien de la familia para eterna rabia de Mrs Eva. Su misterio, su solemnidad. Y también las noches en que hacían fiestas y llegaban hombres con ojeras imposibles acompañados de ancianas atiborradas de joyas. Para no quedarse atrás, se ponía el anillo de diamante que le regaló el día de su matrimonio y así dirigía el desfile de meseras con bandejas mientras los dueños de casa se emborrachaban. Incluso extrañaba la Pascua judía, el Pésaj, y el ayuno. Era la única que no tenía que cumplirlo. Una vez había encontrado a Mrs Eva atragantándose con un sánduche de pavo en el garaje, escondida detrás de uno de los BMW y le tocó aguantarse la carcajada. Pero no extrañaba la chimenea de piedra donde estaba el candelabro de ocho brazos y la voz que a veces oía salir de allí, una voz en español que la hizo pensar durante varias noches que había enloquecido. Por ese motivo renunció y por la garra negra de un ave con que uno de los niños, el menor, le pedía que le rascara la espalda antes de irse a dormir. La guardaba debajo de un tapete al lado de su cama y ella se moría del asco de solo imaginar esa cosa tiesa y huesuda. No, no extrañaba nada de eso en lo más mínimo. Tampoco a las dominicanas que vinieron después. El asunto con ellas era que siempre dejaban tiradas las prendas en el piso del vestidor de Noon & Midnight como si estuvieran en el baño de su casa y nada la ponía más furiosa que tener que recogerlas una a una y colgarlas de nuevo. De todas formas prefería la brasa del mal genio, encendida hasta la noche, que sentirse humillada y luego triste y más tarde perdida, al igual que un ciervo herido al que la manada ha dejado a su suerte. Ese sentimiento de abandono, de soledad profunda, la barca sin ocupantes flotando a la deriva que alguna vez había experimentado. Él la sacó de ahí con sus kilómetros de carretera, manos pacientes y el cosquilleo de su bigote. Nunca antes había sentido aquel tipo de beso, ese roce feliz de cerdas rubias en su

cara. El suyo, su bigote, el de Mario, parecía que lo tensaran de las puntas dos hilos invisibles cada vez que se reía y aquello por alguna razón la colmaba de un bienestar comparable solo al de dormirse en una cama con las sábanas limpias, recién cambiadas.

Frankie, así se llama el guía boricua, pasa a informarles a qué hora se servirá el almuerzo y luego pregunta si alguien es alérgico a un tipo de comida.

–Yo no puedo comer mariscos –dice ella, tímida, no por su inglés, que mejoró muchísimo después de que la ascendieron a secretaria del dueño en Noon & Midnight, cadena de ropa interior con veinte almacenes en Nueva York y Nueva Jersey, sino porque sabe que la gente se muere por la comida de mar. Sobre todo si no tiene que pagar por ella o está incluida en una promoción. A él, a Mario, le fascina, para no ir más lejos.

–¿Nombre?

–Gloria.

–Gloria. No mariscos –anota Frankie en un cuaderno escolar–. Ok, muy bien. ¿Alguien más?

–Yo soy vegetariana. Mi nombre es Nancy –dice una de las tres muchachas.

–Nancy, vegetariana. Ok. Ok. Muy bien.

–¿Qué es eso? –pregunta a su madre el menor de los cinco niños, todos hombres, que conforman la familia de gringos.

La mujer se agacha y le cuchichea al oído como si estuviera en misa y temiera interrumpir el sermón de un cura vengativo. El niño termina de oír la explicación y después la mira serio. ¿Por qué mientes, mamá?, parece decirle con sus ojos azules chispeantes.

Saca de su cartera una pastilla violeta para el mareo y se la traga antes de que Frankie le tienda la mano para caminar por un estrecho puente colgante de madera y pasar a cubierta. También se la extiende a Mario, pero él la rechaza ofendido y por hacerlo casi se cae al agua. Los niños se burlan, primero el mayor y luego los demás, uno a uno, fichas de dominó derrumbándose, excepto el menor. Él solo mira en silencio, condena y absuelve. En el ferry Gloria descubre una docena de personas que recogieron en otro muelle. Agarraron los mejores puestos, se dice desanimada. Tenía la esperanza de ir todo el recorrido a solas con Mario, hablar de lo

que tienen que hablar, en cambio les toca sentarse en una mesa con la pareja asiática, cerca del motor. La mujer además entabla conversación muy pronto. En español. Nota a su lado a un Mario intermitente, silencioso. No oírlo comentar sobre los demás pasajeros es extraño, tanto como pararse frente a un río congelado. Seguro es por el hambre.

–Somos coreanos. ¿Ustedes? Vivimos mucho tiempo en un pueblito de México. Hace poco a mi marido lo trasladaron a Charleston. Estamos de vacaciones.

Traduce el suspiro de Mario: nos tocó una parlanchina. El esposo, que además del pelo cortado a ras lleva unas gafas de sol que ocupan la mitad de su cara, no pronuncia palabra, tan solo asiente. Gloria sabe que la mujer espera la misma información en respuesta, de dónde son, qué hacen, pero en lugar de dársela la anima con su sonrisa a que alargue la conversación, a que se pierda por caminos sin retorno y tenga que buscar la salida por sí misma, apurada, mientras ella aparenta oírla, porque es eso lo que hace, simula estar poniéndole cuidado cuando en realidad está pensando en el perro negro que vieron en la carretera. Se estaban acercando a un pueblo y tuvieron que bajar la velocidad. El animal salió de la nada y creyó que les iba a ladrar, que iba a tirarles dentelladas al aire por varios metros, pero lo que la asustó, lo que verdaderamente la aterró fue su lengua rosada, una serpentina saliendo de su boca. Fue tan brusco su movimiento al ver al perro que Mario casi pierde el control. Después del ligero corcoveo y el susto casi ni se movió sobre la Indian y de ahí los nudos en el cuello, las piernas agarrotadas, los corredores de su mente ensombrecidos. Se le vienen a la mente los ejercicios que recomiendan hacer en los aviones durante trayectos muy largos y empieza a mover los tobillos en círculo entregada. En esas está cuando la mujer le lanza una pregunta a quemarropa después de haber estado hablando largo sobre su familia en Corea, o eso cree. Esta vez la entonación confirma que exige una respuesta.

–¿Cuántos años llevan? Nosotros vamos a cumplir treinta en un mes. Aún no sabemos dónde celebrar.

¿Qué hacer con todo ese caudal de información no requerida? Mario cruza la pierna con brusquedad. Siempre que se siente incómodo lo hace. O pone los codos sobre las rodillas. O templa la

espalda. Son gestos pronunciados que pueden llegar a ser intimidantes, equivalen a cuadrarse para una pelea callejera. El hombre, el coreano, se da cuenta de la reacción de Mario y le dice algo a su esposa en su idioma. La mujer alza los hombros, lo único que le interesa es la respuesta, a pesar de que ya la conoce luego de posar su mirada un segundo sobre la mano de Gloria y no encontrar ninguna argolla. No sabe muy bien qué contestarle, es la primera persona que se lo pregunta en esos términos. Si bien ya ha transcurrido un tiempo prudente desde que se mudó al apartamento de Mario, la palabra matrimonio ha surgido una sola vez, con todas esas vocales tan desasosegantes por las que ya pasó, piedras que se estrellan en la garganta. Fue él quien la agitó con fuerza meses atrás, antes de que salieran para el trabajo, ella a la oficina principal de la cadena de tiendas de ropa interior en Paterson y Mario al pequeño concesionario de carros del que es dueño en Weehawken. Estaban desayunando. Huevos y arepa. Si quieres, hablemos en julio, después de que mi hija venga a visitarnos, le respondió. Mario vivía en Estados Unidos desde los años ochenta y era ciudadano, aunque hubiera olvidado hacía mucho tiempo cómo se llamaba el caballo de George Washington o cuántas estrellas tenía la bandera. El problema de la visa de Gloria, a punto de vencerse, se habría resuelto en una hora en cualquier juzgado de Nueva Jersey y desaparecería esa taquicardia que la consumía cada vez que veía a un policía acercarse por la Bergenline, sobre todo después de lo que sucedió con las Torres Gemelas. Era un ofrecimiento irrechazable desde el punto de vista de Mario, papeles de residencia como último y más puro acto de amor. Ay muchacha, dejaste pasar el momento, le dijo una conocida, pero no era algo que pudiera decidir con una arepa a medias en la mano y Mario siempre requería solucionar todo en el acto. Su impaciencia la impacientaba. Esa mañana reaccionó templando la espalda, tirando los hombros hacia atrás y estirando el cuello. Tras estar en esa posición, mirándola por cinco largos segundos, regresó a sus huevos revueltos y a las noticias sobre Colombia en la radio, que especialmente esa mañana de 2005 les dejaron en la boca una sensación a vidrio molido. En julio no hablaron de aquello. Ni en agosto, ni en septiembre, ni durante los siguientes meses. Gloria pensaba desempolvar la palabra

aprovechando el paseo a los lagos, los viajes siempre les ayudaban a ver todo con calma, pero la coreana se adelantó y ahora le parece ridículo decir que son… ¿novios? Antes de balbucear algo, Frankie aparece en la cubierta con un megáfono rojo en la mano. Atención a todos los presentes, estas son las normas de seguridad a bordo, y acto seguido arranca a explicarlas. Es tan minucioso que la cuestión sobre su estado civil termina por desaparecer y luego está el ruido sordo del motor, la belleza de los islotes en el lago donde las garzas se posan y la música de REO Speedwagon dentro del barco, cosas que hacen difícil sostener cualquier tipo de conversación entre las parejas.

Transcurre un cuarto de hora entre miradas de soslayo y sonrisas desabridas hasta que llega la comida –platos para compartir, pescado, papas al horno, ensalada, mariscos, por supuesto– y los hombres se ocupan de ella con devoción. Se sirven casi todo. Mario se da cuenta tarde y con un dejo de culpabilidad le pasa un trozo de pescado extra y una papa pequeña. El coreano ni se molesta en mirar a su esposa. La mujer revuelve el plato y se lleva una o dos veces el tenedor a la boca sin ganas. Gloria tampoco come mucho, la pregunta-cuchillada le quitó el hambre y además le da miedo que la pastilla de Mareol no haga efecto. En ese caso tendría que ir de emergencia al baño y empezar maluca el viaje en ferry no es una opción. Frankie les trae en persona las bebidas, Coca-Cola para ellas y cerveza para los hombres. El coreano brinda en silencio y el gesto es correspondido por todos. En la esquina opuesta del barco, el niño que no cree que sea posible vivir solo de frutas y vegetales pelea con su hermano mayor. Los gruñidos atraen su atención, también la de la coreana. Los hermanos parecen dos animales que han estado encerrados por largo tiempo en un cuarto húmedo y sin luz. En un momento, el niño tumba sin querer la bebida de su padre y el hombre, en un acto reflejo en lugar de una decisión, le suelta una bofetada que por poco lo manda al piso. Cruza miradas con la coreana y ambas vuelven confundidas y nerviosas a sus platos tras el estallido de ira. Gloria mastica un bocado de papa al vapor lentamente, pero no puede aguantar las ganas y levanta la vista de nuevo buscando al niño. Lágrimas corren sobre sus mejillas dejando surcos relucientes, diamantinos. Debe tener unos ocho años. No deja

escapar sonido alguno, ni un mínimo sollozo y en lugar de refugiarse en su madre –¿cuántas veces lo habrá traicionado?–, les da la espalda a todos y se queda mirando el lago. Quiere vaciarlo con sus ojos. Mario le da un toquecito y Gloria voltea, el coreano está brindando de nuevo y lo hará otra vez minutos más tarde, medio borracho, espesando el ambiente del todo. Terminado el almuerzo dejan a la pareja a su suerte. Deciden subir a la segunda planta del barco y se quedan un rato mirando decenas de pequeñas islas rocosas a su alrededor, boronas de pan tiradas sobre un mantel azul verdoso.

A mitad del recorrido se detienen en un islote de gran tamaño, el corazón del lago. Frankie les propone a todos llegar hasta un mirador y desde allí ver la puesta del sol.

–En media hora nos encontramos en este mismo punto –les dice con su sonrisa de guía turístico que desaparece de su cara apenas sale del encuadre.

El grupo, insoportablemente compacto, empieza a subir por una escalera de piedra hasta el mirador. Ellos se retrasan a propósito, Gloria no es capaz de lidiar con más preguntas. Luego de cinco minutos ascendiendo se detiene para tomar aire y ve a lo lejos a Frankie y a la vegetariana sentados en una banca, detrás de un árbol tachonado de flores amarillas. De un momento a otro Frankie la toma por el cuello con brusquedad estudiada y le da un largo beso. La joven lo recibe con los brazos distendidos, ligera, fuera de sí. Algo se agita dentro de Gloria como la llamarada de una plataforma petrolera, lenguas de fuego en medio del mar. El Tigre, el fantasmal Tigre también había sido guía turístico y también la había besado así unas horas después de que fuesen a las cataratas del Niágara. Está bien, madre…, le susurro para calmar su agitación y poco a poco lo logro.

Empieza a subir de nuevo, algo más despacio, y ya en el mirador la reciben los estruendosos cantos de apareamiento de las cigarras de fondo. La respiración se asienta, los ojos lagrimean a causa de las corrientes de aire, pero el agua resplandeciente bajo el sol los narcotiza. Cuando empieza a hacer un poco de frío, Mario por fin la abraza. El momento a solas dura un par de minutos. Luego aparece una familia a su lado y un hombre de papada gelatinosa muy pronto la distrae. Ya no hay Tigre. Las caras, esos

rompecabezas en los que a veces sobran o faltan fichas, la han obsesionado desde siempre. A lo mejor todo empezó de niña, cuando se empeñó en retener la cara de su padre en el ataúd para preservarla de la muerte. Se acuerda a la perfección, podría dibujarla si supiera dibujar. Abre una a una las habitaciones del palacio de su memoria, inmaculadas, organizadas con esmero monacal, y satisfecha encuentra aquella cara. Sin embargo, la desconcierta que esté tomado de la mano con una mujer y además lleve en el otro brazo a un bebé.

Tiene una frase para lo que le pasó con ese hombre: momentos de intimidad con extraños. La rondan sin descanso. Por un lado, los desconocidos bajan las defensas y de repente se entregan a ella sin que pueda hacer nada; por otro lado, se ve envuelta en situaciones que muchos otros rehuirían. Gloria no. Obviamente haber sido vendedora de ropa interior en Noon & Midnight le proporcionó como ningún otro trabajo ese tipo de encuentros. Uno de los más intensos, de lejos, lo involucra a él, que ahora muerde una pajita, absorto con su familia en el lago ondulante y los barcos que lo cruzan.

La mayoría de las compradoras de Noon & Midnight eran mujeres latinas que casi no salían de las mismas cinco cuadras en Nueva Jersey, muy pocas veces se asomaba un varón y menos un gringo. Calvo y con la mirada alerta del cazador, atravesó la puerta, fue directo hacia ella sin ver la mercancía y le soltó frente a la caja registradora: Hola. Me voy de viaje mañana con mi marido y quiero verme hermoso. Es nuestra luna de miel. Necesito elegir un babydoll ya mismo. Había abierto la tienda cinco minutos antes. Quizás el hombre estaba esperando en un café al frente. Gloria titubeó un segundo nerviosa. Es un cliente, ¿no? Y se merece que lo atienda, se dijo. Y así lo hizo: lo paseó por todo el local, al que no entraba nadie a esa hora de la mañana, le mostró algunas opciones sopesando su contextura física y lo condujo a los vestidores. Recuerda con detalle la imagen del hombre en el espejo, las piernas flacas, las caderas estrechas, el reflejo de ambos, dos personas que no se han visto nunca antes, una de ellas medio desnuda, sus preguntas ilusionadas: ¿Me queda mejor el rojo con escote? A él le gusta mucho el rojo. ¿O el negro con encaje? ¿Y qué tal este blanco perla con cintas? Necesitaba de su ayuda, la

requería para ser feliz, así que lo meditó un rato y luego dictaminó con la honestidad de un ataúd: El negro. Sí, definitivamente el negro. Y para blindar su dictamen, pronunció una frase que al principio había sido un préstamo y que luego hizo propia: No se diga más. Lo convenció. Además del babydoll, el hombre se llevó dos pares de medias veladas de malla y una de las pijamas más caras. Gloria, a pesar de lo inesperado de toda la escena, estaba orgullosa por la venta. Semanas después, pasó por la tienda y le regaló una caja de almendras con un moño en agradecimiento. Nos fue increíble, comimos de todo, hicimos de todo, le contó cómplice tratándola de hermana mayor, de confidente de toda la vida estando seguro de que jamás se volverían a ver. Y ahora estaba allí, a cuatro metros, mirando el sol hundirse en el agua con ojos avinagrados, ciruelas secas, en compañía de su esposa y su bebé. Un asteroide cruza su mente a toda velocidad, se acerca y amenaza con colapsar el planeta Gloria: ¿y si lo de Mario es tan solo eso?, ¿un momento de intimidad con un extraño? Un poco más prolongado, mucho más prolongado, pero ¿y si no es más que eso? Mario se desprende de su lado y la súbita ausencia de su calor le informa que es hora de bajar del mirador.

La despierta la sirena del ferry anunciando el retorno al embarcadero. Cinco minutos, media hora, no puede calcular cuánto tiempo ha dormido. Apenas abre los ojos, Mario guarda apurado su teléfono celular y le alcanza una botella de agua. Del concesionario, se explica sin que ella se lo haya pedido. Vendieron dos camionetas. Ah, muy bien, es lo único que puede decir Gloria por culpa de la garganta seca. Toma agua a grandes sorbos hasta que un hilito cae por su cuello refrescándolo, se limpia con una servilleta y solo entonces mira alrededor. A veces tarda en volver en sí después de una siesta, habita por segundos ese limbo donde todo es triste o violento. La familia numerosa no se ve por ningún lado. ¿Se habrán quedado en la isla? Se los imagina cazando y pescando, cocinando en una hoguera y semanas después los padres muertos a manos de sus hijos, comandados por el niño-rabia. Qué escena tan horrenda, decide buscar a los coreanos como si fueran sus amigos, como si los extrañara. Están de pie, en la parte trasera del barco, listos para abandonarlo. Muy bien, pero ojalá no vayan a la cueva, ruega en silencio.

Ya en tierra, en cosa de minutos toman los cascos de los casilleros y se montan en la Indian. Antes de arrancar Mario le da vueltas a un mapa varias veces y concluye que están a unos 20 kilómetros del hotel. Reservaron una cabaña en un lugar que se anunciaba como «la verdadera y última experiencia en un pueblo amish». La eligieron solo porque la cueva de Luray está ahí, al lado y su plan es visitarla temprano en la mañana. Poco a poco oscurece y en la carretera, entre camiones de doce ejes y buses que atraviesan el país de costa a costa, se imagina una ducha con agua caliente y toallas de las buenas. Las toallas con la delgadez de las hostias la hacen pensar en esa expresión que a veces salía de la boca de su madre, muerta y enterrada, cuando veía a un pariente lejano arruinado: pobre de solemnidad. Pobre de solemnidad; el algo, lo que se merienda, ¿ya sirvieron el algo? Escarcela para nombrar una cartera pequeña. Se ha vuelto frecuente que la música que se desprende de las palabras del pasado la visite a deshoras. Envejecer es sobre todo esa música que retorna desde muy lejos, *señoras y señores, el único latinoamericano que hasta ahora se ha presentado en este grandioso escenario, con ustedes,* y tener conciencia de las veces que le restan para hacer ciertas cosas. Tener contado el número de oportunidades en que se encontrará con ciertas personas. A Mario, muchas, todas si van al juzgado y firman. Qué raro, conocer a alguien de un día para otro justo cuando la vida se estrecha cual embudo y empieza a deslizarse hasta el final y poco después sentir en la ducha que esa persona ya nunca se irá. Cómo intuir, cómo creer que a un fugaz encuentro entre divorciados pagando en una panadería chilena de la Bergenline le seguiría una invitación a los cines de Jersey City. Y después una salida a una discoteca cubana y luego un desayuno entre semana, dos desayunos, tres desayunos porque ya no pueden dejar de verse. Y así hasta estar sentada en una moto de alto cilindraje reverberando, viajando juntos, con el olor a campo mezclado con gasolina.

Mario tenía razón, el viaje valió la pena. Desde arriba la cueva se siente enorme e intrincada, una herida hermosa en la que poco a poco se adentran. Caminan atentos y reverenciosos, como si estuvieran en la habitación de un paciente al que recién le han puesto un corazón nuevo. O por una catedral. Sí, eso es, las luces,

diseñadas para realzar o contrastar las formaciones rocosas que se han formado gracias a millones de años de agua destilando desde la superficie, la hacen sentir en una catedral húmeda, una catedral viva. Descienden despacio y muy pronto se quedan solos. Lee los nombres del folleto que les dieron en la taquilla de la entrada. A pesar de estar en español, se le dificultan. Espeleotemas. Estalactitas. Estalagmitas. Mario se detiene y le pide el papel. Con la cabeza de medio lado, gesto que ha aprendido a querer y que surge incluso cuando firma un cheque, estudia el folleto mientras se oyen decenas de gotas estrellarse contra lejanos charcos. Cierra los ojos. El tiempo no existe por fuera de ese sonido, la edad de la tierra en un sonido. Su vida entera en ese sonido.

Poco a poco él le va señalando, mira *El velo de Tatiana,* ahí está *El fantasma de Plutón. La tienda del Sarraceno* es su favorita hasta que llegan al *Lago de ensueño.* La profundidad y la altura son difíciles de medir, la perspectiva se distorsiona, es igual a estar dentro de un cuadro y ella está tan conmovida que busca el codo de Mario para compartir la emoción. Caminan un rato así, del brazo, entre el claroscuro. Si bien la calidez de su cuerpo y su olor a madera seca han dejado de ser novedosos hace ya bastante, a veces le cuesta creer que vive lo que vive. ¿Un amor otoñal? Recuerda que un periodista describió con esas palabras tan ridículas el reciente romance de un Sandro carnoso. Vio la nota en un programa de televisión latino. Estaba acompañada de algunas escenas del concierto en el que estuvo hace ya casi cuarenta años. En la sala de espera del odontólogo se quedó pensando en el misterioso temblor de su juventud, esa vibración irrecuperable que quizás se extinguió aquella misma noche después de que pasó lo que pasó. No le ha contado nunca esa historia, la del Tigre. Lo va a hacer ahora, está a punto, se prepara… Mario, no te imaginas, nunca te conté que cuando tenía veinte años fui al Madison Square Garden con unos amigos a ver a Sandro, estábamos ahí, enfrente, casi que lo podíamos tocar, fue increíble, alguien lloró de la emoción incluso y después caminamos hasta Times Square, en esos tiempos era muy diferente, peligroso hasta decían y allá comimos papas fritas con cerveza. Eso no es todo, ¿sabes? Ya de vuelta en Queens nos fuimos a la casa de uno de esos amigos a seguir la fiesta, estábamos tan contentos, pero al final de esa noche, bueno,

en la madrugada realmente, pasó algo, algo que te juro, te juro que me… Se queda con la historia sin que salga de su garganta porque Mario necesita con urgencia salir a respirar. Necesito salir a respirar, dice. La altura del techo ha disminuido hasta llegar a casi menos de un metro sobre sus cabezas. Claustrofobia. Antes sufría de ataques con frecuencia y en parte por eso empezó a montar en moto, le confesó cuando le mostró por primera vez la Indian un domingo, el primero de los tantos en que la acompañó a desmontar el pequeño stand que alquilaba en el parque James Braddock. Mrs Eva y sus amigas millonarias le regalaban montones de ropa de diseñador que ya no usaban y a Gloria se le ocurrió venderla en un mercado de las pulgas. Ganó fama entre las veinteañeras, era la señora que llevaba a veces una chaqueta corta de Chanel, unos tacones Gucci. O una falda Oscar de la Renta. Al final de la tarde, Mario le ayudaba a guardar lo que no había vendido en dos maletas grandes y después la invitaba a comer. Un día le propuso que dedicaran los domingos a pasear en moto en lugar de gastarlos en el mercado de las pulgas y así fue. ¿Estás bien? Sí, sí, no es nada, pero mejor…, responde Mario y manotea en el aire para confirmar la levedad del ataque. Ella quiere caminar un rato más. Voy a caminar un rato más, le dice. Acuerdan verse afuera, en quince minutos. A solas Gloria revisa de nuevo el folleto y en la tercera página ve algo que de inmediato se obstina en encontrar. Da un par de vueltas, la cosa es que es tan mala para ubicarse que no encuentra el sitio a pesar de oír algunos ruidos salir de esa parte de la cueva. No hay nadie alrededor. Una sombra amenazante se proyecta a lo lejos. Lo mejor es regresar, quizás convenzo a Mario de que me acompañe. No nos podemos ir sin ver aquello. Tenemos que verlo. La luz natural la guía hasta la salida antes de tiempo, es una soga por la que va trepando despacio hacia el mundo exterior. Una vez afuera no lo encuentra, aunque le llega su voz, qué extraño, parece estar hablando por teléfono con alguien. Por fin lo descubre unos veinte metros más allá, recostado contra la pared de roca. Está tapando con la mano el auricular, parece que no quiere que lo oigan. Gloria se acerca un poco y entonces, solo entonces, por un efecto acústico, su voz le llega clara. Se siente culpable de espiarlo, pero han sido sus palabras las que la buscaron y no al revés, el punto es que empieza a oírlas una

por una hasta que es imposible obviarlas cuando se ordenan en frases. Ya te expliqué, no es fácil, llevamos mucho. Apenas se vaya del apartamento te vienes de Chile. Paciencia, por favor… Su reacción inmediata es volver sobre sus pasos, espantada ante la monstruosidad. De nuevo en la cueva se zambulle en la negrura espesa, húmeda, es un vagón de metro con los ojos cerrados cruzando bajo el agua el río a sus veinte años. Un zumbido sordo inunda sus oídos y luego una palpitación que se expande dolorosa, aunque está tremendamente lúcida. Si un animal pudiera darse cuenta de que le han sacado las vísceras y lo han colgado de un gancho se sentiría así, como ella. Se adentra cada vez más en la cueva esperando a que la devore y sin proponérselo va a parar directo al lugar que había estado buscando antes. En medio de una galería lo ve. Leyó en el folleto que funciona con electricidad y produce sonidos tocando estalactitas de diferentes tamaños a través de un mecanismo especial. Vacía y vencida en esa catedral de piedra, con las manos hechas termitas, se dirige hacia el órgano, pero antes de llegar le parece oír un sollozo detrás de una gran columna. ¿O es ella la que llora sin darse cuenta y el eco le devuelve los espasmos? Desvía la mirada. Alguien sale de detrás de la columna. Se reconocen. La coreana se limpia la cara con el dorso de las manos y va a su encuentro.

–Se acabó. Treinta años. Eso dijo, es el fin… El fin.

Antes de que caiga al piso, Gloria se adelanta y la sostiene. No le dice nada, tan solo la abraza y siente sus huesos vacíos contra los suyos. Se concentra largamente en el dolor ajeno para evitar el propio, con el que sabe que tendrá que lidiar por semanas hasta que yo llegue a principios del invierno de ese año para acompañarla y vivir juntos entre tormentas de nieve e idas a la lavandería. Un estruendo las asusta y el abrazo se rompe. A sus espaldas el órgano ha empezado a sonar con notas titubeantes. Ha oído esa melodía antes, es una de esas piezas de música clásica que de tanto ser tocadas terminan por convertirse en canción popular. Se acercan y descubren que quien toca no es otro que el niño. El niño de ojos centelleantes, hecho de rabia. Sin voltear a mirarlas, empieza de nuevo la canción y esta vez se desliza por las teclas seguro y bello como quizás nunca jamás lo será. Es la primera vez en su vida que le sale bien la tonada y únicamente están ellas para

oírlo. Gloria no sabe en qué momento ha tomado con fuerza la mano de la coreana. Al ver al niño tocar frente a ellas siente que los tres son una familia. Una familia de extraños a la que los otros, con su cobardía, con su mezquindad, han querido sepultar bajo ese techo de roca y agua.

El apartamento del Torero no solo es mucho más grande y viejo que el de Josefina, sino que está repleto de muebles heredados de otros inmigrantes, familiares y extraños, salvo quizás por una mesa de centro en apariencia nueva. Está frente a ella, sentada en el borde del sofá que su anfitrión le ofreció con la mano abierta, apenas mostrándole la palma, sin decirle nada. Se agacha a recoger un botón y lo pone en la mesa, al lado de los discos de Sandro. No puede ver nada tirado en el piso, siempre tiene que recogerlo y ponerlo sobre algún lugar. A veces sufre montones en la calle cuando descubre hebillas, guantes, pilas. Botones. La verdad, habría preferido escoger, sentarse en el sillón, al lado del radio. Oye a los novios charlar en la cocina. Buscan los vasos, el hielo, un plato con maní. Todavía tiene hambre. ¿Y ella? ¿Todavía es novia? Cuando ve al Tigre lo sabe, pero si no lo tiene enfrente ya no está tan segura. No me demoro, eso dijo. El Tigre. Quedó de ir por un tornamesa, se lo va a pedir prestado a un amigo que también vive en Queens, no muy lejos. El de mis tíos está dañado, se acordó el Torero a media cuadra de su apartamento, y el plan de oír a Sandro estuvo a punto de cancelarse. Como tantas otras veces, el Tigre encontró en segundos una solución. Su especialidad es esa: resolver asuntos, enderezar situaciones, tapar problemas. Se despidieron con un beso rápido, ninguno de los dos quiso alargarlo. ¿Y si se pasa al sillón? No, eso sería un desplante. Se desliza desde el borde hacia el respaldo del sofá y se sorprende al notar lo cómodo, lo abrazador. Es la primera sensación realmente placentera que tiene en horas y se toma el tiempo para disfrutarla. Gracias, Torero. Se siente en deuda con él y le paga ofreciéndole su siguiente pensamiento.

El único que tomó el avión fui yo, dijo subiendo las escaleras. Sus tíos dejaron Furore por Nápoles y después Nápoles por Nueva York y sus papás Furore por Roma y Roma por Montevideo con la promesa de encontrarse apenas les fuera posible. Las familias se desbaratan en una noche, sonrió amargo el Torero, las llaves en las manos, con esa vena filosófica que a veces le aflora. Padres y tíos duraron décadas separados y cuando por fin pensaban dar el salto a Queens se murieron. Dos ataques al corazón, uno detrás de otro en menos de un mes, y el Torero quedó más solo que un cero, así

se lo imaginó Gloria en el rellano antes de que abriera la puerta del apartamento y se sintió triste por él. Ha llegado a la conclusión de que la gente no sabe sentirse triste, así que les ayuda. Tristeza por persona interpuesta es su especialidad, le ha dicho Carlota.

El Torero era el último en haberse sumado a ese lugar donde tantos otros habían vivido, porque no se trataba únicamente de una colección de muebles reunidos allí, pensó al mirar la sala con un pie en el tapete de la entrada, como si hubieran aparecido en la orilla de una isla tras un naufragio o un huracán. Y esas ventanas, cubiertas con cortinas pesadas a las que el polvo se les ha ido pegando hasta volverlas marrón claro. Es posible que los habitantes de la casa temieran que el alma se les fuera a escapar si abrían una. Lo que la lleva de inmediato al olor a pan mojado que percibió apenas puso el otro pie en el tapete. A veces en el metro alguien desprende un olor similar, casi siempre un anciano al que un buen día le da por ponerse un abrigo que ha permanecido por años guardado, quizás desde la última guerra. También lo ha percibido en salas de espera, en rincones de escaleras y en los peluquines de ciertos cajeros de banco con los que ha compartido ascensor. Incluso en canciones. Jura que algunas canciones huelen igual y no son los himnos que los fieles entonan en las iglesias. Para no ir más lejos hay días en que Amparo huele así. El olor, aquel olor no es desagradable, como no puede ser desagradable un cubo de hielo que se derrite sobre un plato o una nube que se aleja con rapidez. Amenazador, simplemente. Un olor a no futuro. Y esa es la cuestión: en estos momentos, Gloria solo puede pensar en el futuro.

Desde su comodidad recién conquistada, qué delicia de sofá, trata de rastrear generaciones enteras de inmigrantes anteriores a los tíos del Torero, y al Torero mismo, mirando con atención alguna esquina del techo o los marcos de las puertas. Debajo del papel de colgadura imagina inscripciones, marcas, palabras en diferentes idiomas, lenguas que jamás será capaz de reconocer. El piso de madera oscura, barnizada innumerables veces, delata con más claridad todas esas vidas pasadas. Arañazos hechos al correr un pesado mueble, una tabla medio rota tras recibir el peso de un martillo, una mancha de azul de metileno volcado durante una pelea entre hermanos o enemigos a muerte. Ahora que lo piensa,

parece un lugar al que nunca hubiera llegado la revolución industrial. Bien podría estar alumbrado por velas. En contraste, el apartamento de Josefina, pequeño y funcional, lo repite siempre, cuenta con todos los electrodomésticos posibles, último modelo, comprados en el Chevys de Queens. La suma de la modernidad, esa palabra que Gloria no entiende del todo pero que ha hecho suya viendo en la mañana, antes de irse a AGFA, la licuadora, la tostadora, la cafetera, la aspiradora, el televisor y el equipo de sonido, testigos de que todo está bien, de que el progreso es compañía. Para Josefina, modernidad también es ese estar convencida de que el apartamento donde vive empezó con ella y terminará con ella, como si nadie lo hubiera habitado antes, como si nadie más lo fuera a habitar. Todo lo contrario a lo que le pasa en el apartamento del Torero. Todo lo contrario a lo que siente en casa de su madre, esa tumba abierta a la que espera no regresar jamás.

El Torero se materializa en mitad de la sala:

–¿Con hielo y Coca-Cola? ¿O solo con hielo?

Ya no es el muchacho que le habló a Carlota en la pizzería una tarde. Ahora, mientras se mueve por la casa, envejece frente a ella en un minuto que contiene un año. Sus tíos morirán, sus primas se casarán y será él quien viva aquí y también muera aquí. Sin Carlota. Eso piensa Gloria; sin embargo, está totalmente equivocada. Una vez su amiga lo abandone, en eso sí que tiene razón, El Torero conservará su apodo durante sus años en la clandestinidad hasta el día en que muera a tiros en una redada policial en Montevideo, adonde habría de regresar para unirse a una célula guerrillera.

–Con Coca-Cola. Sin limón. Gracias, Torero.

¿Cuántas personas se habrán despedido o muerto en ese viejo apartamento?, se pregunta al verlo pasar frente a un lavamanos en el rincón menos iluminado de la sala, a todas luces inservible, que por algún motivo nunca retiraron. Es muy probable que antes de tener una ducha, los habitantes de esa casa no tuvieran más opción que mojar una toalla y limpiarse ahí mismo. Los imagina frotándose la cara, las axilas, lavándose las manos. Unas manos con rastros de espuma bajo un tenue chorro de agua, un pedazo de porcelana, una pastilla de jabón gastada. El recuerdo se le presenta

etéreo primero y luego cobra espesura y claridad. Hasta ese momento había creído que el único recuerdo que conservaba era el de su entierro, cuando la alzaron sobre el féretro mientras sostenía la cartera con un perrito bordado que le había traído de regalo una semana antes de que lo mataran. Pero no, una silueta entra a su casa en Armenia a la hora del almuerzo. El maletín y el sombrero van a parar a una silla al fondo de un largo corredor, luego lo ve caminar hacia el patio central. La silueta se colorea apenas recibe el sol de mediodía, el mismo que ella toma sobre una manta. Se acerca, se agacha, le revuelve el poco pelo de niña de tres años y después va hacia el lavamanos, al lado de unas materas con flores rojo sangre, la sangre que derramará poco después. La espuma bajo un tenue chorro de agua, el pedazo de porcelana blanca, la pastilla de jabón azul gastada y sus manos, el sol iluminándolas. Las manos de su padre muerto. Algo le dice que todo aquello sucedió precisamente el día en que le dispararon y la revoltura de ese pelo fue su despedida. Es poco, pero es suficiente para que la vida se imponga y cuando piense en él no piense de inmediato en una boca torcida de la que sale el pedazo de algodón que no supo acomodar el que preparó el cadáver. Ya no tiene que preguntarle nada. Ya no será necesario ir adonde Amparo mañana domingo. Su memoria gana una capa más. Siente el recuerdo asentándose dentro suyo con la tranquilidad del polvo que se acumula en la casa del Torero para compartírmelo una noche invernal, cuando la vaya a ver unos meses después de irse de la casa de Mario mientras sacamos unas mantas de una lavadora en Nueva Jersey, ella ya con casi sesenta años, yo con un poco más de treinta.

–Raúl me preguntó por qué no has vuelto por la tienda –le dice Carlota sacándola con brusquedad del patio con sol de su infancia, al tiempo que le ofrece un vaso con una bebida color caramelo. Gloria lo recibe aún sin volver del todo a esa noche del concierto, a esa ciudad telaraña. Le da un sorbo largo. El paladar y la lengua se estremecen, arruga la nariz, cierra los ojos. Se le olvidó que lleva ron.

–¿Está muy fuerte? –pregunta el Torero desde el sillón.

No supo a qué horas atravesó la sala y apareció, como aparecieron esa mujer asiática y ese niño en una cueva cuando iban en el metro de vuelta a Queens. Dormitaba sobre el hombro

del Tigre y en un momento abrió los ojos asustada, pensando sí ciertos sueños son cosas que simplemente aún no suceden, premoniciones.

–No, no. Está rico así, tranquilo.

Carlota espera de pie, con un brazo cruzado sobre el pecho, dándole sorbitos a su vaso para que no se le pegue el limón a la nariz. A su amiga le gusta el ron con hielo, Coca-Cola y una rodaja de limón.

–Raúl…

–Ah, sí, Raúl. Pues no sé. ¿No está muy ocupado con lo del matrimonio? Me da pena poner pereque.

El Torero se desentiende al oír la palabreja.

–Un poco, pero mi mamá y la mamá de Mary se van a encargar de lo más complicado.

–¿Al fin es en agosto?

–Sí, en agosto, a finales. El jefe le va a regalar el vestido a la novia.

–¿Óscar de la Renta?

–Sí, ya le tomaron medidas –dice Carlota con sorna.

Por fin su amiga da señas de querer sentarse. En lugar de ir a su lado, como creyó, como era de esperarse con todo el espacio libre que hay en el sofá, Carlota da media vuelta lentamente, se dirige al sillón y se sienta sobre las piernas del Torero, que la recibe acomodándose mejor para repartir el peso de ambos. Brindan entre ellos y luego la incluyen. Gloria toma otro sorbo, esta vez mucho más cauteloso, y deja el vaso sobre la mesa de centro pensando en que los hielos se van a derretir y quizás se manche porque no piensa beber más. Por lo menos no hasta que el Tigre aparezca.

–Me dijo que el viejo ese de la Sexta Avenida había preguntado por ti.

–¿Raúl? ¿Qué viejo?

–Sí, Raúl. ¿Estás muy cansada o qué? Te veo englobada, en las nubes… Sandro te tiene todavía mal. –Carlota se ríe de su propio comentario y luego le explica al Torero en lugar de dirigirse a su amiga–: Es un viejo muy raro que siempre está vestido con una túnica y un sombrero de…

–Vikingo –precisa Gloria.

–Bueno, a mí se me parece más a un soldado romano o algo así.

–Vikingo. Yo misma le pregunté.

–¿Un vagabundo? –pregunta el Torero con interés.

–¡No! No es un vagabundo. –Gloria tensa la espalda al responder.

–¿Y dónde decís que se la pasa? ¿En la Quinta Avenida?

–No, en la Sexta. Sexta Avenida. Entre la Cincuenta y tres y la Cincuenta y cuatro. Muy cerca del almacén de pipas de mi hermano.

–Carlota, ¿cuándo es que voy a conocerlo…? –dice el Torero, muy serio de repente.

Carlota ha caído en su propia trampa al mencionar a Raúl, así que en lugar de responder se agacha y le da un beso corto en la boca. La molestia, que podría haber quedado en eso, en molestia, si no le hubiera dado el beso para que se callara, se desborda al igual que la espuma de una cerveza mal servida. El Torero se la quita de encima hábilmente. Carlota tiene que hacer equilibrio para no caerse con el vaso en la mano.

–Voy a comprar hielo en la esquina, ya no hay –se ve obligado a explicarse, a pesar de que ellas saben muy bien por qué ha reaccionado con tanta furia. Por alguna razón Carlota no quiere presentarle a su familia. Es un paso que no piensa dar. El Torero desaparece entre la oscuridad del corredor.

Todavía de pie, Carlota exagera su desconcierto, pero pronto se da cuenta de su estupidez. Cuando oye cerrar la puerta, Gloria le pregunta:

–¿Crees que sospecha algo?

–¿De?

A Gloria le da rabia cuando Carlota la trata de bruta.

–¿Pues de qué va a ser? Del club ese donde vas a trabajar –dice con un manoteo. Le ha salido con más ímpetu de lo esperado.

–Ah, no, no creo. Nadie sabe del club –responde Carlota mirándola fijo y en ese nadie la incluye especialmente a ella.

–¿Le vas a terminar?

–No. Por ahora. Ya veremos cómo se presentan las cosas. ¿Y tú y el Tigre qué? Lo vi en el concierto.

–¿Lo viste? ¿Qué viste? ¿Tú también?

–Claro, cómo no, se le escurrían las lágrimas igual que a un niñito. Era imposible no darse cuenta.

–Menos mal. Por un momento creí que me había enloquecido.

Descansa al sentir que se desintegra la estrella muerta que ha llevado sobre su pecho toda esa noche.

–¿Por qué habrá llorado?

–No sé muy bien –responde pensando si contarle o no lo que esas lágrimas han provocado en ella, la posibilidad de un futuro juntos al intuir a un Tigre desconocido, mejor a sus ojos.

–Deberías preguntarle.

–No. No. Medio le mencioné algo a la salida del concierto y se puso muy bravo. Y después viste lo agresivo que estaba en Caesar's. Yo creo que ahora mismo me está haciendo esperar otra vez, es parte de su venganza. Ya sabes cómo es a veces. Eso, un niñito. Un niñito raro.

Este sería el momento perfecto para decirle a Carlota lo que pasó, para contarle que cuando todavía hacía un poco de frío en las tardes, Gloria estaba con el Tigre por la Cuarenta y dos, la misma calle por la que hace un rato caminaron los cuatro. Había mandado a arreglar unos zapatos por Jackson Heights y quería confirmar si estaban listos para pasar por ellos. Ya le habían quedado mal una vez. Era una llamada de dos minutos, menos. Se metió a una cabina telefónica, marcó y preguntó. Sí, ya están, le dijeron. Al colgar se volteó y descubrió que su novio no andaba por ningún lado. La cabina quedaba justo frente a una librería pequeña, Keystone Books. Decidió entrar y ver si estaba allí. Lo buscó entre las estanterías. Nada. Quizás fue a comprar la lotería a la esquina. Todas las semanas la compraba. Salió a la calle de nuevo, dio una mirada alrededor y terminó fijándose en el sitio del lado, Black Jack Exotic Books. Otra librería, pero las vidrieras estaban cubiertas y había dibujos de mujeres en bikini. Sabía qué significaba *exotic* en Times Square. Sin importarle, entró decidida. Todos los clientes, e incluso el cajero, se voltearon a verla. Era muy probable que una mujer veinteañera jamás hubiera puesto un pie allí. Descubrió al Tigre al fondo, hojeando una revista. Cruzó lentamente todo el local entre murmullos y cuando lo tuvo enfrente le dijo en voz alta que lo esperaba afuera. Si no salía ya mismo se iría. El Tigre se puso colorado hasta las orejas, Gloria le dio la espalda e hizo el camino de vuelta hasta la puerta aún más despacio, sabiendo lo incómodos que estaban todos aquellos

hombres con su presencia. Al principio la librería no le había parecido nada escandalosa, era algo en lo que simplemente no estaba interesada, como la carrera espacial o los kimonos por poner dos ejemplos, pero después de lo que pasó en AGFA todo estaba recubierto bajo otra pátina. Las fotos de la mujer y el perro podían estar ahí, impresas en una revista de aquellas. ¿Por qué había hecho semejante cosa? ¿Por qué se había metido ahí a ver mujeres desnudas cuando estaba con ella? En la balanza del amor, haberlo visto llorar en público compensaba precisamente aquello, se mintió.

–Exacto, en el restaurante estaba imposible. ¡Se puso como un tigre por algo que dijiste!

Las dos sueltan una carcajada ante la broma fácil justo cuando entra el Torero. Solo. Sin el Tigre. Las oye y cree que la burla ha sido a sus costillas. No saluda, va directo a la cocina. Carlota sabe que tiene que calmarlo o la noche terminará a los gritos.

–Mi amor, ¿hay más limón?

–No. Había solo uno en la nevera –responde seco.

Carlota voltea a ver a Gloria pidiéndole ayuda.

–¿Será que ponemos música? ¿Radio por lo menos? –dice Gloria.

–Puede ser –responde el Torero, esta vez menos agreste–. Adelante. Prendelo.

Gloria hace un ademán de querer levantarse del sofá, pero Carlota la detiene. Es ella quien va hasta el aparato, lo enciende y busca sin titubear la emisora precisa, la emisora que quiere, una emisora de salsa. A esa hora suena un boogaloo. El Torero sale de la cocina con su vaso recargado de ron con Coca-Cola y Carlota va a su encuentro bailando despacio. Por un segundo Gloria se la imagina haciendo los mismos pasos en el club en el que va a trabajar, sabiéndose adorada. Quizás sea un buen trabajo para su amiga, quizás no esté lleno de esos manilargos que las toquetean a veces en el metro, a lo mejor sí van señores bien, como ella misma dijo, aunque sabe que esa palabra es apenas una cáscara. O peor, que le pase lo que le pasó a ella antes de entrar a trabajar a los laboratorios AGFA. Duró un día de camarera en un hotel en Astoria. Tan jovencita…, ¿es que no tiene novio?, ¿no tiene a nadie?, le dijo un hombre acercándosele, y esas palabras aún

trepan por sus tobillos como cucarachas cuando las recuerda. Menos mal el tipo estaba tan borracho que bastó un fuerte empujón para que cayera patas arriba en la bañera y ella saliera corriendo y atravesara una habitación con sillas de mimbre y cojines de muchos colores regados por el piso.

El Torero no se puede resistir al baile y cuando se encuentran en el pasillo le pone la mano en la espalda y luego la deja resbalar despacio hasta su cintura. Baila un poco fingiendo una rabia que ya no siente. El boogaloo se extiende y él, mucho más pudoroso que Carlota, por lo menos frente a Gloria, la corta disimuladamente. Se separan.

–¿Y ese Tigre qué? Se supone que no se demoraba.

–No sé. Está raro, ¿no? Dijo que era aquí al lado y ya ha pasado media hora –responde Gloria hundida en el sofá. La pregunta, y sobre todo su propia respuesta, la obligan a tomar del ron abandonado. Los hielos medio disueltos hacen más digerible el alcohol.

–¿Dónde está el baño?

Carlota señala una puerta al fondo. Al ponerse de pie ve mejor la portada del disco de Sandro que más le gusta. Espera que saquen uno con la grabación del concierto, sus gritos entre tantos otros gritos. Cierra la puerta del baño y se sienta en la taza. No tiene ganas de orinar, tan solo de estar un rato en silencio. Es un espacio muy diferente al resto del apartamento, con esa tina-barco y el espejo de pared a pared. Si viviera en aquella casa pasaría horas y horas encerrada ahí, aunque echa en falta algo, no sabe muy bien qué. Eso, la cosa de metal que la sorprendió incluso más que los automats, los restaurantes de Manhattan donde no hay meseros. La gente mete una moneda y saca un plato humeante de un aparador de metal y listo. El artefacto, que no necesita de la magia del cableado y la energía eléctrica que tanto adora Josefina, está en su casa empotrado al lado del inodoro, junto al papel. Es un dispensador de toallas higiénicas. A veces, al cepillarse los dientes en las noches lo mira, le habla de un mundo pensado también para ella que solo tiene lugar en Nueva York.

Afuera se oyen risas entrecortadas, el rechinar de un mueble, un grito ahogado. Quizás un florero salvado a tiempo. No le pone mucha atención y más bien se quita los zapatos. Tiene esa manía,

no puede estar en el baño con los zapatos puestos. Los deja en una esquina, estira las piernas, toma una *LIFE* de un revistero y la hojea con desgano. Cuando va por la mitad lo ve. Su figura ocupa media página de la publicación más famosa del mundo. La barba cana hasta el pecho, la túnica verde oliva y la capa vino tinto, piernas descubiertas, muy fuertes, una especie de bolsa de cuero, sandalias y una lanza de dos metros. Empieza a leer el artículo que acompaña el retrato con las manos temblorosas de un alcohólico antes de su primer trago en la mañana. Ya entiende piezas cortas en inglés, a diferencia del Tigre, que ni siquiera puede pedir descuento en una tienda sin su ayuda. El primer día que lo vio, a Moondog, así se llama, que nombre más raro, no se atrevió a preguntarle si era ciego de nacimiento. Ahora sabe que no, que a los dieciséis años encontró un taco de dinamita en las vías del tren, empezó a manipularlo y le explotó en la cara. Nunca recuperó la visión y tuvo que asistir a varios colegios para invidentes a lo largo del país. Aprendió teoría musical en Memphis a través de braille y en 1943 tomó un bus a Nueva York, la Jerusalén del siglo XX, ciudad que hay que visitar por lo menos una vez en la vida, escribe el periodista, y Gloria sonríe para sí misma, es una peregrina que ha cumplido con su ansiado destino. Por cinco dólares a la semana rentó un cuarto en la calle Cincuenta y seis donde todavía vive con una bolsa para dormir, una estufa eléctrica y un órgano portátil. Cuatro años más tarde adoptó su nombre, Moondog, en honor a su mascota de niño, un perro que aullaba con cada plenilunio. Durante casi una década asistió a los ensayos de la orquesta filarmónica de Nueva York invitado por el director en persona, que lo había visto tocar y vender su poesía en la misma esquina donde ella lo conoció. Su atuendo empezó a incluir un casco con cuernos para no estrellarse con los avisos de metal ni las señales en la calle. Además, no quería que lo compararan más con Jesucristo ni que lo llamaran monje. Se detiene un segundo y piensa en Raúl. Fue él quien le tomó la foto en la Sexta Avenida en la que aparece recostada contra un muro bajo de un edificio, a su lado. Al lado de Moondog.

Afuera no se oyen ruidos. Se tensiona, cree que ha pasado algo. Sin pensarlo arranca la hoja, cuidadosa de no arruinar el retrato, la dobla en cuatro y la guarda en el bolsillo derecho de su falda. Deja

la revista en el puesto y se pone los zapatos.

En la sala no hay nadie. Los vasos vacíos sobre la mesa, los discos dentro de las fundas, al lado del radio la diadema que llevaba puesta Carlota. La habitación al final del pasillo está cerrada. Antes no lo estaba. Para no tener que decidir el siguiente paso se despereza, los brazos hacia arriba, los dedos entrelazados. Teme un calambre, los baja rápido. Es casi medianoche y sigue sin aparecer, le dice el reloj de la sala. Dos veces el mismo día. Existe una sola explicación para esta segunda ausencia: un arrebato neurótico. Quién sabe qué se lo disparó esta vez. No son tan fuertes como los que le dan a su padre, un contador viudo que puede durar dos o tres días sin hablar y apenas si come ciruelas durante todo ese tiempo, le ha contado. A él, al Tigre, tan solo le entra un desespero, una especie de comezón en el cerebro y entonces abandona una fiesta sin despedirse, se larga de un bar sin pagar la cuenta o cuelga el teléfono en mitad de una frase. Y pensar que por un momento se le pasó por la cabeza que ese era el día, la noche para haber ido a una de las habitaciones de atrás, como Carlota y el Torero. Pero él no la habría seguido a la habitación, no esa noche, no todavía, porque imaginemos, se trata también de imaginar, que una Navidad a los trece años el Tigre celebraba en familia y alguien, asustado por el estallido de un volador, tumbó una lámpara de gasolina por accidente y le cayó un chorretón encendido en el pecho. A su lado se encontraba un médico amigo y supo inmediatamente qué hacer. Aunque no se salvó de quedar con una cicatriz que atraviesa en diagonal su pecho, desde la tetilla derecha hasta el ombligo. Un latigazo de fuego. No hay otra explicación para que en las fotos en las que aparecen juntos en la playa de Elizabeth, en Nueva Jersey, salga con la camisa puesta. El Tigre se avergüenza de esa cicatriz. Ha construido su vida entera para sobreponerse a la marca rugosa y aún no lo consigue.

La comodidad del sofá la llama, hace lo posible por seducirla, pero Gloria recuerda que en ese apartamento no hay futuro y no quiere quedar atrapada allí. ¿Qué hace? Huye.

A menos de veinte metros de la entrada a su edificio se detiene. Su

estómago crujió de tal forma que pensó que era un ruido proveniente de una caneca de basura. Es una queja por la seguidilla de días en los que malcomió pensando en el concierto. John's abre los viernes y sábados hasta medianoche. Tiene veinte minutos. No está muy lejos, apenas tres cuadras en la dirección contraria y lo peor que le puede pasar es encontrarse al Tigre sentado frente a una taza de café fría. Gira sobre sus zapatos y empieza a caminar. No se ve ni un alma por las calles de Queens. Algunas pocas ventanas están encendidas, una sombra ancha se desliza por una habitación. Ojalá no se cruce con un gato negro. Le teme a los gatos negros, a veces piensa que se van a parar en dos patas y le empezarán a hablar. A mitad de camino, frente al supermercado del barrio, una camioneta pasa a toda velocidad y hace volar un periódico. Aprieta el paso. A lo lejos se ve el aviso de la pizzería.

Entra, se sienta en la barra bajo las luces titilantes y el sonido monocorde de un refrigerador. No hay música y lo agradece. Basta de música por hoy. El empleado de tur- no no la distingue, así que tiene que pedir. Lo hace segura, *Cheese, please.* Aparte del hombre, un rubio acribillado por el acné juvenil, solo hay una comensal más a esa hora. Está en la otra esquina de la barra, con un vaso de agua. La pizza llega humeante. La baña con un poquito de orégano. Come rápido, soplando a cada mordisco y con muchas ganas. Por momentos tiene que dejar la boca abierta y medio masticar para que salga el calor. Cuando está a punto de acabar la mujer se levanta de su silla y se acerca. Es de mediana estatura, tirando a bajita. Podría ser colombiana. Se sienta a su lado sin decir nada. Tan solo mira al frente, con los antebrazos sobre la barra. El empleado se tensiona, pero el agotamiento es tanto que solo piensa en irse. Le da el último mordisco al trozo de pizza y abandona la corteza tostada. Se limpia con una servilleta y está lista para pagar cuando la mujer le habla mirando su plato:

–¿No se va a comer el resto?

No se come la corteza porque Carlota le dijo que no se hacía, solo por eso. A veces sigue reglas estúpidas y lo sabe.

–Umm, no.

–¿Puedo?

No quiere responderle, pero tiene que hacerlo.

–Adelante… –Hace una pausa corta y mide sus palabras–. Si quiere la invito a un pedazo. Todavía faltan cinco minutos para que cierren. Está rica.

La mujer estalla en una risa, la carcajada violenta de quien ha superado para siempre el dolor. Luego toma la corteza y empieza a comérsela. El empleado se riega encima un poco el café que se estaba tomando.

–Tranquila. Tengo plata. Es que no puedo ver que la gente deje comida en los platos. Cosas mías.

Gloria se ríe y alarga la risa adrede para hacer tiempo. Lo mejor es confesarse.

–Yo también tengo una maña. No puedo orinar con los zapatos puestos. Me los quito siempre que me siento en el inodoro.

A mediados de los años ochenta, embarazada de mi hermana, tendrá otra manía. Comerá pedacitos de cemento seco con un ansia monstruosa cuando vaya a ver cómo avanza la construcción de la piscina de esa casa de campo donde pasaremos las vacaciones. Los guardará en la cartera y a veces meterá la mano y los masticará disimuladamente como si fueran pedazos de galletas. Y mucho después, cuando un viernes tenga que ir a urgencias por culpa de un dolor atroz en la parte baja de la espalda, del lado izquierdo, y le dictaminen cálculos renales, piedras en el riñón, se sentirá culpable pero no podrá contarle a nadie, ni siquiera a una desconocida a medianoche. Y aún más al volverse adicta por unos meses al Demerol, un opioide que le suministrarán para controlar el dolor brutal que no la deja dormir. Una noche se levantará de la cama y bajo los efectos de la droga se mirará en el espejo. Descubrirá una capa acuosa sobre las pupilas, un resplandor emocionante.

–Bueno, tampoco es que vaya recogiendo las sobras de comida y limpiando los platos en los restaurantes. Pero la he visto y no me dio pena preguntar. Ni asco. Usted siempre está muy bien puesta. ¿Colombiana, cierto?

–¿Me conoce? ¿De dónde?

–Trabajo en AGFA. Ecuatoriana.

–¿En serio? ¿En qué sección?

–En revelado.

–Ah, con razón no la reconocí, nunca voy por allá.

–Siempre la veo con Amparo. La capitana, así le decimos en revelado. Me llamo Lucrecia. Lucre.

–Gloria. Mucho gusto. –Estrechan las manos y el empleado asiente ligeramente al verlas, son matriarcas de un clan sellando una alianza.

–La capitana es famosa entre todas nosotras. Vidente. Una espiritista.

–Sí, eso dice ella… Yo la verdad no sé qué tanto. –Y se acuerda que tendrá que llamarla temprano en la mañana a cancelar la cita. Su padre permanecerá en silencio.

–Oiga, lo siento.

–¿Lo siento?

–Por las fotos…, usted sabe, AGFA. En los laboratorios uno se entera muy rápido de todo, especialmente de ese tipo de cosas.

Gloria no dice nada, entristecida de repente.

–Yo trabajé un tiempo en shipping, después me cambiaron para revelado. A mí también me tocó. Ovejas. Con varios hombres, en un corral.

–Hoy creo que los vi.

Las palabras le salen a los trompicones, como cuando cortan el suministro de agua y vuelve a los dos días.

–¿A quiénes?

–A la mujer de una de las fotos. La reconocí por su sonrisa. Y al que se la tomó. Estoy segura de que era el fotógrafo.

–¿En dónde?

–En la calle, por Manhattan, cerca de la Cuarenta y dos.

–¿Cómo estaba vestido?

–Traje azul, no se me olvida. Y ella de verde.

Lucrecia sonríe y niega con la cabeza. Se voltea del todo para poder mirarla de frente.

–Hoy fue a reclamarlas un viejo panzón con un sombrero de vaquero. Yo estaba ahí. El señor Murray le dijo muy bravo que si volvía a mandar ese tipo de fotos iba a llamar a la policía.

–¿Iba solo?

–Sí, nadie más. Solo.

Gloria siente algo parecido a una decepción. Una parte suya quería conocer a ese tipo, preguntarle qué ve en los animales que no ve en las personas.

–Mire, yo también creí ver a esos hombres de las ovejas varias veces por la calle. Después entendí que los estaba confundiendo, me estaba haciendo ideas en la cabeza. Piénselo bien. A los laboratorios llegan millones de negativos. Es imposible.

–Puede ser…, puede ser. O a lo mejor el hombre del traje azul mandó al panzón, ¿no?

Lucrecia suspira.

–Pensar así no la va a llevar a ningún lado.

El empleado las interrumpe. Hora de cerrar. Qué tristeza, podría haberse quedado hablando con ella hasta la madrugada. A pesar de comerse las cortezas de pizza de otra gente, Lucrecia le parecía alguien muy razonable. Gloria paga y salen. Un golpe de viento las despeina, el empleado apaga las luces del local y quedan bajo el cuidado de un farol solitario. Las calles se sienten aún más solas que antes, tienen el aire de lo recién hecho, de lo no tocado por ninguno. Lucrecia intuye que Gloria puede pensar mejor sin el estómago vacío y le ha entrado miedo de caminar sola hasta su casa. La entiende, lleva años viviendo en Queens. La violaron una vez.

–¿Dónde vive? –le pregunta.

–A cinco cuadras. Hacia allá –responde Gloria señalando el pasado y no la oscuridad.

–Ah, yo también. Caminemos juntas.

La casa de Lucrecia está a media cuadra en dirección contraria.

–¿Sola?

–Sí, sola. Me gusta. No tengo que esperar a nadie, ni me tienen que esperar.

Gloria asiente convencida de haber descubierto una manera sensata de vivir.

Ya se han dicho todo lo que se tenían que decir esa noche, así que caminan en silencio, pero sobre todo en paz. A una cuadra se quedan mirando un par de carros abandonados, con las llantas mordidas por las ratas. Cuando ya no viva allí, vendrán más y más, superarán en número a los humanos, tendrán su ciudad debajo de la ciudad.

Lucrecia cascabelea al reanudar la marcha, un mareo súbito, un espíritu burlón. Los reflejos de Gloria, afinados por interminables partidas de ping-pong con sus hermanas, se activan y a tiempo

agarra del brazo a su nueva amiga evitando que vaya a dar al piso. Reacciona con la misma rapidez con que me tomará del codo una noche de camino al SuperWash en 2007. Tras la primera nevada a principios de diciembre le pedí que tuviera cuidado de no resbalar y fui yo el que casi sale volando al poner un pie sobre la acera cubierta de agua congelada, ese espejo sucio en el que habíamos evitado reflejarnos todo el invierno. Cuando aún no había llegado para hacerle compañía, cuando aún no aparecía en Nueva Jersey para atravesar juntos los cristales quebrados de la traición, Gloria iba al Bergen Laundromat con una maleta de ruedas. Le quedaba a tiro de piedra del lugar adonde se había mudado meses atrás, un pequeño estudio en el que había reagrupado sus tropas, pero después de lo que me contó le rogué que buscara otro sitio.

Negrito, imagínate lo que me pasó un día, esa es la frase con la que siempre arranca a contarme sus historias sin importar qué tan dramáticas o cómicas sean. Por lo general se trata de uno de sus momentos de intimidad con extraños. Una tarde se me acercó un tipo mientras hacía el laundry. Jamás se desprenderá de esa palabra, ni de subway para referirse al metro. Me contó que se mecía de un lado a otro y de repente le tiró una tula militar a los pies. Lávamela, le dijo en español. Tendría unos cincuenta años y era menudito, parecido a esos jinetes de las carreras de caballos. Apenas le llegaba a la altura del pecho. No le puso cuidado y siguió en lo suyo. El tipo se quedó ahí plantado, mirándose los zapatos puntiagudos, de bailarín de salsa. El derecho y luego el izquierdo, derecho, izquierdo, hasta que en un momento se acordó a qué venía y repitió la orden, esta vez con tono autoritario: ¡Lávamela! Gloria había terminado de doblar su ropa y estaba lista para irse. Esperó unos segundos, estudiándolo de reojo. Lo oía ronronear algo. Luego soltó un chasquido y se apagó del todo. El hombrecito se había quedado dormido de pie, abrazado a su tufo de ron, con la cabeza clavada en el pecho. Pasó silenciosa a su lado y se fue. Pero ¿sabes qué, negrito? Me entró mucho pesar y a la media cuadra me devolví. Debía haber avanzado dos pasos porque estaba más cerca de las lavadoras. Lo movió como se mueve un mueble, o en este caso un muñeco. Con un poco de dificultad lo alzó y lo acomodó sobre una silla. No dijo nada, no soltó ni un resuello. Le estiró las piernas, las puso sobre la tula, se agachó y le

amarró la correa de la maleta a la muñeca. Pensó en meter la ropa a una de las máquinas, pero no le había gustado la forma en que le habló y además había oscurecido y le habría tocado esperar otra hora. Si me lo hubiera pedido de buena manera lo habría ayudado. Antes de pararme e irme, lo oí decir en un susurro: Dame un beso. Se lo dijo a la noche más que a mí, estoy segura.

Ayudado, a un borracho, en una lavandería solitaria de Nueva Jersey de noche, en un país lleno de armas. La convencí de que nos cambiáramos a otra lavandería. Hay que caminar un par de cuadras más y el viento que sube del río Hudson se siente vengativo, pero el local es amplio, el piso está seco y no hay esquina sin iluminar. Y sobre todo hay un guardia que no deja entrar a gente bebida. Al parecer muchos se acuerdan de lavar la ropa cuando están borrachos o solo el trago los llena de coraje para hacerlo.

Las máquinas del SuperWash son nuevas y en las paredes hay murales recién pintados con escenas playeras que nos quedamos mirando por largo tiempo mientras se cumple el ciclo de lavado. Cuba, México, Puerto Rico, Colombia, todas las playas en una sola. Además, entregan una tarjeta de suscripción para acumular puntos. También hay un dispensador con bebidas y pasabocas, videojuegos, una máquina para cambiar billetes por monedas de 25 centavos y televisores donde siempre pasan videos musicales.

Desde que estoy aquí vamos dos veces por semana, lunes y jueves. Podríamos pasar solo un día, pero su aversión a la ropa sucia le gana a cualquier frío. Además, se ha convertido en nuestro confesionario. Lavamos, secamos, hablamos y vamos a cine, así ha transcurrido el invierno. Hemos visto muchas películas en estos tres meses, casi siempre en un teatro por los lados del Kennedy Boulevard. Le faltan varias letras al nombre: Mayf ir Tr lex. Cerca de la pantalla principal, al fondo, todavía se puede ver el órgano con que acompañaban la proyección de películas mudas hace casi cien años. Varias veces nos hemos encontrado a una monja y a un cura. Los hemos oído reírse a carcajadas, hablarse en secreto. A la salida comemos en el mismo restaurante chino, arroz frito, rollitos primavera, mongolian beef. Las porciones son enormes y sobra para mi almuerzo al otro día. ¿Sabes? Con él nunca iba a cine. Jamás. Se resiste a pronunciar su nombre, apenas si lo ha

mencionado, dos veces en noviembre, una en diciembre. Con mi padre iban todas las semanas. Nos vemos en cinco minutos en el parqueadero, le decía él por teléfono y colgaba. Se volaban del trabajo para ver películas cual novios. Al hacerme un poco mayor iba con ellos. Nos vemos en media hora en las taquillas, me decían y colgaban. Nuestro pequeño ritual, él de traje y corbata, ella con tacones imposibles y yo sin haberme quitado el uniforme del colegio, con un balde de crispetas gigante en medio donde nuestras manos se encontraban cada tanto.

De lunes a viernes toma un bus hasta Paterson, donde están las oficinas de Noon & Midnight. La ascendieron y pasó a administrar toda la red de almacenes en Nueva Jersey y Nueva York. Ninguno de los dos manejamos, un carro significaría dejar de caminar y no estamos dispuestos a perder la cura para la ansiedad que descubrimos cuando éramos jóvenes en Manhattan. Si me aburro en el estudio y la temperatura no se atrinchera bajo los cero grados, recorro las calles de North Bergen. En el aeropuerto de venida compré una cámara desechable, seguramente pensando en las fotos que tomó con su Kodak Instamatic antes de perderla en el concierto de Sandro. Las vi obsesivamente durante mi infancia, esperando que me contaran los secretos de su vida en Estados Unidos. En ellas aparecían edificios viejos, carteles, cruces y avenidas vacías en domingo, algunas repletas de esa nieve muda que le da nueva forma a las cosas; muchas de una estación elevada del metro, seguramente donde se encontraba con el Tigre; unas diez bastante misteriosas, disparadas desde el asiento delantero de un carro en movimiento, que bien podrían haber sido tomadas por un detective siguiendo a un sospechoso y mi favorita de todas, la que sale junto a Moondog, los dos mirando a la cámara atravesando el tiempo para llegar hasta mí. Nunca encontré las de las Torres Gemelas. Te juro que tomé varias mientras las construían, las tenían cubiertas con plásticos anaranjados. Los sábados sin falta tomamos el bus 157 y tan solo en media hora estamos en la esquina del Port Autorithy dejando que nuestras vidas se superpongan, se entremezclen, sus recuerdos de los años setenta, los míos de finales de los noventa. La semana pasada fuimos hasta el lugar donde quedaban las Torres. Fotografié un trozo de la valla que cubre el hueco que dejaron. Se sentía un gran

vacío al otro lado, todas las tardes de domingo reunidas en una sola. Las vio cuando apenas empezaban a alzarse y décadas después fue testigo de su desplome a tan solo un par de kilómetros de distancia, sentada frente a un televisor en la mansión de piedra de los judíos que la emplearon como ama de llaves a las pocas semanas de haber regresado a Estados Unidos, tras la aterradora escasez de dinero y el fin de un matrimonio del que salimos volando todos en diferentes direcciones, mis hermanos, ellos.

En el SuperWash, donde me he enterado de cosas como su corta adicción al Demerol, me confesó que su trabajo soñado era ser la gerente de un hotel y así se tomó su tiempo donde aquellos judíos rusos, los reyes de la peletería de la Costa Este. Organizaba desayunos, almuerzos y cenas, coordinaba el trabajo de las demás empleadas y conductores, recibía y firmaba paquetes, pedía flores y cajas de champaña para las fiestas, mandaba trajes a la lavandería y le quedaba tiempo para supervisar las tareas de los niños e incluso para cuidar de Mrs Eva. Cuando se cayó por una escalera y se partió una pierna, cuatro tornillos, Gloria la bañó durante dos meses. Cuando llegaba borracha después de un cóctel en Nueva York, Gloria le sostenía el pelo mientras vomitaba en el baño y la ayudaba a quitarse el vestido antes de acostarse. Cuando maldecía a su marido, Gloria la oía paciente. Estaban juntas el día en que vieron caer las Torres en el sun room, un salón de cristal, una especie de invernadero donde la dueña de casa iba a pasar sus crisis depresivas, días en los que solo se comía una manzana verde. Las torres ardieron con toda esa belleza y horror de la destrucción, como dijo un amigo con el que subimos al piso 106 tres años antes de que cayeran. Estuvimos en la pista de baile del bar donde un Boeing 747 se incrustó prendiéndole fuego y de paso al mundo.

Hoy es la última vez que la acompañaré al SuperWash. Mañana me voy, mañana la dejo. Le he pedido que regrese a Colombia, ya no tiene nada más que hacer en North Bergen. Pagó la universidad de mis hermanos y la herencia que le dejó mi abuela es suficiente para que viva tranquila, pero se resiste a su manera. Con evasivas, con excusas. Quiero pasar un verano más en Nueva York. Uno y ya. ¿Y los borrachos? ¿Y el recuerdo serpenteante de la cueva? ¿Y la soledad? Si hay libertad no hay abandono, si hay libertad no existe la soledad absoluta, si hay libertad la barca sin ocupantes se

mece al compás del mar, me dice con sus ojos chispeantes.

Mientras termina el ciclo de secado le digo que voy a salir a fumar. La nieve dejó de caer y ya se ven algunos brotes en los árboles. Al poco tiempo aparece a mi lado y se queda viendo el humo de mi cigarrillo confundirse con el vapor de mi aliento, formar una nube densa, platinada a la luz de la luna. A ver, yo quiero probar. ¿Segura, madre?, le pregunto incrédulo. Que sí, pásamelo, y estira la mano hacia mi cigarrillo. Retiro la mía y la pongo en alto. A ver, a ver, dice seria. Lo pienso por un segundo y termino por pasárselo. Lo toma segura y se lo lleva a la boca. Aspira hondo, suelta el humo con elegancia. Ha fumado toda la vida sin fumar, como ha sido tantas cosas sin haberlas sido, gerente de un hotel de cinco estrellas, amante del dueño de un Porsche Carrera, secretaria personal de Óscar de la Renta, hija amada por su madre. Muy rico, dice, y suelta una risa que hace pensar en una ola trasatlántica rompiendo contra un malecón, una risa que nada ni nadie podrá quitarle jamás.

Le da otra calada al cigarrillo antes de pasármelo con el filtro un poco ovalado por la presión de sus labios y luego divertida tararea *fumando espero al hombre a quien yo quiero, tras los cristales de alegres ventanales* y es en este preciso momento, en este exacto momento y no en otro, cuando empecé a escribir todo esto que ahora escribo.

–Adiós, Lucre, y gracias por acompañarme. Nos vemos en AGFA –le dice contenta de saber que ha sumado una amiga en el trabajo y solo por eso mereció la pena haber vivido ese día.

–Sí, seguro nos cruzamos a la hora del almuerzo. Y recuerde, esa gente tiene que vivir con lo que hace. Nosotras no. Olvídese de esas fotos.

–Sí, es verdad. Lo haré.

Y así lo hizo, siguió su consejo, se olvidó de ellas por años hasta que yo le pregunté una de esas noches en el SuperWash.

Sube hasta el tercer piso y entra al apartamento con cuidado de no hacer ruido. Josefina ya debe estar dormida. Al otro día no tiene que ir a los laboratorios, menos mal, piensa al sacarse los zapatos y tirarse en la cama. Hará galletas y se quedará en bata, ya

no hay motivos para hablar con su padre. Antes de cerrar los ojos visita a todas las personas con las que se encontró en las últimas doce horas, las ve en sus camas durmiendo, Amparo y su madre no muy lejos, Carlota y el Torero abrazados, Tito y su amigo abrazados, Raúl, Lucrecia, el encargado de la pizzería, el ladrón elegante del metro. Para todas tiene un pensamiento, menos para el Tigre. Muy pronto se duerme con la ropa puesta.

No oye sonar el teléfono a las cinco de la mañana. Una mano la sacude. La vuelve a sacudir con más fuerza hasta que por fin consigue arrancarla del sueño. Abre los ojos. Es Carlos Arturo, dice Josefina en un susurro.

Le cuenta que el Tigre iba caminando con el tocadiscos prestado por la acera, cruzó una calle y, cuando ya estaba al otro lado, casi en la esquina del edificio en el que ellos lo esperaban, oyó el frenón en seco de un carro. Volteó a mirar. La policía. Uno de los oficiales se bajó y le preguntó adónde iba con el aparato. *It's yours?* Y claro, el Tigre apenas si balbuceaba unas palabras en inglés. A ella siempre le tocaba hablar en el banco, pedir sus hamburguesas sin cebolla. Insistió ante su silencio de granito, esta vez en un mal español: ¿Eres tuyo? Nada que hacer, el Tigre no pudo hacerse entender. El otro policía también se bajó de la patrulla y le pidió sus documentos. Papeles. No tenía papeles. Había llegado a Estados Unidos como turista y su visa hace ya mucho había expirado. Lo van a deportar. Ahora mismo lo tienen en una celda, Carlos Arturo se despide con esa frase.

De camino a su cuarto recuerda aquel viaje a las cataratas, cuando lo conoció luego de contratar el tour que ofrecían. Se detuvieron en un descampado a estirar las piernas, al lado de un par de olmos. Hacía tan buen clima que Gloria y el Tigre decidieron caminar un rato por el campo mientras charlaban y se estudiaban de reojo. El primer amor, el primer pesar, me dice sonriente.

El Apolo 13 nunca se posaría sobre la Luna, Sandro engordaría y ella jamás volvería a esperar al Tigre en la cafetería La Mallorquina ni en ninguna otra. A los dos días lo metieron en un avión. De ser familia directa, habría sido ella y no su primo quien le hubiera entregado la caña de pescar; tan solo pidió que le llevaran eso a su celda antes de que lo repatriaran. En Colombia

moriría a los pocos meses de un cáncer linfático y de él solo quedaría su apodo y el recuerdo de unas lágrimas que Gloria nunca volvió a ver.

Aún no sabe qué es lo que siente, faltarán semanas, meses para darse cuenta. Por ahora se tira de nuevo en la cama. Al hacerlo suena algo en uno de los bolsillos de su falda, un papel. Lo saca. Es la hoja de la revista. La desdobla y decide leer el final del artículo. Le quedaba apenas un párrafo. Moondog ha publicado a la fecha seis discos, ha inventado muchos instrumentos y es amigo de varios músicos de jazz importantes. También se entera de que su fama se ha extendido mucho más allá de Manhattan luego de que una reconocida cantante grabara una de sus canciones: «All Is Loneliness». Todo es soledad.

Dobla la hoja con cuidado y la mete otra vez en su bolsillo. Siempre los revisa antes de echar cualquier prenda de ropa a la lavadora, así que no la perderá. La luz ya empieza a entrar por la ventana. Pronto un gato o un borracho tumbará una botella. Todo es soledad. Le gusta. Esa madrugada le sabe a verdad. La única posible. Una verdad que perderá por el camino y que tendrá que reencontrar, una verdad radicalmente diferente a cualquier idea de lo huraño y que está muy lejos de ser un lamento. Una verdad como un cielo. La hará suya desde hoy, el día en que Gloria ha sido Gloria por primera vez. La repetirá en secreto como si se tratara de una oración personal y la ayudará a olvidar, entre otras cosas, al Tigre.

Cruza las manos sobre su estómago y se queda mirando al techo. Se le ocurre que la próxima vez que vea a Moondog en la Sexta Avenida le va a pedir que compongan una canción juntos. Una canción que se llame: Aquí es donde mueren las palabras.